

AD AU
457
CIÓN GE



WILSON
UNIVERSITY



PQ6457
G2
1878



WILSON

457

111360



1020018181



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



457

111360



BIBLIOTECA UNIVERSAL.
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

111360

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XXXVIII.

LA GATOMAQUIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

Y

LA PERROMAQUIA

DE

FRANCISCO NIETO DE MOLINA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

calle de Leganitos, 18. 2.º

1878.



111360

457 111360

PQ 6457

G2



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE



Madrid, 1878.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.^{ta},
SUCESORES DE RIVADENYRA,
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

LA GATOMAQUIA,

DEL LICENCIADO TOMÉ DE BURGUILLOS.

DE DOÑA TERESA VERICUNDIA AL LICENCIADO
TOMÉ DE BURGUILLOS, SOBRE LA GATOMA-
QUIA.

Soneto.

Con dulce voz y pluma diligente
Y no vestida de confusos cáos,
Cantais, Tomé, las bodas, los saraos
De Zapaquilda y Micifuf valiente.
Si á Homero coronó la ilustre frente
Cantar las armas de las griegas naos,
A vos de los insignes marramaos
Guerras de amor por súbito accidente.
Bien mereceis un gato de doblones,
Aunque ni Lope celebreis ó el Taso,
Ricardos ó Gofredos de Bullones;
Pues que por vos, segundo Gatilaso,
Quedarán para siempre de ratones
Libres las bibliotecas del Parnaso.



Á DON LOPE FÉLIX DEL CARPIO, SOLDADO EN
LA ARMADA DE SU MAJESTAD.

SILVA PRIMERA.

Yo, aquel que en los pasados
Tiempos canté las selvas y los prados,
Estos vestidos de árboles mayores,
Y aquéllas de ganados y de flores,
Las armas y las leyes,
Que conservan los reinos y los reyes;
Agora en instrumento ménos grave
Canto de amor suave
Las iras y desdenes,
Los males y los bienes,
No del todo olvidado
El fiero Taratántara templado
Con el silbo del pifano sonoro.
Vosotras, musas del castalio coro,
Dadme favor en tanto
Que con el genio que me distes, canto
La guerra, los amores y accidentes
De dos gatos valientes;
Que, como otros están dados á perros
O por ajenos ó por propios yerros,
También hay hombres que se dan á gatos
Por olvidos de príncipes ingratos,
O porque los persigue la fortuna
Desde el columpio de la tierna cuna.
Tú, don Lope, si acaso
Te deja divertir por el Parnaso
El holandés pirata,
Gato de nuestra plata,
Que infesta las marinas

Por donde con la armada peregrinas,
Suspende un rato aquel valiente acero
Con que al asalto llegas el primero,
Y escucha mi famosa *Gatomaquia*:
Así desde las Indias á Valaquía
Corre tu nombre y fama,
Que ya por nuestra patria se derrama
Desde que viste la morisca puerta
De Túnez y Biserta,
Armado y niño en forma de Cupido,
Con el Marqués famoso
De mejor apellido,
Como su padre, por la mar dichoso.
No siempre has de atender á Marte airado,
Desde tu tierna edad ejercitado,
Vestido de diamante,
Coronado de plumas arrogante;
Que alguna vez el ocio
Es de las armas cordial socrocio,
Y Venus en la paz, como Santelmo,
Con manos de marfil le quita el yelmo.
Estaba sobre un alto caballete
De un tejado, sentada
La bella Zapaquilda al fresco viento,
Lamiéndose la cola y el copete,
Tan frunciada y mirrada
Como si fuera gata de convento.
Su mesmo pensamiento
De espejo le servia,
Puesto que un roto casco le traía
Cierta urraca burlona,
Que no dejaba toca ni valona
Que no escondía por aquel tejado,
Confin del corredor de un licenciado.
Ya que lavada estuvo,

Y con las manos que lamidas tuvo ,
De su ropa de martas aliñada ,
Cantó un soneto en voz medio formada
En la arteria bocal , con tanta gracia
Como pudiera el músico de Tracia ,
De suerte que cualquiera que la oyera ,
Que era solfa gatuna conociera
Con algunos cromáticos disones ,
Que se daban al diablo los ratones.
Asomábase ya la primavera
Por un balcón de rosas y alelíes ,
Y Flora con dorados boreguíes
Alegraba risueña la ribera ;
Tiestos de Talavera
Prevenía el verano ,
Cuando Marramaquiz, gato romano,
Aviso tuvo cierto de Maulero ,
Un gato de la Mancha, su escudero,
Que al sol salía Zapaquilda hermosa,
Cual suele amanecer purpúrea rosa
Entre las hojas de la verde cama ,
Rubí tan vivo, que parece llama ;
Y que con una dulce cantilena
En el arte mayor de Juan de Mena,
Enamoraba el viento.
Marramaquiz, atento
A las nuevas del paje ,
Que la fama enamora desde léjos ,
Que fuera de las naguas de pellejos
Del campanudo traje ,
Introducción de sastres y roperos ,
Doctos maestros de sacar dineros ,
Alababa su gracia y hermosura
Con tanta melindrífera mesura ;
Pidió caballo , y luego fué traída

Una mona vestida
Al uso de su tierra ,
Cautiva en una guerra
Que tuvieron las monas y los gatos.
Púsose boreguíes y zapatos
De dos dediles de segar abiertos ,
Que con pena calzó , por estar tuertos ;
Una cuchar de plata por espada ,
La capa colorada
A la francesa, de una calza vieja,
Tan igual , tan lucida y tan pareja ,
Que no será lisenja
Decir que Adónis en limpieza y gala,
Aunque perdone Vénus, no le iguala ;
Por gorra de Milan , media toronja ,
Con un penacho rojo, verde y bayo,
De un muerto por sus uñas papagayo,
Que diciendo : «Quien pasa», cierto día,
Pensó que el Rey venía ,
Y era Marramaquiz, que andaba á caza,
Y halló para romper la jaula traza.
Por cuera dos mitades, que de un guante
Le ataron por detras y por delante ,
Y un puño de una niña por valona.
Era el gatazo de gentil persona,
Y no menos galan que enamorado,
Bigote blanco y rostro despejado,
Ojos alegres, niñas mesuradas
De color de esmeraldas diamantadas,
Y á caballo en la mona parecía
El paladín Orlando, que venía
A visitar á Angélica la bella.
La recatada ninfa, la doncella ,
En viendo el gato, se miró de forma,
Que en una grave dama se transforma ,

Lamiéndose á manera de manteca,
La superficie de los labios seca,
Y con temor de alguna carambola,
Tapó las indecencias con la cola;
Y bajando los ojos hasta el suelo,
Su mirlo propio le sirvió de velo;
Que ha de ser la doncella virtuosa
Más recatada mientras más hermosa.
Marramaquíz entónces con ligeras
Plantas batiendo el tetián caballo,
Que no era pié de hierro ó pié de gallo,
Le dió cuatro carreras,
Con otrás gentilezas y escarceos,
Alta demostración de sus deseos;
Y la gorra en la mano,
Acercóse galán y cortesano
Donde le dijo amores.
Ella, con los colores
Que imprime la vergüenza,
Le dió de sus guedejas una trenza;
Y al tiempo que los dos marramizaban,
Y con tiernos singultos relamidos
Alternaban sentidos,
Desde unas claraboyas, que adornaban
La azutca de un clérigo vecino,
Un bódocazo vino,
Disparado de súbita ballesta,
Más que la vista de los ojos presta,
Que dándole á la mona en la almohada,
Por de dentro morada,
Por defuera pelosa,
Dejó caer la carga, y presurosa
Corrió por los tejados,
Sin poder los lacayos y criados
Detener el furor con que corria.

No de otra suerte que en sereno día
Balas de nieve escupe, y de los senos
De las nubes relámpagos y truenos
Súbita tempestad en monte ó prado,
Obligando que el tímido ganado
Atónito se esparza,
Ya dejando en la zarza,
De sus pungentes laberintos vana,
La blanca ó negra lana,
Que alguna vez la lana ha de ser negra;
Y hasta que el sol en arco verde alegre
Los campos, que reduce á sus colores,
No vuelven á los prados ni á las flores;
Así los gatos iban alterados
Por corredores, puertas y terrados
Con trágicos mañillos,
Y la mona, la mano en la almohada,
La parte occidental descalabrada,
Y los húmidos polos circunstantes
Bañados de medio ámbar, como guantes.
En tanto que pasaban estas cosas,
Y el gato en sus amores discurría
Con ansias amorosas
(Porque no hay alma tan helada y fría;
Que amor no agarre, prenda y engarrafe),
Y el más alto tejado enternecía,
Aunque fuesen las tejas de Jetafe,
Y ella con nifi ñafe
Se defendía con semblante airado,
Aquel de cielo y tierra menstro alado,
Que vestido de lenguas y de ojos,
Ya decrepito viejo con antojos,
Ya lince penetrante,
Por los tres elementos se pasca,
Sin que nadie le vea,

Con la forma elegante
De Zapaquilda discurrió ligero
Uno y otro hemisfero,
Aunque con las verdades lisonjera,
Y en cuanto baña en la terrestre esfera,
Sin excepcion de promontorio alguno,
El cerúleo Neptuno,
Plasmante universal de toda fuente,
Desde Bootes á la austral corona
Y de la zona frígida á la ardiente.
Esto dijo la fama, que pregona
El bien y el mal, y en viendo su retrato,
Se erizó todo gato,
Y dispuso venir, con esperanza
Del galardón que un firme amor alcanza.
Los que vinieron por la tierra en postas
Trujeron, por llegar á la ligera,
Sólo plumas y banda, calza y cuera;
Los que habitaban de la mar las costas
(Tanto pueden de amor dulces empresas)
Vinieron en artesas,
Mas no por eso ménos
Hasta la cola de riquezas llenos;
Y otros, por bizarría,
Para mostrar despues la gallardía,
En cofres y baules,
Sulcando las azules
Montañas de Anfritre,
Y alguno que á disfraces se remite,
Por no ser conocido,
En una caja de orinal metido.
Con esto en muchos siglos no fué vista,
Como en esta conquista,
Tanta de gatos multitud famosa
Por Zapaquilda hermosa.

Apénas hubo teja ó chimenea
Sin gato enamorado,
De bodoque tal vez precipitado,
Como Calisto fué por Melibea;
Ni raton parecia,
Ni el balbuciente hocico permitia
Que del nido saliese,
Ni queso ni papel se agujeraba,
Por costumbre ó por hambre que tuviese;
Ni poeta por todo el universo
Se lamentó que le royesen verso;
Ni gorrion saltaba,
Ni verde lagartija
Salía de la cóncava rendija.
Por otra parte el daño compensaba
Que de tanto gatazo resultaba,
Pues no estaba segura
En sábado morcilla ni asadura,
Ni panza ni cuajar, ni áun en lo sumo
De la alta chimenea
La longaniza al humo,
Por imposible que alcanzarla sea,
Exento á la porfía en la esperanza,
Que tanto cuanto mira, tanto alcanza.
Entre esta generosa ilustre gente
Vinó un gato valiente,
De hocico agudo y de narices romo,
Blanco de pecho y piés, negro de lomo,
Que Micifuf tenia
Por nombre, en gala, cola y gallardía,
Célebre en toda parte
Por un zapinarciso y gatimarte.
Este, luégo que vió la bella gata
Más reluciente que fregada plata,
Tan perdido quedó, que noche y día

Paseaba el tejado en que vivía,
Con pajes y lacayos de librea;
Que nunca sirve mal quien bien desea.
Y sucedióle bien, pues luego quiso
¡Oh gata ingrata! á Micifuf Narciso,
Dando á Marramaquiz celos y enojos.
No sé por cuál razon puso los ojos
En Micifuf, quitándole al primero
Con súbita mudanza,
El antiguo favor y la esperanza.
¡Oh cuánto puede un gato forastero,
Y más siendo galan y bien hablado,
De pelo rizo y garbo ensortijado!
Siempre las novedades son gustosas;
No hay que fiar de gatas melindrosas.
¿Quién pensára que fuera tan mudable
Zapaquilda cruel y inexorable,
Y que al galan Marramaquiz dejára
Por un gato que vió de buena cara,
Despues de haberle dado
Un pié de puerco hurtado,
Pedazos de tocino y de salchichas?
¡Oh cuán poco en las dichas
Está firme el amor y la fortuna!
¿En qué mujer habrá firmeza alguna?
¿Quién tendrá confianza,
Si quien dijo mujer dijo mudanza?
Marramaquiz con ansias y desvelos
Vino á enfermar de celos,
Porque ninguna cosa le alegraba.
Finalmente, Merlin, que le curaba,
Gato de cuyas canas, nombre y ciencia
Era notoria á todos la experiencia,
Mandó que se sangrase,
Y como no bastase,

Vino á verle su dama,
Aunque tenía en un desvan la cama,
Adonde la carroza no podia
Subir, por alta y por la estrecha vía;
Pero, en fin, apeada
Entró, de su escudero acompañada.
Mirándose los dos severamente,
Despues de sosegado el accidente,
Él con maúllo habló y ella con mirlo,
Que fuera harto mejor pegarla un chirlo.
Pero, por alegralle la sangría,
Le trujo su criada, Bufalia
Una pata de ganso y dos ostiones.
Él se quejó con tímidas razones
En su lenguaje mizo,
A que ella con vergüenza satisfizo;
Quejas, que traducidas dél y della,
Así decian: «Zapaquilda bella,
¿Por qué me dejas tan injustamente?
¿Es Micifuf más sabio, es más valiente?
¿Tiene más ligereza, mejor cola?
¿No sabes que te quise elegir sola
Entre cuantas se precian de mirladas,
De bien vestidas y de bien tocadas?
¿Esto merece que un invierno helado,
De tejado en tejado
Me hallaba el alba al madrugar el día,
Con espada, broquel y bizarría,
Más cubierto de escarcha
Que soldado español que en Flándes marcha
Con arcabuz y frascos?
Si no te he dado telas y damascos,
Es porque tú no quieres vestir galas
Sobre las naturales martingalas,
Por no ofender, ingrata, á tu belleza,

Las nagnas que te dió naturaleza,
Pero en lo que es regalos, ¿quién ha sido
Más cuidadoso, como tú lo sabes,
En cuanto en las cocinas atrevido
Pude garrafiar de peces y aves?
¿Qué pastel no te truje, qué salchicha?
¡Oh terrible desdicha!
Pues no soy yo tan feo;
Que ayer me vi, mas no como me veo,
En un caldero de agua que de un pozo
Sacó para regar mi casa un mozo,
Y dije: ¿Esto desprecia Zapaquilla?
¡Oh celos! ¡oh piedad! ¡oh amor! reñilda.»
No suele desmayarse al sol ardiente
La flor del mismo nombre, y la arrogante
Cerviz bajar humilde, que la gente
Por la loca altitud llamó gigante;
Ni queda el tierno infante
Mas cansado despues de haber llorado
De su madre en el pecho regalado,
Que el amante quedó sin alma. ¡Oh cielos,
Qué dulce cosa amor, qué amarga celos!
Ella, como le vió que ya exhalaba
Blandamente el espíritu en suspiros,
Y que piramizaba
Entre dulces de amor fingidos tiros,
Porque no se le rompa vena ó fibra,
El mosqueador de las ausencias vibra,
Pasándole dos veces por su cara.
Volvióle en sí, que aquel favor bastára
Para libralle de la muerte dura,
Y luego con melifera blandura
Le dijo en lengua culta:
«Si tu amor dificulta
El que me debes, en tu agravio piensas

Tan injustas ofensas;
Que aunque es verdad que Micifuf me quiere,
Y dice á todos que por mí se muere,
Yo te guardo la fe como tu esposa.»
Cesó con esto Zapaquilla hermosa,
Sellando honesta las dos rosas bellas;
Que siempre hablaron poco las doncellas,
Que como las viudas y casadas,
No están en el amor ejercitadas.
Bajaba ya la noche,
Y las ruedas del coche,
Tachonadas de estrellas,
Brilladores diamantes y centellas,
Detras de las montañas resonaban.
Los pájaros callaban,
Dejando el campo yermo,
Cuando los pajes del galán enfermo
En el alto desvan hachas metian,
Que alumbrar la carroza prevenian.
Entónces los amantes
(Que son los cumplimientos importantes),
Ella por irse y él quedarse á solas,
Se hicieron reverencia con las colas.

SILVA II.

Convaleciente ya de las heridas
De los crüeles celos
De Micifuf, Marramaquiz valiente
(Aquellos que han costado tantas vidas,
Y que en los mismos cielos
A Júpiter, señor del rayo ardiente,
Con disfraz indecente
Fugitivo de Juno,
Su rigor importuno

Tantas veces mostraron,
Que en fuego, en cisne, en buey lo transformaron
Por Europa, por Leda y por Egina),
Con pálida color y banda verde,
Para que la sangría se le acuerde,
Que amor enfermo á condoler se inclina,
Paseaba el tejado y la buharda
De aquella ingrata cuanto hermosa fiera.
Quien ama fieras ¿qué firmeza espera?
¿Qué fin, qué premio aguarda?
Zapaquilda gallarda
Estaba en su balcon, que no atendia
Más de á saber si Micifuf venia,
Cuando Garraf, su paje,
Si bien de su linaje,
Llegó con un papel y una bandeja.
Ella la cola y el confin despeja
Y la bandeja toma,
Sobre negro color labrada de oro
Por el indio oriental, y con decoro
Mira si hay algo que primero coma,
Ofensa del cristal de la belleza;
Propia naturaleza
De gatas ser golosas,
Aunque al tomar se finjan melindrosas;
Y ántes de oír al paje,
Ve las alhajas que el galán envia,
Qué joya, qué invencion, qué nuevo traje.
En fin, vió que traía
Un pedazo de queso
De razonable peso,
Y un relleno de huevos y tocino;
Atis en fruta que produce el pino
Entre menuda rama
En la falda del alto Guadarrama,

Por donde van al bosque de Segovia;
Y luego, en fe de que ha de ser su novia,
Dos cintas que le sirvan de arracadas,
Gala que sólo á gatas regaladas,
Cuando pequeñas, las mujeres ponen,
Que de rosas de nácar las componen.
Tomó luego el papel, y con sereno
Rostro, apartando el queso y el relleno,
Vió que el papel decia:
«Dulce señora, dulce prenda mia,
Sabrosa, aunque perdone Garcilaso
Si el consonante mismo sale al paso,
Más que la fruta del cercado ajeno;
Ese queso, mi bien, ese relleno,
Y esas cintas de nácar os envío,
Señas de la verdad del amor mio.»
Aquí llegaba Zapaquilda, cuando
Marramaquiz celoso, que mirando
Estaba desde un alto caballete
Tan gran traicion, colérico arremete,
Y echa veloz, de ardiente furia lleno,
Una mano al papel y otra al relleno.
Garraf se pasma y queda sin sentido,
Como el que oyó del arcabuz el trueno
Estando divertido,
A quien el ofendido
Tiró una manotada con las fieras
Uñas, de suerte que formando esferas
Por la region del aire vagaroso,
Le arrojó tan furioso,
Que en el claro cristal de sus espejos
Pudo cazar vencejos,
Ménos apasionado y más ocioso.
No de otra suerte el jugador ligero
Le vuelve la pelota al que la saca,

Herida de la pala resonante ;
Quéjase el aire, que del golpe fiero
Tiembla, hasta tanto que el furor se aplaca,
Y chaza el que interviene el pié delante ;
El gatazo arrogante,
Sin soltar el relleno, despedaza
El papel, que en los dientes
Con la espuma celosa vuelve estraza ,
Y á Zapaquilda atónita amenaza.
Como se suele ver en las corrientes
De los undosos rios quien se ahoga,
Que asiéndose de rama, yerba ó sogá,
La tiene firme, de sentido ajeno ;
Así Marramaquiz tiene el relleno,
Que ahogándose en congojas y desvelos,
No soltaba la causa de los celos.
¡ Oh cuánto amor un alma desespera,
Pnes cuando ya se ve sin esperanza
En un relleno tomará venganza !
Mas ¿ quién imaginára que pudiera
Dar celos el amor en ocasiones
Con rellenos de huevos y piñones ?
Mas ¡ ay de quien le habia
Hecho para la cena de aquel día !
Huyóse al fin la gata, y con el miedo
Tocó las tejas con el pié tan quedo,
Que la amazona bella parecia
Que por los trigos pálidos corria,
Sin doblar las espigas de las cañas ;
Que de tierras extrañas
Tales gazapas las historias cuentan.
Los miedos que á la gata desalientan,
La hicieron prometer, si la libraba,
Al niño Amor un arco y una aljaba
De aquel celoso Rodamonte fiero

Hasta pasar las furias del Enero ;
El cual juró olvidarla, y en su vida,
Desnuda ni vestida,
Volver á verla, ni tener memoria
De la pasada historia,
Y buscar algun sabio
Para satisfaccion de tanto agravio.
Pero fueron en vano sus desvelos,
Que amor no cumple lo que juran celos ;
Y tanto puede una mujer que llora,
Que vienen á reñirla y enamora,
Creyendo el que ama, en sus celosas iras,
Por una lagrimilla mil mentiras ;
Y como Ovidio escribe en su *Epistolio*,
Que no me acuerdo el fólio,
Estas heridas del amor protervas
No se curan con yerbas ;
Que no hay para olvidar á amor remedio
Como otro nuevo amor ó tierra en medio.
Garraf, en tanto que esto se trataba,
Estropeado á Micifuf llegaba,
Mayando tristemente
En acento hipocóndrico y doliente,
Como suelen andar los galloferos
Para sacar dineros.
Manqueando de un brazo,
Colgado de urretazo,
Y débiles las piernas,
Una cerrando de las dos linternas,
Por mirar á lo bizco.
Luégo en el corazon le dió un pellizco
La mala nueva, que adelanta el daño,
Haciendo al aposento el desengaño,
Y díjole : « ¿ Qué tienes,
Garraf amigo, que tan triste vienes ? »

Entonces él, moviendo tremolante
Blanda cola detras, lengua delante,
Le refirió el suceso,
Y que Marramaquiz papel y queso
Y relleno también le había tomado,
Como celoso airado,
Como agraviado necio,
Con infame derprecio,
Con descortés porfia,
Y que de tan extraña gatería
Zapaquilda admirada,
Huyó por el desvan, la saya alzada;
Que en lo que las mujeres son las naguas
De raso, tela ó chamelote de aguas,
Es en las gatas la flexible cola,
Que *ad libitum* se enrosca ó se enarbola.
Contóle que de aquella manotada,
Con su cuerpo afligido,
De miedo helado y de licor teñido,
Descalabró los aires,
Y con otros agravios y desaires,
Que prometió vengarse por la espada
De haberle enamorado á Zapaquilda
Y hablarla en el tejado de Casilda,
Una tendera que en la esquina estaba;
Y dijo que pensaba,
En desprecio y afrenta de sus dones,
Hacer de los listones
Cintas á sus zapatos.
¡Oh celos! si entre gatos,
De burlas y de véras,
Formais tales quimeras,
¡Qué hartéis entre los hombres
De hidalgo proceder y honrados nombres?
No estuvo más airado

Agamenon en Troya,
Al tiempo que metiendo la tramoya
Del gran Paladion, de armas preñado,
Echaron fuego á la ciudad de Enéas,
De ardientes hachas y encendidas teas,
Causa fatal del miserable estrago
De Dido y de Cartago,
Por quien dijo Virgilio,
Destituída de mortal auxilio,
Que llorando decia:
«¡Ay dulces prendas cuando Dios queria!»
Ni Barbaroja en Túnez,
Ni el fuerte Pirro ni Simon Antúnez,
Este bravo español y griego el otro;
Que Micifuz, como si fuera potro,
Relinchando de cólera, en oyendo
El fiero y estupendo
Furor de su enemigo;
Mas prometiendo darle igual castigo,
Se fué á trazar el modo
De vengarse de todo;
Que á un pecho noble, á un inclito sujeto,
Mayor obligacion, más celo alcanza
De poner en efeto
Desempeñar su honor con la venganza.
Marramaquiz en tanto
Desesperado por las selvas iba
Para buscar el sabio Garfínanto,
Al tiempo que el aurora, fugitiva
De su cansado esposo,
Arrojaba la luz á los mortales,
Y el sol infante en líquidos pañales
De celajes azules
Mandaba recoger en sus baules,
Para poder abrir los de oro y rosa,

El manto de la noche temerosa,
Aunque era todo el manto de diamantes,
En el zafiro nítido brillantes,
Ojos del sueño el hurto y el espanto.
Este gatazo y sabio Garfiñanto,
Cano de barba y de mostachos yerto,
De un ojo resmellado y de otro tuerto,
Bien que de ilustre cola venerable,
Y que sabía con rigor notable
Natural y moral filosofía,
• Por los montes vivía
En una cueva oculta,
Cuya entrada á las fieras dificulta,
Como el de Polifemo, un alto risco.
No se le daba un prisco
De riquezas del mundo, que estimaba
Sólo el sol que Alejandro le quitaba,
A aquel que de los hombres puesto en fuga,
Metido en un tonel, era tortuga.
¡Bien haya quien desprecia
Esta fábula necia
De honores, pretensiones y lugares,
Por estudios ó acciones militares!
Sabía Garfiñanto astrología,
Mas no pronosticaba;
Que decía que el cielo gobernaba
Una sola virtud que le movía,
A cuya voluntad está sujeto
Cuanto crió, que todo fué perfeto;
No sacaba almanaques,
Ni decía que en Troya y los Alfaques
Verían abundancia
De pepinos y brevas,
Muchas lentejas en Paris y en Tébas,
Y que cierta cabeza de importancia,

Sin decirnos adónde, faltaria;
Que por mujeres Vénus prometía
Pendencias y disgustos,
Como si por sus celos ó sus gustos
Fuese en el mundo nuevo.
Pero, volviendo á nuestro sabio Febo,
Despues de consultado,
Dijo á Marramaquiz que su cuidado
En vano á Zapaquilda pretendía,
Y que sólo sería
Remedio que pusiese en otra parte,
Vengándose con arte,
Los ojos, divirtiendo el pensamiento;
Que amar era cruel desabrimiento,
Más que traer un áspid en las palmas,
En no reciprocándose las almas;
Que amor se corresponde con anteros,
Y más si lo negocian los dineros.
Destituído el gato
Ya de mortal socorro,
Se fué calando el morro,
Y dióle una salchicha,
Por no mostrarse á Garfiñanto ingrato;
Que no pagar la ciencia
Es cargo de conciencia,
Mas dicen que de sabios es desdicha.
Pensando en quién pusiese, finalmente,
De toda la gatesca bazarria
La dulce enamorada fantasía,
Para verse de amor convaleciente,
Se le acordó que enfrente
De su casa vivía un boticario,
De cuyo cocinante vestuario
Una gata salía,
Que la bella Micilda se decía,

Y sentada tal vez en su tejado,
Miraba como dama en el estrado
Los nidos de los sabios gorriones,
Dejando pulular los embriones,
Y en viendo abiertos los maternos huevos,
Comerse algunos de los ya mancebos,
Admitiendo este nuevo pensamiento,
Más que su voluntad, su entendimiento,
Que amor en las venganzas se resfria,
Emprende mucho y ejecuta poco,
Por entónces templó la fantasía;
Que aquello es cuerdo lo que duerme un loco.
Estaba el sol ardiente
Una siesta de Mayo calurosa,
Aunque amorosamente
Plegando el nácar de la fresca rosa,
Que producen los niños abrazados
Huevos del cisne y huevos estrellados,
Pues que los hizo estrellas,
Cuando Micilda con las manos bellas
La cara se lavaba y componía
No lejos del tejado en que vivía.
Marramaquiz, que ya con más cuidado
La miraba y servía,
En fe del Garfínanto consultado,
Cuándo al mismo tejado
Zapaquilda llegó por accidente.
El gato, viendo la ocasion presente,
Para que su deseo
La diese celos con el nuevo empleo,
Llegándose más tierno y relamido,
A Micilda, que ya, de vergonzosa,
Estaba más hermosa,
Y equívoco fingiendo
Falso desprecio, descuidado olvido,

En su venganza misma padeciendo
Amorosos deseos
(Tales son del amor los devaneos),
Requebrando á Micilda, á quien pensaba
Ofrecer los despojos
De aquella guerra, paz de sus enojos,
Y á Zapaquilda á lo traidor miraba
En las intercadencias de los ojos,
Tan extraño sentido,
Que es ménos entendido
Mientras que más parece que se entiende,
Pues siempre con engaños se defiende;
Que si las luces de los ojos miras,
Basta ser niñas para ser mentiras.
Micilda, á quien tocaba en lo más vivo
El amor primitivo,
Porque, como doncella, fácilmente
A lo que entónces siente
La tierna edad, se rinden y avasallan,
Hablando con los ojos cuando callan,
De buena gana dió fácil oído
A los requiebros del galán fingido,
Con que ya andaban de los dos las colas
Mas turbulentas que del mar las olas.
Zapaquilda sentada,
De aquella libertad (que es propio ofeto
De la que fué querida
Sentir desprecio donde vió respeto),
Murmurando entre dientes,
Amenazaba casos indecentes
Entre personas tales,
En calidad y en nacimiento iguales.
Como se ve gruñir perro de casa,
Mirando al que se entró de fuera enfrente,
Estando en medio de los dos el hueso,

Que ninguno por él, de miedo, pasa,
Parando finalmente
Las iras del caniculo suceso
En que ninguno de los dos le come,
Obligando á que tome
Un palo algun criado,
Que los desparte airado
Y deja divididos,
Quedando el hueso en paz y ellos mordidos;
Asi feroz gruñia
Zapaquilda envidiosa,
Afectos de celosa,
Aunque al gallardo Micifuf queria;
Que hay mujeres de modo,
Que, aunque no han de querer, lo quieren todo
Porque otras no lo quieran;
Y luégo que rindieron lo que esperan,
Vuelven á estar más tibias y olvidadas.
Finalmente, las gatas encontradas,
Siendo Marramaquiz el hueso en medio
(Tal suele ser de celos el remedio),
A pocos lances, de mirarse airadas,
Vinieron á las manos, dando al viento
Los cabellos y faldas;
Y en tanto arañamiento,
Turbadas de color las esmeraldas,
Maullando en tiple y el gatazo en bajo,
Cayeron juntas del tejado abajo,
Con ligereza tanta,
Aunque decirlo espanta,
Por ser, como era, el salto
Cinco suelos en alto,
Hasta el alero del tejado fines;
Que no perdió ninguna los chapines;
Quedando el negro amante,

Despues de tan extraños desconsuelos,
Muerto de risa en acto semejante:
Tan dulce es la venganza de los celos.

SILVA III.

Distaba de los polos igualmente
La máscara del sol, y Cinosura,
Primera cuadrilátera figura,
Con la estrella luciente,
Que mira el navegante,
Bordaba la celeste arquitectura;
Velaba todo amante
Por el silencio de la noche oscura,
Y en el indiano clima el sol ardia,
En dos mitades dividido el dia,
Quando gallardo Micifuf valiente
Paseaba el tejado de su dama,
Que sangrada en la cama
La tuvo el accidente
Dos dias, que faltó sol al tejado
Y estuvo la cocina sin cuidado,
No por la altura de los siete suelos,
Mas por el sobresalto de los celos.
Iba galau y bravo,
Un cucharon sin cabo,
Destos de hierro, de sacar buñuelos,
Por casco en la cabeza,
Que en ella tienen la mayor flaqueza,
Pues no suelen morir de siete heridas,
Por quien dicen que tienen siete vidas,
Y un golpe en la cabeza los atonta;
Así la tienen á desmayos pronta.
Broquel de cobertera,
Espada de á caballo, que ántes era

Cuchillo viejo de limpiar zapatos,
Que él solía llamar *timebunt* gatos;
Y por las manchas de los pies y el anca
Natural media blanca,
Y capa de un bonete colorado,
Abierto por un lado,
Plumas de un pardo gorrion cogido
Por ligereza, pero no por arte.
Así rondaba el nuevo Durandarte,
Galan favorecido,
Porque son los favores de la dama
Guarnicion de las galas de quien ama.
Dos músicos traian instrumentos,
A cuyo són y acentos
Cantaban dulcemente;
Y así, llegando del balcon enfrente
De Zapaquilda bella
Cantaron un romance que por ella
Compuso Micifuf, poeta al uso,
Que él tampoco entendió lo que compuso.
Mas puesta á la ventana
Con serenero de su propia lana,
Hasta que Bufalia
Le trujo un rocadero,
Que por más gravedad y fantasia
Sirvió de capirote y serenero,
Y en medio de lo grave
Del romance suave
Les dijo con despejo,
Parciéndole versos á lo viejo,
Que jácara cantasen pícarasca;
Y así, cantaron la más nueva y fresca,
Que, para que lo heroico y grave olviden,
Hasta las gatas jácaras les piden:
Tanto el mundo decrepito delira.

Aquí se resolvió la dulce lira,
Y en dos lascivos ayes,
Andolas, guirigayes
Y otras tales bajezas,
Cantaron pues las bárbaras proezas
Y hazañas de rufianes,
Que éstos son los valientes capitanes
Que celebran poetas
De aquellos que, en extremas
Necesidades, viven arrojados
Al vulgo, como perros á leones;
Que la virtud y estudios mal premiados
Mueren por hospitales y mesgues;
Verdes laureles de Virgilio y Enios,
Perecer la virtud y los ingenios.
Mas ¿quién le mete á un hombre licenciado
Mas que en hablar de solo su tejado?
Que no le dió la escuela más licencia;
Que es todo lo demas impertinencia.
Cuando aquesto pasaba,
Marramaquiz estaba
Inquieto y acostado,
Tréguas pidiendo á su mortal cuidado;
Pero, como el amor le desvelaba,
Dió, de sentido falto,
Desde la cama un salto,
Compuesta de pellejos,
Otro tiempo conejos
Que en el Pardo vivian,
Y en la cola sus cédulas traian
Para seguridad de sus personas:
Mas ¡ay muerte cruel! ¿á quién perdonas?
Saltó en efecto como el conde Claros,
Y armándose de ofensas y reparos,
Vino de ronda al puesto por la posta,

Por ver si habia moros en la costa,
Y no siendo ilusion el pensamiento
(Que del alma el primero movimiento
Pocas veces engaña),
No suele débil caña
En las espadas verdes esparcidas,
Del aire sacudidas,
Hacer manso rüido
Con más veloz sonido,
Como rugió los dientes;
Ni entre los accidentes
Del erizado frio
Al enfermo sucede
Aquel ardor contrario,
Como de ver tan loco desvario,
Que apenas le concede,
Entre uno y otro pensamiento vario,
Respiracion y aliento,
De la vida instrumento,
Helado y abrasado
Entre ardores y hielos,
Que al frio de los celos
Frigido fuego sucedió mezclado,
Que con distinto efeto
En un mismo sujeto
Viven, siendo contrarios;
La causa es una y los efectos varios.
Miraba á Zapaquilda en la ventana
Hablando con su amante,
Sin miedo de la luz de la mañana,
Que coronaba el último diamante
Del manto de la noche, que iba huyendo,
Y cantando y tañendo
Los músicos con tanto desenfado
Como si fuera su tajado el prado;

Que nunca los amantes,
Previnieron peligros semejantes;
Así los embeleca
Amor de ceca en meca,
Como olvidado Antonio con Cleopatra,
La gitana de Ménfis, que idolatra,
Que ciego de su gusto no temia
El César que siguiéndola venia;
Porque si fué romano Octaviano,
Tambien Marramaquiz era romano;
Y si valiente César y prudente,
No ménos fué él prudente que valiente;
Que en su tanto, los méritos mirados,
César pudiera ser de los tejados.

Como detras del árbol escondido
Mira y advierte con atento oido
El cazador de pájaros el ramo,
Donde tiene la liga y el reclamo,
Para en viendo caer el inocente
Jilguero, que los dulces silbos siente
Del amigo traidor, que le convida
A dura cárcel con la voz fingida,
Y apenas ve las plumas revolando
Entre la liga, cuando
Arremete y le quita, no piadoso,
Sino fiero y cruel; así el celoso
Marramaquiz atento
Esperaba el primero movimiento
Del venturoso anante, que decia
Con dulce mirlamiento:
«Dulce señora mia,
¿Cuándo será de nuestra boda el dia?
¿Cuándo querrá mi suerte que yo pueda
Llamaros dulce esposa,
Que entóncees para mí será dichosa?»

— ¡Ay! tanto bien el cielo me conceda.
Mas fué nuestra fortuna
Que Júpiter jamas por ninfa alguna,
Aunque se trasformaba
En buey, que el mar pasaba,
En sátiro y en águila y en pato,
Nunca le vierou trasformarse en gató ;
Porque si alguna vez gatiquisiera ,
De los amantes gatos se doliera.»
Con voz enamorada
Doliente y desmayada ,
La gata respondia :
«Mañana fuera el dia
De nuestra alegre boda ;
Pero todo mi bien desacomoda
Aquel infame gato fementido,
Marramaquiz, celoso de mi olvido,
Que en llegando á saber mi casamiento.
Hubiera temerario arañamiento ,
Y estimar vuestra vida
Me tiene temerosa y encogida ;
Que es robusto y valiente ,
Y en materia de celos impaciente.
Mejor será matalle con veneno.»
Aquí, de furia lleno,
Respondió Micifuf : «Por un villano
Pierdo el favor de vuestra hermosa mano?
¿El, señora, lo estorba ?
¿Es por ventura más que yo valiente?
¿Tiene la uña corva
Más dura que la mia ,
O más agudo y penetrante el diente
Entre la mostachosa artilleria ?
¿Qué hueso de la pierna ó espinazo
Se me resiste á mí? ¿Qué fuerte brazo?

¿Yo no soy Micifuf ? Yo no desciendo
Por línea recta, que probar pretendo,
De Zapiron, el gato blanco y rubio
Que despues de las aguas del diluio
Fué padre universal de todo gato?
Pues ¿cómo ahora, con desden ingrato,
Teneis temor de un maullador gallina ,
Valiente en la cocina ,
Cobarde en la campaña ,
Y referir por invencible hazafia
Dar á Garraf, un gato mi escudero,
Que, fuera de ser gato forastero,
Es agora tan mozo,
Que apenas tiene bozo ,
Una guantada con las uñas cinco,
Si de repente dió sobre él un brinco?
¿Qué Scipion del Africano estrago ?
¿Qué Anibal de Cartago?
¿Qué fuerte Pero Vazquez Escamilla,
El bravo de Sevilla,
Por esos ojos, que á la verde falda
De las selvas hurtaron la esmeralda?
Que si entónces me hallára en el tejado,
Que no llevara, como se ha llevado,
El queso y el relleno ;
Y ¿quereis que le mate con veneno?
Esa es muerte de principes y reyes ,
Con quien no valen las humanas leyes ,
No para un gato bárbaro cobarde ,
Cuyas orejas os traeré esta tarde,
Y de cuyo pellejo ,
Si no me huye con mejor consejo ,
Haré, para comer con más gobierno,
Una ropa de martas este invierno.»
Aquí Marramaquiz, desatinado,

Cual suele arremeter el jarameño
Toro feroz, de media luna armado,
Al caballero con airado ceño
(Andaluz ó extremeño;
Que la patria jamas pregunta el toro),
Y por la franja del bordado de oro
Caparazon meterle en la barriga
Dós palmos de madera de tinteros,
Acudiendo al socorro caballeros,
A quien la sangre ó la razon obliga
Al caballo inocente, que pensaba,
Cuando le vió venir, que se burlaba:
Gallina Micifuf (dijo furioso,
El hocico limpiándose espumoso),
Blasonar en ausencia
No tiene de mujeres diferencia.
Yo soy Marramaquiz, yo noble al doble
De todo gato de ascendiente noble;
Si tú de Zapiron, yo de Malandro,
Gato del Macedon Magno Alejandro,
Desciendo, como tengo en pergamino,
Pintado de colores y oro fino,
Por armas un morcon y un pié de puerco,
De Zamora ganados en el cerco,
Todo en campo de golas,
Sangriento más que rojas amapolas,
Con un cuartel de quesos asaderos,
Rocles en Castilla los primeros,
No fueron en cocinas mis hazañas,
Sino en galeras, naves y campañas;
No con Garraf, tu paje,
Con gatos moros, las mejores lanzas;
Que yo maté en Granada á Tragapanzas,
Gatazo Abencerraje,
Y cuerpo á cuerpo en Córdoba á Murcifo,

Gato que fué del regidor Rengifo,
Y de dos urañadas
Deshice á Golosillo las quijadas,
Por gusto de una Miza, mi respeto,
Y le quité una oreja á Boquifloto,
Gato de un albañil de Salobreña;
La cola en Fuentidueña
Quité de un estiron á Lameplatos,
Mesonero de gatos;
Sin otras cuchilladas que he tenido,
Y la que di á Garrido,
Que del corral de los naranjos era
Por la espada primera
Unico gaticida.
Pero es hablar en cosa tan sabida
Decir que el tiempo vuela y no se pára,
Que no hay cara más fea que la cara
De la necesidad, y la más bella
Aquella del nacer con buena estrella
Que alumbra el sol y que la nieve enfria,
Que es oscura la noche y claro el dia.
Esa gata cruel, que me ha dejado
Por tu poco valor, verá muy presto,
Siendo aqueste tejado
El teatro funesto,
Cómo te doy la muerte que mereces
Porque mi vida á Zapaquilda ofreces,
Llevando tu cabeza presentada
A Micilda, que es ya mi prenda amada;
Micilda, que es más bella
Que al vespertino sol cándida estrella,
Vénus, que rutilante
Es de su anillo espléndido diamante.
Esta sí que merece la fe mia,
Mi constancia, mi amor, mi bizarría;

Que no gatas mudables,
Que, si por su hermosura son amables,
Son por su condicion aborrecibles,
Amigas de mudanzas ya imposibles.
Aqui sacó la espada ruginosa
De la vaina mohosa,
Y á los golpes primeros
Se llamaron fulleros,
Si bien no hay deshonor desenvainada;
Y Zapaquilda huyendo,
Del súbito temor la sangre helada,
Dejóse el serenero en el tejado.
Los músicos, en viendo
El belicoso duelo comenzado,
Huyeron, como suelen;
Que no hay garzas que vuelen
Tan altas por los vientos;
Dicen que por guardar los instrumentos,
Y mil razones tienen,
Pues que sólo á cantar en ellos vienen;
Que mal cantára un hombre si supiera
Que habia luégo de sacar la espada,
Que tanto el pecho altera;
Ni pudiera formar la voz turbada;
Que hay mucha diferencia, si se mira,
De dar en los broqueles ó en las cuerdas,
Pasar la espada el pecho, ó por la lira,
El arco hiriendo las pegadas cerdas.
Andaba entónces Guruguz de ronda,
Con una escuadra vil de sus esbirros,
Cuyo abuelo, nacido en Trapisonda,
Curaba hipocondriacos y cirros;
Y viéndolos andar á la redonda,
Como si fueran Césares ó Pirros,
Los dos valientes gatos,

Con fuerte anhelo descansando á ratos,
Llegaron á ponerse de por medio,
Que fué difícil, pero fué remedio.
Mas, como respetar á la justicia,
De gente principal respeto sea,
Y lo contrario bárbara malicia,
Luégo Marramaquiz rindió la espada;
¿Quién habrá que lo crea?
Mas viendo Guruguz que no queria
Que el amistad quedase confirmada,
Sino permanecer en su porfía,
Llevólos á la cárcel, enojado,
Cuando Febo dorado
Asomaba la frente
Por las ventanas del rosado oriente,
Como si azúcar fuera, y de colores
En campo verde iluminó las flores.

SILVA IV.

Quien dice que el amor no puede tanto,
Que nuestro entendimiento
No puede sujetarle, es imposible
Que sepa qué es amor, que reina en cuanto
Compone alguna parte de elemento
En el mundo visible.
¡Oh fuerza natural incomprehensible!
Que en todo cuanto tiene
Una de las tres almas,
A ser el alma de sus almas viene,
¿Quién no se admira de mirar las palmas
En la region del Africa desnuda,
Cuando su fruto en oro el color muda,
Con sólo aquel ardor vegetativo
Amarse dulcemente?

Que en lo demas que siente,
No es mucho que de amor el fuego vivo
Imprima sentimiento
Y natural deseo
Con lazos de pacífico himeneo.
La fiera, el ave, el pez en su elemento,
Todos aman, y quieren
Por la razon de bien lo que es amable,
Pues ama lo que es sólo vegatable.
Si de ningun sentido el bien inferen
Entre las cosas que por él adquieren
Algun conocimiento,
Perdonen cuantas aves y animales
De su distinto gozan elemento ;
Ningunas son iguales
En amor á los gatos,
Exceptuando las monas,
Que hasta en esto se precian de personas,
Y ya que no en esencia, en ser retratos ;
Porque acontece con el hijo al pecho
Abrazalle con lazo tan estrecho,
Que le hacen exhalar la sensitiva
Alma vital. Así el amor les priva,
Que fué en la estimativa conocido
Del natural sentido ;
Y si por opinion critico alguno
Tiene que amor tan loco
No puede haber en animal ninguno,
Váyase poco á poco
Al africano Tetúan, adonde
Verá cómo, á los árboles trepando
Esta del hombre semejanza propia,
De que hay allí gran copia,
Ya sale con el hijo, ya se esconde,
Y á los que van ó vienen caminando,

Con risa de monesco regocijo,
Muestra el peloso hijo.
Mas fuera disparate,
Si no es que en ellas trate,
Ir por ver una mona
Hasta el Africa un hombre ;
Que si de Tito Livio llevó el nombre
Muchos hombres á Roma, fué corona
De los historiadores ;
Que sólo aquellas cosas superiores,
Dignas por fama de admirable espanto,
Es bien que cuesten tanto,
Como ver á Venecia,
Perche chi non la vede non la precia ;
Que al cielo desde el agua se avecina,
Y en góndolas por coches se camina.
Los gatos en efeto
Son del amor un indice perfeto,
Que á los demas prefiere,
Y quien no lo creyere,
Asómese á un tejado
Con frias noches de un invierno helado,
Cuando miren las hélices nocturnas.
Las estrelladas urnas
Del frígido Actuario ;
Verá de gatos el concurso vario,
Por los melindres de la amada gata,
Que sobre tejas de escarchada plata
Su estrado tiene puesto,
Y con mirlado gesto
Responde á los maúlos amorosos
De los competidores,
No de otra suerte, oyendo sus amores,
Que Angélica la bella
De Ferragut y Orlando,

Amantes belicosos,
Cuando andaban por ella
Sin comer y dormir, acuchillando
Franceses y españoles,
De que no se le dió dos caracoles.
¿Qué cosa puede haber con que se iguale
La paciencia de un gato enamorado,
En la canal metido de un tejado
Hasta que el alba sale,
Que en vez de rayos coronó el oriente
De carámbanos frigiditos la frente?
Pues sin gaban, abrigo ni sombrero
Febo oriental le mirará primero
Que él deje de obligar con tristes quejas
Las de sus gatarigiditas orejas,
Por más que el cielo llueva
Mariposas de plata cuando nieva.
Mas dejando cansadas digresiones,
Que el retórico tiene por viciosas,
Aunque en breves paréntesis gustosas,
Presos los dos gatíferos campeones,
Por no querer hacer las amistades
Y responder soberbias libertades,
Dicen que Zapaquilda
Y la bella Micilda,
Tapadas de medio ojo,
Con sus mantos de humo,
Que es llegar á lo sumo
De un amoroso antojo,
Fueron á ver sus presos;
Que en tanta autoridad tales excesos
Parecen desatino.
En fin, Micilda enamorada vino,
Con que á toda objecion amor responde;
Así la infanta doña Sancha al conde

Garci Fernandez, preso, visitaba
En la oscura prision del Rey su padre,
Dicen que con deseos de ser madre,
Que habia dias que sin él estaba.
Cada cual de las dos imaginaba
Que la otra venía
Por él que ella queria,
Y con este engañado pensamiento,
Que nunca tienen mucho fundamento
Los celos, comenzaron á mirarse
En manifestacion de sus enojos,
Tirándose relámpagos los ojos.
¡Oh quién las viera entónces levantarse
Sobre los piés derechas,
A ver si eran verdades las sospechas,
Y de ser descubiertas recatarse;
Condicion de los celos esconderse,
Quererse declarar y no atreverse!
Que, como son desprecio del paciente,
Huye de que se entienda lo que siente,
Que amar siempre se tuvo por nobleza,
Y los celos por acto de bajeza,
Como si amor pudiese estar sin celos,
Que más pueden estar sin sol los cielos,
Testigo Juno y Prócris, á quien llora
Céfalo por los celos de la Aurora.
En fin, despues de sufrimiento tanto,
Quitó Micilda de la cara el manto
A la siempre celosa Zapaquilda,
Y ella, echando las uñas á Micilda,
Con el rebozo el moño,
No suele por los fines del otoño
Quedar la vid fudosa en los sarmientos
De los marchitos pámpanos robada,
Sin resistencia á los primeros vientos,

Que con nevado soplo y boca helada
Cierzo dejó cadáver con la fiera
Mano que floreció la primavera,
Como las dos quedaron en la rifa;
Ni Fátima y Jarifa
Por el abencerraje Abindarráez,
Ni por Martín Peláez,
Que del Cid heredó la valentía,
Doña Urraca y María de Meneses,
Aquella á quien pedía
Con palabras corteses
Las nueces su galán, si no bailaba,
Así celoso amor las provocaba.
En fin, á puros tajos y reveses
De las rapantes uñas aguilieñas,
Desmoñadas las greñas
Y el soliman raído,
Quedaron desmayadas sin sentido,
Haciendo cada cual la gata-muerta.
No fué con esto la prisión mas corta,
Pero salieron della finalmente;
Que el tiempo, con los bienes ó los males,
Dejando siempre atrás todo accidente,
Que fué final acción de los mortales,
Vuela sin defenderse,
Dejándose llegar para perderse.
Así pasó la gloria de Numancia
Y la brava arrogancia
De la fuerte Sagunto,
Porque la tierra toda es solo un punto
De la circunferencia de los cielos.
Pero ¿ qué desatino de las musas
Me lleva á tan extrañas garatuzas ?
Las iras del amor y de los celos
Pasaron adelante

En uno y otro amante.
Pero Marramaquiz, aconsejado
De sus amigos, remitió el cuidado
Al amor de Micilda;
Mas, como el que tenía á Zapaquilda
Era del alma verdadero efeto,
Aunque disimulaba á lo discreto,
Andaba triste y de congojas lleno;
¡ Misero del que vive en cuerpo ajeno,
Y por un amoroso desvarío
Pierde la libertad del albedrío,
Que no la compra el oro,
Porque es de todos el mayor tesoro!
Tenía las mandíbulas de suerte,
Que era un retrato de la muerte fiera,
Aunque es yerro pintarle calavera,
Porque aquella es el muerto, y no la muerte.
La muerte ha de pintarse una figura
Robusta, de cruel semblante airado,
Los fuertes piés en una piedra dura,
Si no sepulcro en pórvido labrado,
Con reyes y monarcas,
Hasta el que calza rústicas abarcas;
Damas que sujetaron capitanes,
Y en ásperas naciones,
Por bárbaras regiones
De fieros mamelucos y soldanes,
Y pintadas al uno y otro lado
La enfermedad, la guerra y la desgracia;
Parcas que tantas muertes han causado
Por tantos desconciertos,
Que huesos ya no es muerte, sino muertos.
No aprovechaba la hermosura y gracia
De Micilda á quitar al pobre amante
La memoria tenaz; que Amor escribe

Con la flecha cruel en el diamante
Del alma donde vive,
Y compitiendo con el tiempo, quiere
Que viva en ella cuando el cuerpo muere.
En estos medios Micifuf intenta,
A su competidor viendo remoto,
Por medio de Garrullo, su compadre,
Que habia sido gato en una venta,
Pedirla por mujer á Ferramoto,
De Zapaquilda padre.
Propúsole Garrullo
Con prudente maíllo
Las partes de su amigo,
Como dellas testigo,
Sin otras consecuencias
Que atajaban celosas diferencias.
Ferramoto era un gato
De buen entendimiento y de buen trato,
Cano de barba y negro de pellejo;
Persona que en la verde primavera
De sus años, jamas en la ribera
De Manzanáres se le fué conejo,
Porque sirvió de galgo
A cierto pobre y miserable hidalgo,
Que con él se alumbraba,
Y de suerte de noche relumbraba,
Que pensando una moza que eran lumbré
Las niñas de los ojos, que brillantes
En la ceniza estaban relumbrantes,
Yendo al hogar, como era su costumbre,
Sin pensar darle enojos,
Le metió la pajueta por los ojos.
Nunca sin esto gato marquesote
Oposicion le hizo;
Oyó de buena gana lo propuesto,

Y del novio galan se satisfizo,
Aunque llegando á concertar el dote,
De seca mimbre un cesto
Dijo que le daría,
Que de cama de campo le servía;
Seis sábanas de lienzo de narices,
Con algunos fragmentos por tapices
De viejos reposteros;
Cuatro quesos añejos casi enteros,
Y una mona cautiva que tenía,
Que hablaba en lengua culta y la entendia,
Sin otras menudencias.
Con estas conveniencias
Las capitulaciones se firmaron
Y el dia de la boda concertaron;
Marramaquiz estaba
En ocasion tan triste,
Como por burla y chiste
Jugando á la pelota
Con un raton á quien pescó de paso,
Que de un baul de versos del Parnaso
A una maleta rota,
Aunque llena de pleytos y escrituras,
Pasaba haciendo gestos y figuras.
Tal suele acontecer un triste caso
En medio de la vida;
Que no hay seguridad en cosa humana.
Ya con veloz corrida
Daba esperanza vana
Al misero animal, ya le volvia,
Ya le arrojaba en alto,
Mojado de temor, de aliento falto,
Y en medio del camino le cogia,
Como quien tira al vuelo
Diciendo: «Tente», como al agua el hielo;

Ya con las manos mizas
Le daba por los lados
Algunos bofetones regalados,
Cuando llegó Tomizas;
Tomizas, su escudero, y sin aliento
Le dijo el casamiento concertado
De Micifuf y Zapaquilla ingrata;
Y sintiendo perder su dulce gata,
Dejó el pobre animal, que, desmayado,
Apénas acertaba con la vida;
Mas puesto en fuga, la libró perdida:
Que quien no ha de morir, si la fortuna
Revoca la sentencia,
Nunca le falta diversion alguna.
En aquella dichosa intercadencia
A Tomizas en fin la diligencia
Valió una manotada con la zurda,
Que cuando no le aturda,
No es poco para zurda manotada,
Que le dejó la cara desgatada.
Esto gana traer del mal albricias.
¡Oh cuánto, amor, de la razon desquicias
Un noble caballero!
Por eso ningún paje ni escudero
Se fie en la privanza;
Que es fácil en señores la mudanza,
Y el sol es gran señor, y nunca pára
En rueda mas mudable; á la fortuna
Se parece la dama doña Luna,
Que nunca vemos de una misma cara.
Dejando la pelota el triste amante,
De celos y de amor perdido y loco,
Que la vida y la honra tiene en poco,
Vino á su casa con tristeza tanta,
Que se metió debajo de una manta;

Y luego provocado á mayor furia,
De una carrera se subió al tejado:
Así desnudo Orlando, provocado
De no menor injuria,
Cuando leyó los rótulos del moro
Que decian: « Amor, que sin decoro
En la buena fortuna te gobiernas,
Aquí gozó de Angélica Medoro,
En el papel de las cortezas tiernas
De aquellos olmos, de su bien testigos,
Para el frances Orlando cabrahigos»,
Bajó Marramaquiz desesperado,
Y entrando en la cocina,
Sin respeto de Paula y de Marina,
Esclavas del ausente licenciado,
Como laureles y álamos los mira,
Donde Olimene por Faeton suspira,
Los pucheros y cántaros quebraba,
Vertió la olla en la sazón que hervia,
Y llamando á Borbon, borbor decia;
Y á tanto mal llegó su desatino,
Que sacó media libra de tocino,
Que andaba como nave en las espumas,
Y si no se le quitan, se le mama:
Tanto pueden los celos de quien ama.
Una perdiz con plumas
Quiso tragarse, y no dejaba cosa
Que no la deshiciese,
Por alta que estuviere;
Trepaba la lustrosa
Reluciente espetera,
Derribando sartenes y asadores,
Y con estas demencias y furores,
En una de fregar cayó caldera
(Trasposicion se llama esta figura)

De agua acabada de quitar del fuego
De que salió pelado.
Pero viniendo luego
El señor licenciado,
Dijo que era veneno que tendria
Algun vecino que matar queria
Ratones de su casa,
Hecha de rejalgar traidora masa,
Y á su servicio ingrato,

Por matar los ratones, mató el gato.
Y dijo bien, segun los aforismos
De Nicandro; que son los celos mismos
Un veneno tan súbito, que apenas
Toca la lengua, cuando ya las venas
Y el corazon abrasan;
Tan presto al centro de la vida pasan,
Que no hay frias cicutas ni anapelos
Como solo un escrúpulo de celos.
En fin, de ver el gato lastimado
Que le habia criado,
Envió por triaca,
Que todo venenoso ardor aplaca,
De la magna que hacen en Valencia,
De que tenia una redoma sola
Cierta farmacopola.
El gato con paciencia,
Respeto de su dueño,
Tomó dos onzas y rindióse al sueño.

SILVA V.

Oh tú, don Lope, si por dicha ahora
Por los mares antárticos navegas,
O surto en tierra, cuando al puerto llegas,
Preguntas á la aurora

Qué nuevas trae de la bella España,
Donde tus prendas amorosas dejas,
Y por regiones bárbaras te alejas;
O miras en los golfos
De la naval campaña
Por donde vino Júpiter á Europa,
Encima de la popa
Sin velas de Mauricio ni Rodolfos,
Más traidores que fué Vellido de Olfos,
Serenó el rostro en la dormida Tétis
De la airada Anfitrite,
Más que en Sevilla corre humilde el Bétis,
Cuando á la mar permite
La luna barquerola,
No por las nubes de color de Angola,
Una punta á la tierra y otra al cielo
De pocas luces salpicando el velo,
Escucha en voz más clara que confusa
Mi gatífera musa,
Y no permitas, Lope, que te espante
Que tal sujeto un licenciado cante
De mi opinion y nombre,
Pudiendo celebrar mi lira un hombre
De los que honraron el valor hispano,
Para que al resonar la trompa asombre,
Arma virumque cano;
Que, como no se usa
El premio, se acobarda toda musa;
Porque si premio hubiera,
Del Tajo la ribera
Oyera en trompa bélica sonora
Divinos versos hijos del aurora.
Por esto quiere más que ver ingratos,
Cantar batallas de amorosos gatos,
Fuera de que escribieron muchos sabios

De los que dice Persio que los labios
Pusieron en la fuente cabalina,
En materias humildes grandes versos.
Mira si de Virgilio fueron tersos,
Cuya princesa pluma fué divina
Cuando escribió el *Moreto*, que en la lengua
De Castilla decimos *almodrote*,
Sin que por él le resultase mengua,
Ni por pintar el picador *mosquito*.
Y ¿quién habrá que note,
Aunque fuese satírico Aristarco,
De Ulises el diálogo á Plutarco?
La calva en versos alabó Sinesio;
Gran defecto Tartesio,
Quiere decir que hay calvos en España
En grande cantidad, que es cosa extraña,
O porque nacen de cerebro ardiente.
Y también escribió del transparente
Camaleon Demócrito,
Y las cabañas rústicas Teócrito,
Y tanta filosófica fatiga
Diócles puso en alabar el *nabo*,
Materia apenas para un vil esclavo,
El *rábano* Marción, Fancias la *ortiga*,
Y la *puíga* don Diego de Mendoza,
Que tanta fama justamente goza.
Y si el divino Homero
Cantó con plectro á nadie lisonjero
La *Batracomimaquia*,
¿Por qué no cantaré la *Gatomaquia*?
Fuera de que Virgilio conocía
Que á cada cual su genio le movía.
Ya todo prevenido
Para el tálamo estaba,
Y el día estatuido

La posesion llamaba
A la esperanza de los dos amantes;
Mas muchas veces con peligro toca
El vidrio lleno de licor la boca;
Alegres los vecinos circunstantes,
Convidados los deudos y parientes,
Y escrito á los ausentes;
Que en tales ocasiones más atentos
Están que á la verdad los cumplimientos.
Sólo Marramaquiz, gato furioso,
Lamentaba celoso
Sus penas y cuidados
Por altos caballetes de tejados,
En que su voz resuena,
Cual suele por las selvas filomena
Que ha perdido su dulce compañía
Con triste melodía
Esparcir los acentos de su pena,
Trinando la dulcísima garganta,
Que á un tiempo llora y canta;
O como perro braco
Que ha perdido su dueño,
O flamenco ó polaco,
Que ni se rinde al sueño,
Ni el natural sustento solicita,
Aunque en cantar no imita
El ruiseñor suave,
Que una cosa es el perro y otra el ave,
Y á cada cual su propio oficio cuadra,
Porque si canta el ave, el perro ladra.
Tenía ya Ferrato
En un zaquizamí curiosamente
La sala aderezada
De uno y otro retrato
De belicosa cuanto ilustre gente;

Que las efigies son de los mayores
El más heróico ejemplo,
De la perpetuidad glorioso templo,
Como se ven del Tarbolan y Enéas,
Y en Calvo el de las fuerzas giganteas,
En Juan de Espera en Dios, y el Transilvano,
En Pirro griego y Scévola romano.
Allí estaba Gafurio,
Que ganó la batalla de las monas,
De grave gesto y de nacion ligurio,
Y otros gatos con civicas coronas,
Navales y murales,
Y al laurel de los césares iguales.
No faltaban el Túmire y el Moco,
Ni con el descolado Ociquimoco,
Que asistia en las casas del cabildo,
Y el armado Mufido,
Más de valor que acero,
Ni Garavillos, gato perulero.
Estaba el rico estrado,
De dos pedazos de una vieja estera
Hecha la barandilla,
De ricas almohadas adornado
En tarimas de corcho, y por defuera
El grave adorno de una y otra silla,
Con tanta maravilla,
Que si un culto le viera,
Es cierto que dijera,
Por únicos retóricos pleonasmos:
Pestañeando asombros, guiñó pasmos.
Ya las sombras, cayendo
De los mayores montes
A los humildes valles,
Enlutaban los claros horizontes,
Y el mecánico estruendo

En las vulgares calles
Cesaba á los oficios,
Tráfagos y bullicios,
Encerraba el silencio en mudos pasos,
Y á diferentes casos
La ronda y los amantes prevenian
Las armas que tenian,
Cuando á la luz huyendo la tiniebla,
De alegres deudos el salon se puebla.
Vino Calvillo, de fustan vestido,
De patas de conejos guarnecido,
Grigüesco y saltambarca,
Más amante de Laura que el Petrarca,
Por una gata deste nombre propio,
Aunque parezca en gatos nombre impropio;
Pero si llaman á una perra Linda,
Diana, Rosa, Fátima y Celinda,
Bien se pudo llamar Laura una gata,
De pié bruñida, como tersa plata.
Maís de bocacé trujo grigüesco,
Cuera de cordoban, gorrón tudesco,
Y de negro con mucha bizzarria,
Zurrón, gato mirlado
De medias y de estómago colchado;
Ranillos, que bajó de Andalucía,
De conejo en conejo,
Por la Sierra-Morena
A ver del Tajo la ribera amena,
Con el cano Alcubil, su padre viejo;
Gruñillos y Cacharro,
La nata y flor del escuadrón bizarro;
Marrullos y Malvillo,
Uno de raso azul y otro amarillo;
Garrón, Cerote y Burro,
Gatos de un zapatero.

Mas ¿para qué discurso
Con verso torpe y proceder grosero,
Cuando lo ménos de lo más refiero,
Si me aguardan las damas que aquel día
Mostraron cuidadosa bizarría?
Vino Miturria bella,
Motrilla y Palomilla,
La flor de la canela y de la villa,
Y cada cual en la opinion doncella;
Cosa dificultosa.
Por eso es bien que la mujer hermosa,
Cuando honesta se llama,
Tenga por obras el perder la fama.
Y entre todas fué rara la hermosa
De la bella y discreta Gatifura,
Y vestida de nácar Zarándilla,
La gata más golosa de Castilla.
Ocupadas las sillas y el estrado,
Salió Trebejos, gato remendado,
Y sacando á la bella gatiparda,
Comenzaron los dos una gallarda,
Como en París pudiera Melisondra;
Y luégo con dos cáscaras de almendra
Atadas en los dedos, resonando
El eco dulce y blando,
Bailaron la chacona
Trapillos y Maimona,
Cogiendo el delantal con las dos manos,
Si bien murmuracion de gatos canos.
Mas ya, musas, es justo
Que me deis vuestro aliento y vuestro gusto,
Canoro sí, mas claro,
Que parezca de un nuevo Sanazaro;
Denme vuestros cristales en los labios,
Que de ignorantes me los vuelvan sabios;

Que Zapaquilda de la mano sale
De doña Golosilla, su madrina,
Saya entera de tela columbina,
De perlas arracadas,
En listones de nácar enlazadas;
La cabeza de rosas primavera,
Más estrellada que se ve la esfera;
El blanco pelo, rubio á pura gualda,
Y un ahna en cada niña de esmeralda,
De cuyos garabatos
Colgar pudieran las de muchos gatos;
Chapines de tabí con sus virillas,
Entre una y otra descubriendo espacios,
De la roja color de los topacios,
De nuestra edad y siglo maravillas;
Que lo que ser solia
Un medio celemin con atauja,
Un pirámide es hoy de tela de oro,
Y cuesten sus adornos un tesoro,
Que ponen miedo de casarse á un hombre,
Subiendo el dote á un número sin nombre
Si piensa sustentar traje tan rico.
Sentóse al fin mirlándose de hocico,
Y prosiguió la fiesta de la danza
Contra la posesion de la esperanza.
Mas ¿quién dijera que saliera incierta!
Marramaquiz, entrando por la puerta,
Vencido de un frenético erotismo,
Enfermedad de amor, ó el amor mismo.
Suspenso y como atónito el senado
De ver de acero y de furor armado
Un gato en una boda,
Donde es propia la gala, y no el acero,
Alborotóse todo;
Y Zapaquilda, viéndole tan fiero,

Humedeció el estrado, y con mesura
Comunicó su miedo á Catafura,
Si bien consideraba
Que entónces Micífuf ausente estaba,
Porque sólo esperaban que viniese,
Y que la mano práctica le diese,
De que ya la teórica sabía
Que confirmase tan alegre día.
En esta suspension todos turbados,
Marramaquí abrió los encendidos
Ojos, vertiendo de furor centellas;
Los dejó temerosos y admirados,
Y imprimiendo esta voz en sus oídos
Al aliento feroz de sus querellas:
« Villanos, descorteses,
Más falsos y traidores
Que moros y holandeses,
Porque siendo fautores,
No sois en las maldades inferiores;
Escuadron de gallinas,
Junta de gatos viles,
Que no de bien nacidos;
Bajos habitadores de cocinas,
Entre asadores, ollas y candiles,
Donde, como á cobardes y abatidos,
La más humilde esclava os apalea,
No trocando jamas la chimenea
Por la guerra marcial y sus rebatos;
Lamiendo lo que sobra de los platos,
Y durmiendo el invierno, cuando eriza
Los cabellos el hielo,
Revueltos en la cálida ceniza,
Hasta que ardiente el sol corona el cielo:
Yo soy Marramaquí, yo soy, villanos,
El asombro del orbe,

Que come vidas y amenazas sorbe;
Aquel de cuyos garfios inhumanos,
Leon en el valor, tigre en las manos,
Hoy tiemblan justamente
Las repúblicas todas;
Que desde el norte al sur por varios mares
Mira de Febo la dorada frente.
Y el que ha de hacer que tan infames bodas
Y con tantos azares,
Sean las de Hipodamia,
Está en vosotros resultando infamia.»
¡Oh musas! este gato habia leído
A Ovidio, y por ventura
De la fábula de Hércules quería
El ejemplo tomar, pues atrevido
Hércules se figura,
Y los gatos centauros que aquel día
Murieron á sus manos;
Porque no fueron pensamientos vanos
Los de sus celos locos,
Pues de sus manos se escaparon pocos,
Llamándolos traidores Mauregatos,
Que levantando una cuchar de hierro,
A eterno condenándolos destierro,
Fué Taborlan de gatos,
Haciendo más estragos su arrogancia
Que en Cartago y Numancia
El romano famoso.
A un gato que llamaban el Raposo,
Más que por el color, por el oficio,
La cara, que no tuvo reparada,
Quitó de una valiente cuchillada,
Imposible quedando al beneficio;
Y de un reves que sacudió á Garrullo,
Dió el último maúllo;

Cortó una pierna al misero Trebejos,
Gran cazador de gansos y conejos;
Desbarató el estrado,
Que pensaron guardar gatos bisoños,
Con cucharas de palo por espadas,
Que de galas quedó todo sembrado,
Naguas, jaulillas, guantes, ligas, moños,
Rosetas, gargantillas y arracadas,
Chapines, orejeras y zarcillos,
Y porque defendió llegar Malvillos
A robar á la novia, dió dos caves,
Como Hércules á Licas;
Y quebrando con él á dos boticas,
Desde una claraboya,
Cuanto componen purgas y jarabes.
Ni á vista de sus naves
Fué más furioso Aquiles cuando en Troya
Le dijeron la muerte de Patroclo,
Ni con mazo y escoplo
Tantas astillas quita el carpintero
Como vidas quitó celoso y fiero,
Ni más sangriento Nero
La misera plebeya
Gente miró quemar desde Tarpeya.
En fin, llegando donde ya tenía
Zapaquilda la vida por segura,
Le dijo: «Tente, ¿dónde vas, perjura?»
Ella, temblando, respondió turbada:
«Huyendo el filo de tu injusta espada,
Que se quiere vengar de mi inocencia
Con tan fiera insolencia,
Quitándome mi esposo;
Pero yo me sabré quitar la vida,
Polifemo de gatoes.»
—Ojos hermosos siempre y siempre ingratos

(Le respondió furioso),
¿Desa manera hablais en mi presencia?
¡Oh gata la más loca y atrevida!
Yo solo soy tu esposo, fementida;
Y al villano que piensa que á sacarte,
Con este casamiento, será parte
Destas enamoradas uñas mías,
Que vencen las arpias,
Verás, si no me huye,
Y el bien que me quitó me restituye,
Cómo le mato, y desollando el cuero
Le vendo para gato de dinero.
—Si tú (le respondió) mi dulce esposo
Me matares tirano,
Yo, con mi propia mano,
Me quitaré la vida.»
Furioso entónces, sobre estar celoso,
De donde estaba ¡ay misera! escondida
Trasladóla á sus brazos inhumano,
Cual suele hiedra, á los del olmo asida,
Tregar lasciva á la pomposa copa,
Vistiendo el tronco de su verde ropa,
De tiernos lazos y corimbo llena.
Así París robó la bella Elena,
Las naves aguardando en la marina,
Y así fiero Pluton á Proserpina.
Ella entónces llamaba
A Micifuf á voces,
Que no la oia, porque ausente estaba.
Al fin, tirando coces
Se le cayó un zapato;
Mas ni por eso se dolió el ingrato,
Viendo correr las lágrimas por ella;
Y él, corriendo con ella,
Que ni deudo ni amigo la socorre,

La puso de su casa en una torre,
Como tuvo Galvan á Moriana.
Tal es del mundo la esperanza vana,
Porque quien más en los principios fia,
No sabe dónde ha de acabar el día.

SILVA VI.

Cuando el soberbio bárbaro gallardo,
Llamado Rodamonte,
Porque rodó de un monte,
Supo que le llevaba Mandricardo
La bella Doralice,
Como Ariosto dice,
Á diez y seis de Agosto,
Que fué muy puntual el Ariosto,
Cuenta que dijo cosas tan extrañas,
Que movieran de un bronce las entrañas;
Prometiéndolo arrogante
No ver toros jamás ni jugar cañas,
Aunque se lo mandasen Agramante,
Rugero y Sacripante,
Ni comer á manteles,
Ni correr sin pretal de cascabeles,
Ni pagar ni escuchar á quien debiese,
Porque más el enojo encareciese,
Ni dar á censo ni tomar mohatra,
Ni pintar con el áspid á Cleopatra.
Y lo mismo decía, cuando el rapto
De Elena fementida,
El griego rey Atrida
Contra el pastor para traiciones apto,
Que dió en el monte Ida
En favor de Acidalia la sentencia;
Que hay muchas de la vera de Plasencia,

Que vienen más tempranas
Si las hacen los ojos
De juveniles bárbaros antojos;
Que aún no repara en canas
Esto que todos llaman apetito,
Y más donde no tienen por delito
Que la santa verdad corrompa el premio.
Mas todo ese proemio
Quiere decir en suma,
Aunque era campo de extender la pluma,
Lo que el valiente Micifuf, oyendo
El suceso estupendo
Del robo de su esposa,
Elena de las gatas,
Dijo con voz furiosa,
Cuando galan venía á desposarse,
Tan imposible ya de remediarse.
De las tremantes ratas,
Fugitivo escuadron con piés ligeros,
Temeroso ocupó los agujeros,
Y arrojando la gorra,
Que fué de un ministril de Calahorra,
Hizo temblar la tierra,
A fuego y sangre prometiéndolo guerra.
Ferrato, ya perdida la esperanza,
Mesándose las barbas y cabellos
Blancos, que nunca blancos fueron bellos,
Culpaba su tardanza,
Porque las dilaciones
Pierden las ocasiones,
Porque en la calva tienen un copete,
Que sólo se le coge el que acomete,
Porque aguardar á que la espalda vuelva,
Es seguir un venado por la selva,
Que alcanzarle no fuera maravilla

Quien le fuera siguiendo por la villa.
Micifuf la tardanza disculpaba
Con que léjos vivia
El zapatero, que esperando estaba
(¡Oh cuántos males causa un zapatero!),
Y que despues calzarle no podia,
Aunque los dientes remitiese al cuero,
Las botas justas, que con calza larga
Era la gala entónces, que por fresco
Dicen autores que mató el griguesco,
Por quitar la opresion de tanta carga.
¡Oh quién para olvidar melancolfas
De las que no se acaban con los días,
Un gato entónces viera
Con bota y calza entera!
Pero ¿dónde me llevan niñerías,
Que en Italia se llaman bagatelas,
Ingiriendo novelas
En tan funestos casos,
Más dignos de Marinos y de Tasos,
Que de Helicon son solos y soles,
Que de mis versos rudos españoles?
Lloraba Micifuf, lloraba fuego,
Que fuego lloran siempre los a-nantes,
Arrojando los guantes,
A quien los cultos llaman *chivotecas*
(¡Oh bien hayan Iléscas y Vallécas!),
Sin admitir un punto de sosiego,
Como en Paris el moro, en Troya el griego.
No suele de otra suerte pasearse
Quien tiene algun extraño desconcierto,
Sin que pueda apartarse
Del negocio que trata,
Pálido el rostro, de sudor cubierto,
Como ya por su honor, ya por su gata,

Inquieto Micifuf se condolia
Por dilatar de la venganza el día.
En tanto, pues, que amigos y parientes
Consultaban el modo
Como acabar del todo
Agravios tan infames y insolentes,
Marramaquiz estaba
Solicitando el pecho
De Zapaquilda, de diamantes hecho,
Que en la dura prision perlas lloraba,
A guisa de la aurora,
Que parece más bella cuando llora;
Que la mujer hermosa,
Cuando bafia la rosa
De las mejillas con el tierno llanto,
Aumenta la hermosura,
Si no da voces y en el llanto dura.
Marramaquiz en tanto
Produciendo concetos,
De su locura efetos,
Ya en prosa, ya en poesía,
Desvelado la noche y triste el día,
Se alambicaba el misero cerebro.
No dejaba requiebro,
Que no imitase tierno á los orates,
Que el mundo amantes llama,
Y de la tierna dama
Amores y carifios,
Hasta los disparates
Que les dicen las amas á los niños
Cuando les dan el pecho las mañanas,
Con intrínseco amor diciendo ufanas:
Mi rey, mi amor, mi duque, mi regalo,
Mi Gonzalo; mas esto solamente
Si se llama Gonzalo,

Porque fuera requiebro impertinente
Si se llamára Pedro, Juan ó Hernando;
Que convienen las flores con los frutos,
Y á las cosas tambien sus atributos.
Estaba el sol apenas matizando
Las plumas de las alas de los vientos,
Dando á los dos primeros elementos
Esmeraldas al uno, al otro plata,
Cuando salia por su amada gata
Al soto de Luzon el triste amante,
Sin respetar el arcabuz tronante,
A buscar el gazapo entre las venas
De la tierra, que apenas
Salir al campo osaba,
Y de una manotada le pescaba.
No habia pez ni pieza
De vaca en la cocina,
Que en volviendo Marina
A buscar otra cosa la cabeza,
No caminase ya por los tejados
Para el dueño crúel de sus cuidados;
Tan ligero y veloz, tan atrevido,
Que no paraba, sin hacer rúido,
Hasta sacar la carne de la olla,
Del asador la polla,
Aunque sacase, por estar ardiendo,
Ó pelada la mano ó con ampolla,
Fufú, fufú, diciendo.
¡Oh amor! ¡Oh cuántas veces
De la misma sarten sacó los peces,
Sin cuchares de hierro ni de plata!
Y la crúel, á más amor, más gata.
«¿Es posible (decia
Con lastimosas quejas),
Oh más dura que mármol á mis quejas

(Porque el gato las églogas sabía),
Y al amoroso fuego que me enciende
Más helada que nieve, Galatea,
Que de mi fuego el hielo te defiende
Dese pecho cruel, que me desea
La muerte; que ántes sea
La de tu Adónis, Micifuf cobarde,
Que gozarás, cruel, ó nunca ó tarde,
Que no te duelen tantas penas mias,
Ni el verte tantos dias
Cautiva en esta torre,
Que ni te viene á ver ni te socorre;
¿Qué para aborrecerle te bastaba?
Micilda me buscaba,
Micilda me queria;
Por tí la aborrecia,
Siendo gata de bien, siendo estimada
Por honesta doncella, y retirada
De amigas, de papeles y paseos,
Que clandestinos trazan himeneos.
¿Qué no dejé por tí, que te has casado
Con un gato afrentado? Que si fuera
Afrenta entre los hombres el ser gato,
Que la costumbre toda ley altera,
Sólo éste fuera gato por ingrato.
—No te canses (la gata respondia
Con ojos zurdos de Neron romano),
Marramaquiz tirano,
Que siendo, como es, justa mi porfia,
Ni he de tomar tus daños,
Ni me podrás vencer con tus engaños.
—¿Qué obstinacion, qué furia
Te obliga, Zapaquilda, á tanta injuria?
Mira que la nobleza
De tu celoso amante,

Siendo tan arrogante,
A su misma cruel naturaleza
Se rebela, teniéndote respeto,
Añadiendo al ser noble el ser discreto.»
Este apóstrofe ha sido
Justamente advertido
A la gata crúel desamorada,
Por lo que á los retóricos agrada,
Que adornan la oracion con voces puras,
Y sacan un retablo de figuras;
Que cuanto á mí, jamas me atravesára
Con gente de uñas y de mala cara.
Ya Micifuf en casa de Ferrato
Juntaba deudos, procuraba amigos,
De su dolor testigos,
Acusando el crúel bárbaro trato
Del comun enemigo, que este nombre
Como al turco le daba,
Y porque más de su maldad se asombre,
El robó de su esposa exageraba;
Que cada cual en su dolor y pena
Hasta una gata puede hacer Elena.
Estando, pues, sentados en secreto
En el zaquizamí de su posada,
Dijo á la noble junta lastimada
Con triste voz, de su desdicha efeto:
«Aquel justo conceto
Que de vuestro valor tengo formado
Me excusa de retóricos embajes,
Amigos y parientes,
Si estuvistes presentes
A la dura ocasion de mi cuidado,
De que tan tarde me avisaron pajes;
Que siempre llegan tarde los avisos
A los que son para su bien remisos.»

¿ Con qué podré moveros?
¿ Con qué podré obligaros?
O ¿qué podré deciros,
Que pueda enterneceros,
Que pueda provocaros,
Si no son los suspiros,
Medias voces del alma,
Cuando con el dolor la lengua calma?
Éste, que aquí no explico,
Está diciendo el pálido semblante
Lo que con muda lengua significo,
Pues cuando más la encumbre y adelante,
Más corto he de quedar; que los enojos
Remiten la retórica á los ojos;
Que la muda tristeza muchas veces
El Demóstenes fué de la elocuencia,
Y más donde son sabios los jueces,
Que excusan de captar benevolencia,
Pues no pudiera en Grecia en su Liceo
Ver más doctrina que en vosotros veo.
Todos Platones sois, todos Catones;
Más podrá la razon que las razones.
Yo vine, provocado de la fama,
A ver de Zapaquilda la hermosura,
Por alta mar, del hado conducido,
Donde mis ojos encendió su llama,
Fuego de fénix, que á los siglos dura,
Opuestos á la muerte y al olvido.
Si fuí favorecido,
Si agradeció mi amor y pensamiento,
Bien lo dice el tratado casamiento,
Pues que nos veis con la ocasion perdida,
Ella sin libertad y yo sin vida.
Cortés la quise sin violencia alguna,
Que nunca fué violenta la fortuna.

Cuando pagó mi amor, yo no sabía,
Como quien era gato forastero,
Que este tirano á Zapaquilla amaba;
Con esto la primera luz del día,
Y con ella su cándido lucero,
En mis ojos brillaba
Primero que en las flores,
A su ventana repitiendo amores.
Allí tambien en su primera estrella
La noche me buscaba divertido,
Adorando las tejas,
De sus balcones rejas,
Y dulce elevacion de mi sentido,
Hasta que hablar con ella,
Envidioso, traider y fementido,
Me vió en su celosía,
Donde probó mi amor su valentía.
Resultó la prision, y es tan villano,
Que ha engañado á Micilda,
Y dándola su fe, palabra y mano
De que será su esposo,
Siendo cumplirla el acto mas honroso.
Cuando me vió casar con Zapaquilla,
En afrenta de todos sus parientes
Y amigos, que presentes
Estuvieron atónitos al caso,
Echando los más graves por la tierra,
Como estaban de boda, y no de guerra,
Padeciendo mi sol tan triste ocaso,
Se la llevó con atrevido paso,
Celoso el corazon, la vista airada,
Hiriendo á quien delante se le puso;
Tanto, que con Garraf de una gatada
Los botes y redomas descompuso
De un boticario que vivia enfrente;

Y como de repente
En un perol cayese desde un banco,
Todo le revistió de unguento blanco;
Vertió una melecina,
Y paró medio muerto en la cocina
En ocasion tan dura
En ocasion tan triste,
Que es mármol quien las lágrimas resiste.
Mas quiero epitomar mi desventura:
Mi esposa me han robado;
Sin honra estoy.» Aquí, si no fué mengua,
Fué el silencio la voz, los ojos lengua,
Porque la grave pena,
Cortando la razon, dejóle mudo.
Enternecióse el inclito senado,
Haciendo propia la desdicha ajena,
Luego que vió que proseguir no pudo,
Y respondió Panzudo,
Un gato venerable de persona,
Aunque pelado de cabeza estaba,
Cosa que á muchos buenos acontece;
Si bien esto no fué lo que parece
Cuando á un amante viene la pelona,
Mas golpe que le dió cierta fregona,
Que de un menudo que lavar pensaba,
Cuando ménos atenta le miraba,
Asido del principio de una tripa,
Que á la vista las manos anticipa,
La fué desenvolviendo hasta el tejado,
Como cordel de un cabo y otro atado,
Del ovillo de sebo el laberinto,
Y cada cual de todos participa
Deste dolor, como si propio fuera;
Dijo con el semblante mesurado,
En prudente palabras desatado:

« Con justa causa Micifuf espera
Verse favorecido,
Y vengado tambien del atrevido
Que le robó su esposa ;
Fatal desdicha de mujer hermosa. »
Y respondió Tomillo,
Propia razon de gato mozalvillo :
« Por mí ya lo estuviera,
Porque con estas niñas se le diera. »
Peró Zurrón que le miraba enfrente,
Le dijo : « Con un gato el más valiente
Que han visto los tejados desta villa,
Mejor es, á la usanza de Castilla,
Escribirle un papel de desafio.
— No es ese el voto mio
(Garrullo replicó), ni que se intente
Venganza de victoria contingente ;
Que siempre ha estado en varias opiniones
Si ha de haber desafio en las traiciones.
Soy de voto que tome el agraviado
Un arcabuz, y aguarde
Al gato más valiente ó más cobarde,
Castigo de que vive descuidado
Sin miedo del que agravia,
Y propio efecto de la noche oscura.
— Si se pudiera ejecutar segura,
Fuera venganza sabia
(dijo Chapuz valiente,
Gato de buenas partes) ;
Mas son tantas las artes
Dese Marramaquiz, gato insolente,
Que no dará ocasion que se ejecute,
Por mucho que la noche el rostro enlute ;
Y de mi parecer, mejor sería
Querellarse del robo y castigalle

Por términos jurídicos y dalle
Muerte que corresponda á la osadía.
— Dirán que es cobardía
(Trebejos replicó), ni esa querella
Está bien al honor de una doncella,
Que es poner su defensa en opiniones ;
Que se averigua mal con las razones
Aquello que la causa pone en duda ;
Que no hay para mujeres lengua muda ;
Que ha dado el mundo en bárbaras querellas,
No pudiendo excusar el nacer dellas.
Pleitos áun no son buenos para gatos,
Porque es gastar la vida y la paciencia ;
No hay que tratar de tratos ni contratos,
Ni andar en pruebas ni esperar sentencia.
Si aquesta injuria há de quedar vengada,
Remítase á la pólvora ó la espada.
— Bien dice (respondió Raposo, haciendo
Debido acatamiento al gran senado)
Trebejos, y no es justo,
Aunque se pruebe lo que estais diciendo
Y quede á vuestro gusto sentenciado,
Que deis al pueblo gusto,
Al testro sacando neciamente
Un gato con capuz y caperuza ;
Y no menor locura que se intente,
No siendo Micifuf el moro Muza,
Tratar de desafios
Con quien sabeis que tiene tantos bríos.
Perdóneme Zurrón, Chapuz perdone,
Y aunque la edad le abone,
Me perdone Panzudo,
Si de su parecer mi intento mudo ;
Que el mio es juntar gente
Para tan grave empresa conveniente,

Y formando escuadrones
De caballos y armada infantería
De toda la parienta gatería,
Hacer guerra al traidor, cercar la tierra,
Y asostándole tiros y cañones,
Batirle la muralla noche y día,
Hasta saber qué gente le socorre;
Porque si el campo Micifuf le corre,
Y el sustento le quita,
O que deje la plaza necesita,
O en forma de batalla
Asalta la muralla,
El se dará á partido,
O le castigaréis siendo vencido.
Sacad banderas pues, tóquense cajas,
Haciendo las baquetas
Los pergaminos rajas;
Terciad las picas, disparád cometas,
Que así cobro su esposa en Troya el griego,
Publicando la guerra á sangre y fuego.
Calló Raposo, y luego del senado
El voto conferido
En la guerra quedó determinado,
Por ser de todos el mejor partido,
Más justo y más honroso.
Y dando Micifuf, como era justo,
Los brazos y las gracias á Raposo,
Brotando humor adusto,
A hacer la leva de la gente parte.
Perdona, Amor; que aquí comienza Marte,
Y sale Tisifonte
A salpicar de fuego el horizonte;
Suspende entre las armas los concetos:
Pues das la causa, escucha los efectos.

SILVA VII.

Al arma toca el campo micigriego
Contra Marramaquiz, gato troyano;
Violento sube, aunque oprimido en vano,
A la region elemental el fuego;
Inquietan de los aires el sosiego,
Con firme agarro de la uñosa mano,
Banderas, que con una y otra lista
Trémulas se defienden á la vista,
No permitiendo, pues no dejan verse,
Que las colores puedan conocerse,
Respondiéndose á coros
Las cajas y los pifanos sonoros,
Y al paso que se alternan,
Siguiendo el són marcial los que gobiernan.
Y luégo los soldados,
De acero y de ante y de valor armados,
Agujas del cabello por espadas,
Y sólo descubriendo las celadas,
Por delante mostachos
Y por detras plumíferos penachos,
Marchando con tal órden, que la planta
Donde el que va delante la levanta,
Estampa el que le sigue,
Sin que el baston del capitán le oblique,
Y al són de las trompetas resonantes,
Las picas á los hombros los infantiles,
En quien la variedad y los colores
Fermaban un jardin de várias flores,
A la manera que el Abril le pinta
En cultivada quinta,
Las picas de los bravos marquesotes
De varas de medir y de virotés,

Y ya de los plebeyos,
Baquetas de Babiecas y Apuleyos,
Sin escuadras gallardas,
Que llevaban en forma de alabardas
Aquellos eucharones
Con que suelen sacar alcaparrones,
Y con las palas, como medias lunas,
Las sabrosas de Córdoba aceitunas;
Córdoba, donde nacen andaluces
Góngoras y Lucanos;
Y encendidas las cuerdas en las manos,
No de Milan dorados arcabuces
Llevaba la lucida infantería,
Mas de huesos de piernas de carnero,
Que gatos de uno y otro pastelero
Trujeron á porfia,
Que no fueron de gato de ventero,
Sospechosos en tales ocasiones,
Y de huesos de vaca los cañones
Para batir la torre.
Con esto Micifuf el campo corre
Y pone cerco al muro,
Armado de un arnés cóncavo y duro
De un galápago fuerte,
Que sin salir de sí le halló la muerte;
La cabeza adornada
De un sombrero, la falda levantada,
De un trencellin ceñido,
El pasador y hebilla guarnecido,
Con pluma verde oscura,
Señales de esperanza con tristeza,
Aunque la justa causa la asegura;
Con tanta gentileza
Al caballo arrimaba
La estrella de la espuela,

Y con la negra rienda le animaba
A lá obediencia del dorado freno,
De espuma y sangre lleno,
Que sin tocar los céspedes volaba.
Ni es nuevo el ver que vuela,
Pues que pintan con alas al Pegaso,
Volando por las cumbres del Parnaso,
Que vemos en Orlando el hipogrifo,
Monstruo compuesto de caballo y grifo.
Mas si dudare alguno de que hubiese
Caballos tan pequeños,
Pareciéndole sueños,
Y á la naturaleza le quisiese
Quitar de milagrosa el atributo,
Aunque sea sin fruto
La tácita objecion quedará llana
Con irse de aquí á Tracia una mañana
Que esté desocupado
De los negocios de mayor cuidado,
Y verá los pigmeos,
Que en la region de trogloditas feos
Tambien los pone Plinio,
Que hizo destes monstruos escrutinio,
Y en las lagunas del egipcio Nilo,
Otros autores por el mismo estilo,
Que escriben que trayendo de Etiópia,
Donde hay bastante copia,
Dos pigmeos á Roma (gente grave),
Se murieron de cólera en la nave.
Homero les da patria al mediodia,
Con su intérprete Eustacio;
Mela, de Arabia en el ardiente espacio,
Que el sol fénix mayores monstruos cria,
Puesto que, aunque confiesa tales nombres,
Aristóteles niega que son hombres.

Ni en su *Ciudad de Dios* pasó en olvido
El divino africano los pigmeos.
Y Juvenal *umbripides* los llama,
Sin otros que han negado y defendido
Esta opinion, que divulgó la fama.
Pero, pues pintan monstruos semideos,
Que por los montes van de rama en rama,
Las poéticas trullas,
Diciendo que batallan con las grullas,
No será mucho que haya semihombres.
Estos con cierta patria y ciertos nombres
En la misma region caballos tienen,
De donde nuestros gatos se previenen;
Que á hacer de solo un codo
Hombres naturaleza,
Como pintor que muestra la destreza,
A un naípe todo un cuerpo reducido;
Y los caballos no del propio modo,
Mayor monstruosidad hubiera sido
De su instrumento ilustre y poderoso;
Que mal pudiera andar hombre muñeca
En el lomo espacioso
De un gigante Babieca;
Así que la objeccion no es de provecho,
Pues queda el argumento satisfecho;
Demas de que el lector puede, si quiere,
Crear lo que mejor le pareciere;
Porque si se perdiese la mentira,
Se hallaria en poéticos papeles,
Como se ve en Homero, describiendo
A la casta Penélope, que admira
Por los amantes necios y crüeles,
Tejiendo y destejiendo,
Sin dejarla dormir, de pura casta.
Y lo contrario para ejemplo basta,

Haciendo deshonesta
Virgilio á Dido Elisa por Enéas,
Como le rife Ausonio,
Aunque logró tan falso testimonio,
Méno las aguas que pasó leteas,
Donde escribió Merlin, con suales iras
Castigan al poeta sus mentiras.
Mas vuelve, oh musa, tú, para que pueda
Ayudarme el favor de tu gimnasio,
Que para lo que queda,
Aunque parece poco,
Al señor Anastasio
Pantaleon de la Parrilla invoco,
Porque de su tabaco
Me dé siquiera cuanto cubra un taco.
Marramaquiz, aunque lo supo tarde,
Habia hecho alarde
De sus gatos amigos,
Y halló que para tantos enemigos
Era su gente poca;
Mas, como la defensa le provoca,
Las armas al asalto prevenia,
Supuesto que tenia
Poco sustento para cerco largo;
Y cuidadoso de su nuevo cargo,
Más triste y desabrido
Que poeta afligido,
Que ha parecido mal comedia suya,
O bien la de su cómico enemigo,
Andaba por la torre,
Y viendo que su esposo la socorre,
Zapaquilda más llena de aléluya,
Más alegre, contenta y más quieta
Que aquel mismo poeta,
Si ha parecido mal, siendo él testigo,

La del mayor amigo,
Prevenido en efeto
De toda defension y parapeto,
Sacó sus gatos animos al muro
Por todas las almenas y troneras,
Vestido de banderas,
Que en alto y de diversos tornasoles,
Eran entre las nubes arreboles;
Y coronado de diversos tiros,
Soldados de valor y archimargiros,
Opuestos á la furia del contrario,
Como se mira altivo campanario
De aldea, donde hay viñas,
Para bajar despues á las campiñas,
Cubiertó por el tiempo de las uvas
Del escuadron de tordos,
Que en aquella sazón están más gordos,
Cuando los labradores
Limpian lagares y aperciben cubas;
Así la negra cúpula tenía
De soldados, de tiros y stambores,
No ménos valerosa gatería.
Quien viera el pié que el escuadron ceñía
De Micifuf, y el chapitel armado
De uno y otro gatífero soldado,
Dijera que tal vista no fué vista
De Dario ni de Jérjes,
Ni tanto perdigon haciendo asperges
En ninguna conquista,
Ni la vió Escipion ni el rey Ordoño,
Como en Cartago aquel, éste en Logroño;
Y aunque éntre la de Ostende,
Pero sin *nobis domine* se entiende.
Ver tanto gato, negro, blanco y pardo,
En concurso gallardo

De dos colores y de mil remiendos,
Dando juntos maúlos estupendos,
¡A quién no diera gusto,
Por triste que estuviera,
Aunque perdido injustamente hubiera
Un pleito, que es disgusto
Despues de muchos pasos y dineros,
Para leones fieros?
Prevenidos, en fin, para el asalto,
Mueven á sobresalto
Los ánimos valientes
Las retumbantes cajas,
Previenen uñas y acicalan dientes,
Calando juntas las celadas bajas,
Que en las frentes bisoñas
Más eran de sarten que de Borgoñas;
Pero en silencio los clarines roneos,
Que sonaban á modo de zamponas,
Puesto á la márgen de unos verdes troncos,
Que no importa saber de lo que fueron,
De piés en uno Micifuf bizarro,
Cuando del sol el carro,
Que Etontes y Flegon amanecieron,
Atrás iban dejando el mediodía,
Dijo á su belicosa infantería
Que atenta le escuchaba,
Que aunque era gato, Ciceron hablaba:
«Generosos amigos,
De mis afrentas y dolor testigos:
La honra, que los ánimos produce,
A tan ilustre empresa me conduce;
Esta sola me anima;
Quien no sabe qué es honra no la estima.
Miente el que dijo, y miente el que lo estam pa,
Que un *bel fugir tutta la vita escampa;*

Pues mejor viene agora,
Que un bel morir tutta la vita honora.
Es la virtud del hombre
La que le inclina á los ilustres hechos;
Digna es la fama de valientes pechos.
Hoy habeis de ganar glorioso nombre;
Ninguna fuerza ni amenaza asombre
El que teneis de gatos bien nacidos;
Que estos viles alardes
(Porque en siendo traidores son cobardes)
Ya están medio vencidos
Con sólo haber llegado á sus oidos
Que yo soy quien os guia.
A Anibal preguntó Scipion un dia
Que cuál era del mundo el más valiente;
Y él respondió feroz con torva frente:
—Alejandro el primero,
El segundo fué Pirro, y yo el tercero.—
Si entónces yo viviera,
Cuarto lugar me diera.
Al arma acometed, yo voy delante;
Y el no tener escalas no os espanto,
Que no son necesarias las escalas
Si en vuestra ligereza teneis alas.»
Dijo; y vibrando un fresco en la fudosa
Mano, al muro arremete,
Y con él mata sieta,
Maís, Zurron, Maufrido, Garrafosa,
Ociquimocho, Zambo y Colituerto,
Gatazo que, de roja piel cubierto,
Crió la mondonguifera Garrida,
Aunque toda su vida
Mas enseñado á manos y cuajares
Que á nobles ejercicios militares,
Mas son tan eficaces las razones

Formadas de los inclitos varones,
Como Alcíato escribe, cuando asidos
Llevaba de una cuerda de los labios
El Anfitriónades Alcides,
Cuantos hombres prestaban los oidos
A la elocuencia de los hombres sabios.
Pero ya los agravios
De Micífuf la guerra comenzaban,
Ya los gatos trepaban
La torre por escalas de sus uñas,
Más fuertes garabatos
Que los de tundidores y garduñas;
Ya por la piedra entre la cal metidas,
Sin estimar las vidas,
Subian gatos y bajaban gatos,
Los unos como bueyes agarrados,
Que clavan en las cuestras las pezuñas,
Los otros como bajan despeñados
Fragmentos de edificio que derriban,
Que de su mismo asiento se derrumba.
A cuál sirven de tumba,
Despues que del vital aliento privan,
Las losas que le arrojan;
A cuál de vida y alma le despojan
En medio del camino.
No despide en oscuro remolino
Más balas tempestad de puro hielo,
Que bajan plomos de la torre al suelo,
Allí murió Galvan, allí Trebejos,
Que le acertó la muerte desde léjos,
Dándole con un cántaro en los cascós,
Y otros con ollas, búcaros y frascos.
Así suelen correr por várias partes
En casa que se quema los vecinos
Confusos, sin saber adónde acudan.

No valen los remedios ni las artes;
Arden las tablas y los fuertes pinos
De la tea interior el humor sudan;
Los bienes muebles mudan
En medio de las llamas;
Estos llevan las arcas y las camas,
Y aquellos con el agua los encuentran;
Estos salen del fuego, aquellos entran;
Crece la confusion, y más si el viento
Favorece al flamígero elemento.
Mas como el alto Júpiter mirase
Desde su Olimpo y estrellado asiento
La batalla cruel, de sangre llena,
Temiendo que quedase
En competencia tan feroz y airada
La máquina terrestre desgastada,
Justo remedio á tanto mal ordena.
«Dioses, no es justo (dijo) que la espada
Sangrienta de la guerra
Se muestre aquí tan fiera y rigurosa,
Aunque es la misma de la griega hermosa,
Y que muertos los gatos, esta tierra
Se coma de ratones,
Porque se volverán tan arrogantes,
Que ya considerándose gigantes,
No teniendo enemigos de quien huyan
Y el número infinito desminuyan,
Serán nuevos Titanes,
Y querrán habitar nuestros desvanes.»
Con esto luego envía
De oscuras nieblas una selva espesa,
Y la batalla cesa,
Revuuelto en sombras de la noche el día;
Y desde aquel con inmortal porfia
Los unos y los otros prosiguieron,

Aquellos en la ofensa,
Y éstos en la defensa;
Pero durando el cerco, no tuvieron
Remedio ni sustento los cercados;
Tanto, que á Zapaquilda desfigura
La hambre la hermosura,
Vuelta las rosas nieve;
Por onzas come, por adarnes bebe.
Marramaquiz, que ya morir la vía,
Con amante osadía,
Pero sin que le viesen los soldados,
Salió por un resquicio á los tejados
De una tronera que en la torre había,
Para coger algunos pajarillos.
Iba con él Malvillos,
Que á este solo fió su atrevimiento,
Y por partir la caza del sustento;
Y estando ¡oh dura suerte!
Acechando á la punta de un alero
Un tordo que cantaba,
La inexorable muerte,
Flechando el arco fiero,
Traidora le acechaba.
¿Qué prevenciones, qué armas, qué soldados
Resistirán la fuerza de los hados?
Un príncipe que andaba
Tirando á los vencejos
(Nunca hubieran nacido,
Ni el aire tales aves sostenido)
Le dió un arcabuzazo desde léjos.
Cayó para las guerras y consejos;
Cayó súbitamente
El gato más discreto y más valiente,
Quedando aquel feroz aspecto y bulto
Entre las duras tejas insepulto;

Pero muerto tambien, como era justo,
A las manos de un César siempre agosto.
Llevó Malvillos pálido la nueva,
Que de su fe y amor llorando en prueba,
Se mesaban las barbas á porfia,
Como tudescos, muerto el que los guía;
Mas deseando verse satisfechos
Del sustento forzoso,
Rindieron las almenas y los pechos
Al héroe sin victoria victorioso;
Y Micifuf, con todos amoroso
Porque le prometieron vasallaje,
Hizo luego traer de su bagaje,
Con mano liberal, peces y queso.
Alegre Zapaquilda del suceso,
Mudó el pálido luto en rico traje;
Dióle sus brazos, y á su padre amado,
Y el viejo á ella, en lágrimas bañado;
Y para celebrar el casamiento
Llamaron un autor de los famosos,
Que estando todos en debido asiento,
En versos numerosos
Con esta accion dispuso el argumento,
Dejando alegre en el postrero acento
Los ministros, y de cuatro en cuatro
Adornado de luces el teatro.

LA PERROMAQUIA,

FANTASÍA POÉTICA EN REDONDILLAS,

CON SUS ARGUMENTOS EN OCTAVAS,

POR

Don Francisco Nieto Molina.

Soneto del autor á su *Perromaquia*.

Si los gatos lograron merecer
Los aplausos de un Lope singular;
Si los burros en verso rebuznar
A impulsos del famoso Pellicer;
Si las moscas sus gracias extender,
Que su ingenio las quiso celebrar;
Si Homero á los ratones aclamar
Para dar á las ratas que roer,
A los perros mi musa ha de aplaudir;
Tengan fama los perros donde quiera,
En los pueblos, los campos y los cerros.
Perros aplaudo, ¿qué podrán decir?
Que elijo por asunto una perversa,
O que soy un poeta dado á perros.

Pero muerto tambien, como era justo,
A las manos de un César siempre agosto.
Llevó Malvillos pálido la nueva,
Que de su fe y amor llorando en prueba,
Se mesaban las barbas á porfia,
Como tudescos, muerto el que los guía;
Mas deseando verse satisfechos
Del sustento forzoso,
Rindieron las almenas y los pechos
Al héroe sin victoria victorioso;
Y Micifuf, con todos amoroso
Porque le prometieron vasallaje,
Hizo luego traer de su bagaje,
Con mano liberal, peces y queso.
Alegre Zapaquilda del suceso,
Mudó el pálido luto en rico traje;
Dióle sus brazos, y á su padre amado,
Y el viejo á ella, en lágrimas bañado;
Y para celebrar el casamiento
Llamaron un autor de los famosos,
Que estando todos en debido asiento,
En versos numerosos
Con esta accion dispuso el argumento,
Dejando alegre en el postrero acento
Los ministros, y de cuatro en cuatro
Adornado de luces el teatro.

LA PERROMAQUIA,

FANTASÍA POÉTICA EN REDONDILLAS,

CON SUS ARGUMENTOS EN OCTAVAS,

POR

Don Francisco Nieto Molina.

Soneto del autor á su *Perromaquia*.

Si los gatos lograron merecer
Los aplausos de un Lope singular;
Si los burros en verso rebuznar
A impulsos del famoso Pellicer;
Si las moscas sus gracias extender,
Que su ingenio las quiso celebrar;
Si Homero á los ratones aclamar
Para dar á las ratas que roer,
A los perros mi musa ha de aplaudir;
Tengan fama los perros donde quiera,
En los pueblos, los campos y los cerros.
Perros aplaudo, ¿qué podrán decir?
Que elijo por asunto una perversa,
O que soy un poeta dado á perros.

CANTO PRIMERO.

Argumento.

OCTAVA.

Describe la corte suntuosa,
 Calbete á Mamarruz el cetro entrega:
 A Carabagna adora, infanta hermosa,
 Que á sus linas ternezas se le niega,
 Y estima á Chasquisquiva cariñosa;
 El Rey lo sabe, en cólera se anega;
 Huyen de su furor, en campo extraño
 Mil cosas les demuestra el gran Caraño.

Canto perrunos amores
 Y batallas valerosas,
 Alabo perras famosas,
 Celebrando sus primores.

Canto soberbias hazañas
 De Mamarruz, perro fiero,
 Y de Galluz, su escudero,
 Estrafalarias patrañas.

A tí, ejemplo del valor,
 Digalo tanto atrevido
 Perro, acosado y herido
 Por vuestro feroz rigor;

A tí, capitán leal,
 Guapo como una gallina,
 Recio como tagarnina,
 Discreto como animal,

Dedico estos versos, y
 Juzgo llevarán mil yerros,
 Porque estaba dado á perros
 Cuando de ellos escribí.

¡Raro gusto! pero espero
 No se culpen mis ficciones,

Pues de ranas y ratones
 Cantó el excelente Homero.

Y en su especial *Gatomaquia*
 Lope á gatos aplaudió,
 Y á los burros celebró
 Toledo en su *Burromaquia*.

Hasta el átomo viviente,
 Hasta el punto indivisible,
 La pulga aguda y terrible
 Fué aclamada doctamente.

De elegancia escritos ricos
 Se ofrecen á mi favor,
 Pues gozaron de cantor
 Pulgas, gatos y borricos.

Cualquiera musa panarra
 Inflúyame en este intento,
 Y préstame su instrumento,
 Sea lira, flauta ó guitarra.

Allá donde vive solo
 El pájaro todo tretas,
 Al que pintan los poetas
 Ya en cuna, ya en mauseolo;

Allá entre Egipto y Judea,
 Selva de copioso olor,
 Arabia, de Asia mayor
 Provincia fértil recrea.

Es de dos golfos cercada,
 Dos veces fruto tributa:
 Tal abundancia disfruta
 Al año, si es cultivada.

Allí á la florida falda
 De un monte á quien yerbas mil,
 Desperdicios del Abril,
 Lo figuran de esmeralda,
 Se extiende fuerte, espaciosa,

Pasmo de la arquitectura,
Esmero de la hermosura,
Janja, córte suntuosa.

En cuadro se señorea
Su fábrica, que luciente
Ancha muralla empuente
De duro-bronce rodea.

Con proporcion arreglada
Puerta, y puerta de marfil,
Que labró diestro buril,
Permite vistosa entrada,
Siguen á nivel iguales
Las calles, cuyos espacios
Ocupan altos palacios,
Construidos de cristales.

Adórnanlos torres bellas,
Que á los rayos relucientes
De Febo resplandecientes,
Ascienden á las estrellas.

De Neptuno el espumoso
Reino retrata arrogante
Anfiteatro bastante
A concurso numeroso.

Sobre la cerúlea tez,
Que el fingido mar presenta,
Surca nave corpulenta,
Nada rozagante pez.

Cuanta brilladora escama
El golfo inquieto retira,
Tanta por aqueste gira,
Rompiendo la verde lama,

Desde la bestia que altera
A Tétis el centro frio,
Al cangrejo que tardío
Discurre por la ribera.

En otra plaza pinceles
Doctos batallas enseñan
En mil lienzos, que desdeshan
A los de Cénis y Apéles.

Destínase á este paraje
Comercio, mercadería,
Tráfico, union, granjería
De nobleza y populaje.

Amenísimo recreo
Logran sus huertas floridas,
Que parecen producidas
De la idea del deseo.

Es apacible su clima,
Benigno, claro, constante,
Que ni la ofende el tonante
Dios, ni el aquilon lastima.

No envidia á Roma excelentes
Estatuas, vanos trofeos,
Pirámides, coliseos,
Estanques, jardines, fuentes.

Tres veces dorado fruto
Céres al suelo prestó,
Y tres Pomona pagó
Su acostumbrado tributo.

Tiempo en que el laurel sagrado
Ceñía la angusta frente
A Mamarruz, excelente
Rey, cauto, astuto, alentado.

Siendo fortísimo, audaz,
Oprimía su furor
El invencible rigor
De un ciegozuelo rapaz;

Rapaz que supo vencer
A un Júpiter poderoso,
A un Alcides valeroso,

Solamente con querer.
El rey amante adoraba
A Carabagna, deidad
De tan perfecta beldad,
Que semejante no hallaba.
Mas ella, copiando esquivaba
El desden de Dafne ingrata,
Lo desprecia, porque trata
Cariñosa á Chasquisquiva.
Reconociendo prudente
Que Mamarruz enojado,
Bien por fuerza ó por agrado,
No habria cosa que no intente,
Determinó cautelosa
Pronta huir, para lo que
Dió parte á su dueño de
Empresa tan peligrosa.
Cuando vuelan torpes, graves
Rompiendo el aire espaciosas,
Susurrantes, fastidiosas,
Funestas nocturnas aves,
Llegó el París de esta Elena,
Galanamente adornado,
Sobre una mona montado,
De flores y cintas llena.
Viene á este empeño importante,
Llamado de su querida,
Con ánimo de la vida
Perder por ella constante.
Feliz oportunidad
Berecintia permitia,
Pues luz escasa ofrecia
Entre densa oscuridad.
Con el gozo regular
Propio de uno y otro amante,

Comenzaron al instante
Ligeramente á marchar.
Cual el caribe feroz,
Indio, bárbaro, arrogante,
Del arco la penetrante
Flecha dispara veloz;
Así el gran palacio dejan,
Su resolucion siguiendo,
Y presurosos huyendo,
En breve mucho se alejan.
Detiéndelos el fatal
Cansancio junto ura fuente,
Que con ruidosa corriente
Vierte perlas de cristal.
Al sonoro risueño
Rumor de la fuentecilla
Que sobre la yerba brilla,
Los rindió un suave sueño.
Duermen hasta que la pia
Aura comenzó á mostrar
Su clara luz, y á anunciar
Cómo la aurora venia.
Ella, desprendido el rizo,
Afable, propicia, hermosa,
Su frente adorna graciosa
Con jazmin, azahar, narciso.
Vuelven entónces de nuevo
Su camino á proseguir,
Por empezar ya á lucir
Con brillante esplendor Febo.
El de Aleides escogido
Árbol, el del rojo Apolo
Y el que de la Cipria sólo
Mereció ser aplaudido;
El que á Minerva le es dado,

Con otras plantas frondosas,
Forman bellas, deleitosas
Calles en el verde prado.

Por cuyo sitio festivos
Caminan los dos amantes,
Ya viendo rosas fragantes,
Robustos pinos altivos.

En belleza, fruta y flor
La vista aquí se recrea,
El gusto se lisonjea,
Goza el olfato de olor.

Aquí canta, ruga, brilla,
Canora, feroz, risueña,
En árbol, en gruta, en peña,
Ave, fiera, fuentequilla.

Aquí se divierte Páles
Con Vertumno y Amaltea,
Aquí Pomona franquea
Sin número los frutales.

En este Elisio florido
Tosco risco se elevaba,
Tanto, que no registraba
Su altura el mejor sentido.

A cada grieta escabrosa
Campestre adorno guarneció:
Allá el quejigo se ofrece,
Acá la zarza espinosa.

Rotura profunda abría
Lóbrego cóncavo extraño,
Dónde el disforme Carañón,
Felsino perro, vivía.

Finge de su magia el brío
A la flor monte eminente,
Al ave bestia valiente,
Peña al árbol, risco al río.

Tronar hace y luégo aclara,
Ciudades pinta en el viento,
Tambien escuadron sangriento
Combatiendo cara á cara.

En la caverna sombría
A Pluton mantiene inquieto,
Y al trifuace monstruo quieto
Sujeta con tiranía.

Este, que en estudios tales
Se ejercitaba prolijo,
Les salió al encuentro, y dijo
Con mil aullidos fatales:

« Vosotros, que con arrojo
De la córte os despedís,
Aunque del Rey así huís,
Seréis de su ardor despojo. »

Ellos, que atentos le escuchan,
Del triste anuncio oprimidos,
A su cueva recogidos,
Entre confusiones luchan.

Allí corteses previenen
Al anciano que ha de hacer
Lleguen claramente á ver
Los males que pasar tienen.

Practicalo, pues desea
Servirlos el sagaz viejo,
Pone ante ellos un espejo,
A quien alumbraba una tea.

En el cristal se veía,
Mediando mágico arte,
Ejército en el que Marte
Una fuerte perrería.

De la India, España, Turquía,
Polonia, Francia, Alemania,
Africa, Asia, Transilvania,

Hay perros de gallardía.

Vístense pieles de oso
Y de animales horribles,
Que se juzgan invencibles,
Usando traje espantoso.

El perrazo Mordisco
Gobierna á los perros chinos,
Carceso á los perros finos,
A los alanos Alon.

El duque Cagalon lleva
Con su pujanza extremada
Una lanza claveteada,
Larga, dura, gruesa, nueva.

Su morrion lo compone
El testuz de un elefante,
Puesta la trompa delante,
Que á todos temor impone.

Cabalino, muy ufano,
Manda la caballería,
Que en buen orden se extendía
Por paraje alegre, llano.

A trechos el corpulento
Vasto cuerpo cubre la
Piel de un fiero espin, que ya
Dió en sus brazos el aliento.

Sobre micos, monas, zorras
Lucen los fuertes soldados,
De arneses finos armados,
Manejando lanzas, porras.

Alféreces, oficiales,
Tambores y timbaleros,
Pífanos y clarineros
Son podencos principales.

Cerrando aqueste tren bello,
De la grandeza cercado,

Iba Mamarruz, sentado
En la giba de un camello.
Topacio, rubí, diamante

Su turbante componía,
Y el ropaje que vestía
Matizaba oro brillante.

Cazcarrias camina tieso,
Mereciendo bizarrías
Del Rey, que por las *folias*
Es caballero del *Hueso*.

Con despejo singular
Mambrino, en el otro lado
Sigue dispuesto, alentado,
Y que no conoce par.

Una y otra delicada
Perra discreta y briosa,
Ocupan artificiosa
Régia carroza dorada.

Doce hienas feroces,
Del pié á la testa pintadas,
Las largas crines rizadas,
Tiraban de ella veloces.

En arrogantes caballos,
Dulces tocando instrumentos,
Acompañan cuatrocientos
Hermosos ingleses gallos.

Plumas negras y amarillas
Llevan en blancos sombreros,
Ostentándose severos
Con encarnadas golillas.

Van despues diez mil maceros,
Todos ufanos perrotos,
Y peinados los bigotes,
Cien mil gatos cocineros.

El ancho campo llenaban

Los morteros, los cañones,
Carros, tiendas y pendones,
Que en buena forma llevaban.

Pasada esta tropelía,
El cristal se oscureció
Y el fuego se consumió,
Con que la tea lucía.

En los brazos de su amante
Carabagua temerosa
Se desmayó pesarosa,
Vuelto en jazmin el semblante.

Chasquisquiva con furor,
Dando lastimosas voces,
Así exclamó: «¡Oh grandes dioses!
Apaciguad mi dolor.»

Peñas, riscos, flores, aves,
¡Oh si pudierais oír!
Me ayudarais á sentir
Las que sufro penas graves.

Netas perlas derramando,
Que mucha hierba embebió,
Del desmayo en sí volvió
Carabagua suspirando.

Y dividiendo el clavel
De sus labios, así dijo:
«Mi amor siempre ha de ser fijo,
Y el tuyo le adoro fiel.

» El Rey nuestro mal desea,
Quebrantos pasemos, que
Más valor tengo que el de
Teágenes y Clariquea.

» La huida acertada reputo,
Otro resguardo no veo;
No paguemos á Morfeo
Aquesta noche tributo.»

Luégo Chasquisquiva abona
Lo que su dueño propone,
Y con presteza le pone
La silla y freno á la mona.

«Tuyo es, le dice, bien mio,
Mi dictámen y tu gusto;
El que se ejecute es justo,
Dispon según albedrío.»

Absorto Caraño estaba
Con las ternezas que oía,
Y mucho se divertía
Cuando cada cual hablaba.

El espejo y tea quita,
Diciendo á los dos así:
«Supuesto de que cumplí,
Más mi afecto solicita.»

De la honda cueva sacó
Un turbante y una espada
Con la guarnición dorada,
Y á Chasquisquiva entregó.

«Aquesas prendas temidos
Os hará, dijo Caraño;
Estaréis libres de engaño,
Jamás os veréis vencidos.»

Después sobre la menuda
Hierba les trajo á millares
De las frutas singulares
Que encontró su vista aguda.

Estas fueron peras, guindas,
Melocotones, camuesas,
Ciruelas, rojas cerezas,
Sazonadas, tiernas, lindas.

Su cuidado no perdona
La manzana colorada,
La granada coronada,

Y cuanto ofrece Pomona.
Comieron festivamente,
Y luego que concluyeron,
Agradecimientos dieron
A Carafio cortésmente.
El cabello coronado
Mostraba de luz, ufana,
De Apolo la bella hermana,
Cuando aquel sitio han dejado.
Por montañas, riscos, breñas,
Selvas y bosques sombríos
Marchan con valientes bríos,
Saltando quebradas peñas.
En tal cual parte á comer
Parán, y á beber tal cual
El bullicioso raudal.
Claro se llega á ofrecer.
Con toda prosperidad
Seis semanas anduvieron,
Mas la séptima tuvieron
Una horrible tempestad.
De los campos los matices
Se ajan, trónchanse los troncos,
Y gimen los vientos roncós,
Rotos los odres de Ulises.
Muere en su florido nido
El ave, en la gruta oscura
La fiera, y en la espesura
El conejuelo escondido.
Aquel rozagante bello
Floron, que adora los rayos
Del sol en tristes desmayos,
Inclina su erguido cuello.
La que la planta nevada
De Vénus ensangrentó,

Sin ver la luz falleció
En su capullo encerrada.
Suena el eco retumbante
De los truenos, y á porfia
Ardientes iras envía
El gran Júpiter tonante.
Silban manchadas serpientes,
Dan los lobos aullidos,
Los bravos toros bramidos,
Rugen los leones valientes.
Cruzan medrosos é inquietos,
Entre espantosas visiones
Formidables escuadrones
De los pájaros funestos.
Son los asombros fatales,
Es el estrago tremendo,
Oyese el estruendo horrendo
De las furias infernales.
Como en pertinaz batalla
Rotas picas, abollados
Arneses, muertos soldados,
A un lado y otro se halla;
Así en el suelo arrojados
Se miran aquí y allí
Troncos, animales y
Peñascos desbaratados.
Descolorido el semblante,
Suspira triste, turbada,
Despavorida, asustada,
Carabagua á cada instante.
La mona en estos pasajes
Hace raras pataratas
Con las manos y las patas,
Formando extraños visajes.
Es el hueco estrecho, duro,

Escabroso de un peñon,
Quien en la tribulacion
Les da refugio seguro.

Vigilante, presuroso,
Como su bien esperaba,
Luégo el turbante sacaba
Chasquisquiva, cuidadoso.

A su frente lo ciñó,
Y al momento, cosa rara!
Se dejó ver la luz clara,
Y el día á su sér volvió.

Ya sosegadas sus penas,
Advirtieron á lo léjos
Que el sol doraba á reflejos
Unas pintadas almenas.

Un castillo parecia
Hecho de piedras preciosas,
Y de mil artificiosas
Labores que contenia.

Un jardín lo circundaba,
En el que vertió Amaltea
Su copia; que allí se emplea
Cuanta flor atesoraba.

El castillo y floreciente
Pensil están de manera,
Que su primor desde fuera
A la vista se consiente.

La ninfa aquí alborozada
A su querido abrazó,
Porque experta conoció
Fenecida su jornada.

«Esa máquina opulenta,
Le dice, es justo te cuadro,
Pues en aqueña mi padre
Pasa la vida contenta.

»Callen las antiguas todas,
Que no pueden igualar;
Pigmeo se ha de nombrar
El alto jayan de Ródas.

»Con el templo que Erotrato
Quemó, muros relevantes
Y pirámides gigantes
Hacer símiles no trato.»

Diciendo gracias expertas
Descendieron de un collado,
Y en breve tiempo han llegado
De aquel castilló á las puertas.

Salió el insigne Casquete,
Vestido de fina grana,
Suelta á la espalda la cana
Melena, encima un bonete.

Adornados con pellicos,
Le asisten perros pastores,
Con sonajillas, tambores,
Flautillas y adufes chicos.

Los huéspedes se apearon
De su ruin caballería,
Y en la nueva compañía
A un salon alto marcharon.

Tomando un perro del freno
A la mona, la llevó
A pesebre, en el que halló
Sustento escogido, bueno.

Ya que tomaron asiento,
Se dieron á conocer;
Aquí aumentóse el placer,
Cesando los cumplimientos.

Llora el padre de alegría,
Mirando á su hija amada;
Llora ésta, regocijada

Porque ha llegado este día.
Aquí se gozan amores,
Aquí se logran finezas,
Todo es gustos y ternezas,
Todo es gracias y favores.
Y pues de tanto quebranto
Quedan ya libres los dos,
Cesa mi cansada voz
Para proseguir el canto.

CANTO II.

Argumento.

OCTAVA.

La tropa marcha en forma concertada,
De un río la detiene la corriente:
Allí fué de Cañejo respetada
La idea para el paso conveniente;
Perecen muchos perros, castigada
Es su culpa; Galluz discretamente
Ofrece su dictámen, mas ufana
La senda les mostró diosa Diana.

Ya las perrunas hileras
Acercábanse á compas,
Tremolando al viento las
Plumas, garzotas, banderas.

Ya en las escabrosas broncas
Asperezas atronaba
El eco, que retumbaba
De cajas y trompas roncás.
Lucía la infantería,
Marchado pomposamente,
Y con órden competente

Después la caballería.
Treinta veces el luciente
Rey de los astros les dió
Luz, y Cintia les prestó
La suya resplandeciente.
Cansados de caminar,
Los detiene la corriente
De un río, cuyo torrente
Difícil es vadear.

Jefes, oficiales y
Demas militares juntos,
Cues'ionan puntos por puntos
Cómo han de pasar de allí.

Después de proposiciones
Que Mamarruz escuchó,
Así les aconsejó

En estas breves razones:
«Pues tanta gente llevamos,
Bebamos al río, que
Lo hemos de secar á fe;
Todos al punto bebamos.»

Como al suelo se abalanza
Bandada de aves, así
La perrada aquí y allí
A beber agua se avanza.

Unos mueren ahogados,
Otros caen desfallecidos,
Otros de beber rendidos,
Yacen disformes é hinchados.

El destrozo fué tan fuerte,
Que de los perros faltaron
Doscientos mil, que quedaron
Entregados á la muerte.

Quiso extender su consejo
El discreto Cagalon;

Mas le niegan la atencion
Porque principi6 Cafejo.
«Algunas ramas cortadas
Atense, que est6n unidas,
Y escaparemos las vidas
Por medio de estas sangadas.»

Obedecen sin pereza,
Los 6rboles destrozando,
Que conducen arrastrando
Al rio con ligereza.

Alli en la m6rgen trabajan,
Unos los troncos ligando
Con cuerdas, otros clavando;
Unos cortan, otros rajan.

La 6spera sierra rechina,
Taladra la alezna aguda,
Golpea la piedra ruda,
Nada cesa en la fagina.

Concluida una sutil
M6quina, al rio se ofrecen
Adonde incautos perecen
Cerca de cuarenta mil.

Pesaroso el Rey, lamenta
La p6rdida de su gente,
Y otra cosa no consiente,
Porque no le tiene cuenta.

Mira ropajes bordados,
Cuerpos, broqueles, plumajes,
Petos, sombreros y trajes
Por agua y tierra arrojados.

Dispone que, aunque sea noble
Cafejo, lo ahorquen sin falta;
Y Malafacha de una alta
Rama lo colg6 de un roble.

Ninguno se atreve 6 hablar,

Porque se muestra feroz
El Rey, en el caso otroz
Dignisimo de llorar.

Callan Mambrino, Pearrias,
Cagilon, Cagamorteros,
Cabalino, Pontiberos,
Meaescobas y Cazcarrias;

Chasquido, Panza de Estopa,
Chupacaldos, Huelecucos,
Fanfarron, Acosamulos,
Regafion y Pocaropa;

Llevaepuertas, Mordiscon,
Correpoco, Cascabel,
Y el alentado Cr6el
Y famosisimo Alon.

Galluz, que el silencio advierte,
En ocasion perniciosa,
Haciendo al Rey obsequiosa
V6nia, le habl6 de esta suerte:

«Señor, aquesos traviesos
Micos nos han de librar;
Sus colas se han de enredar
Por nuestros flacos pescuezos.

»Nadar6n, y nadar6mos
Por llegar 6 la otra parte,
Y sin m6s extrañ6 arte,
Seguridad lograr6mos.

»Los perros de agua, uno 6 uno,
Fusiles pueden sacar,
Puesto que saben surcar
El reino azul de Neptuno.

»A las perras halag6cñas,
Que vienen en la carroza,
Libertar6 la ingeniosa
Invencion de cien cig6cñas,

»Para cazarlas irémos,
Pues no son intentos vanos,
Á los lugares cercanos,
Y á las torres subirémos.
»La diligencia primera
Que harémos, muy prevenidos,
Será rociarle los nidos
Con la flor de adormidera.
»De la noche nos valdrémos,
Y mil mastines irán,
Y cien galgos, que traerán
Más cigüeñas que queremos.
»Cada galgo y mastin bien
Puede traer en la boca
La que por suya le toca,
Con que vendrán mil y cien.
»Juntas que estén, se atarán
Al coche por todos lados,
Y á golpes desaforados
Prontamente volarán.
»Porque permitan los dioses
Vayan donde apetece mos,
Ladrando suplicarémos
Atiendan á nuestras voces.
»Los gallos luzcan sus galas,
Sirviéndose pues, en suma,
De la pequeñuela pluma
Que les da abrigo á las alas.
»Los gatos en unas boyas
Que se harán, irán subidos,
Y los medrosos, metidos
Dentro de pucheros y ollas.
»El perrazo Calahorras
Atará bombas, cañones,
Morteros y municiones,

En los jopos de las zorras.
»Estas, puestas en union,
Tirarán todas á una,
Y sin lastimarse alguna,
Llevarán tanta porcion.
»Al feo perro Corcorjas
Es justo se le disponga
Que menos y monas ponga
Repartidos en alforjas.
»Si es mi dictámen prudente,
Acertado é ingenioso,
Mandad, señor poderoso,
No se demore al presente.
De este modo concluyó
Galluz su razonamiento;
Que el Rey, lleno de contento,
Por singular celebró.
Hace publicar un bando
En el campo para que
No ignore la forma de
Ir esta órden observando.
Suenan cajas, y al momento
En los sitios asignados
Quedan carteles fijados
Con aqueste mandamiento:
Que la idea superior,
Por el sabio Galluz dada,
Sea al punto respetada
Por el grande y el menor.
Quince veces el planeta
Que nace y muere en un día
Su clara luz les envía
Para la fagina inquieta.
Ya descienden por los cerros,
Vigorrosos, alentados,

De las cigüeñas cargados,
Mucha cantidad de perros.

Ya trabajan presurosos.
La artillería juntando,
Y los gatos van limpiando
Pucheros y ollas, ansiosos.

No se deja ver descuido,
Todos afanan sudando,
El gran mornullo formando
Un desapacible ruido.

Tanta es la bulla que suena
Que no se atreve á pasar
Animal, ave á volar,
Porque el miedo los refrena.

Una noche que argentea
Más refulgente salió,
A su claro esplendor vió
Galluz lo que se desea ;

Que permite limpio paso
El río sin detrimento,
Y fué ligero y contento
A dar parte al Rey del caso.

Llegó al regio pabellon,
Raro, vistoso, especial,
Que de la persona real
Era digna habitacion,

Comptiéndole á la esfera
Su reluciente esplendor,
Rodeaban lo exterior
Mil hachas de blanca cera.

Allí Mamárruz estaba,
De grandes acompañado,
Cuando el gran Galluz ha entrado
Y de esta manera hablaba :

«Señor, la ocasion propicia

Se brinda ; el río está tal,
Que exenta de todo mal
Puede pasar la milicia.

«Sin agua se hallaba ahora,
Claramente lo miré ;
Marchemos apriessa, que
Corre riesgo la demora.

— En tí, dijo cariñoso
El Rey, soldado importante,
Valerosísimo Atlante,
Tengo un escuadron copioso.

«Tu nombre merece solo
Aplaudir la voladora
Fama, con trompa canora,
Por cuanto esclarece Apolo.»

Galluz con notable brio
Al Rey la mano besó,
Y con los demás partió
Hacia la orilla del río.

Ligera la voz corrió
Al ejército, que allí,
Con alegre frenesí,
Baco la nueva aplaudió.

Con cascabeles, sonajas,
Tamboriles y flautillas,
Se reparten en cuadrillas,
Brincando, que se hacen rejias.

A los que el sueño ha rendido
Despiertan con burlas raras,
A unos les pintan las caras
Con pez y almagre molido ;

A otros visten con trapajos
En figura de arlequines ;
Unos tocan violines,
Otros forman espantajos ;

Unos encienden hogueras
Y apuestan para saltar,
Otros salen á luchar,
Otros para dar carreras.
 Cuál graciosos tonos canta,
 Cuál precia de tirador,
 Cuál de experto decidor,
 Cuál que en fuerzas se adelanta ;
 Cuál la llena bota empina,
Y festeja aquel gor, gor ;
 Cuál le arrebatá el licor,
Y tropieando le atina.
 En un rancho está un caldero
Lleno de migas calientes ,
Más allá aguzan los dientes
Comiendo asado carnero.
 Unos cansados se tienden ,
 Riéndose á carcajadas,
 Otros andan á puñadas,
Y con los juegos se ofenden.
 Como desatados locos
Cruzan de aquí para allá,
Otros vienén de allá acá ;
Aquí hay muchos, allí pocos.
 Despierta medio aturdido
El que el alboroto escucha,
Pregunta que por qué lucha
La gente, qué ha sucedido.
 Un borracho le responde :
«Brava fiesta, señor mio ;
A uced le acobarda el frio,
Pues siendo conde, se esconde.»
 El dios Saturno se casa
Por engullirse chicuelos ,
Y Vénus le hace buñuelos,

Dando Proserpina masa.
 Llámale torpe avutarda ,
Se enfadan ; golpes sin tiento
Se pegan ; mas un sargento
Mete paz con la alabarda.
 De repente el campo aquieta
A la voz de que el Rey viene ;
El más burlon se contiene ,
Que parece anacoreta.
 Pasa apacible , risueño,
Con los jefes conversando,
Disponiendo y ordenando
Lo que les toca de empeño.
 En su pabellon quedó
Ufano , afable, con tento,
Y cada jefe al momento
A su ejercicio acudió.
 A Galluz, que en la elocuencia
De amor al Dios ciego excede,
Con las perras se concede
Vaya mostrando su ciencia.
 A los demas se reparte,
Sin que atiendan á otras cosas,
A que dispongan las cosas
Correspondientes á Marte.
 Por los bosques intrincados
Unos corren á buscar
Los micos, porque han de estar
Antes de una hora ensillados.
 Micos y monos pacian
La verde hierba gustosos ;
Y así, al principio furiosos,
Al freno se resistian.
 Sin prolijidad extraña,
Voceria no causando,

La infantería doblando
Va las tiendas de campaña.
La del Rey quitan cuantiosa,
Las de los jefes despues,
Y la de las perras, que es
Lucidisima, pomposa.

Limpian los petos, celadas,
Rodelas, picas, saetas,
Dardos, lanzas, escopetas,
Trabucos, arcos y espadas;
Broqueles y ccsceletes,
Payeses, adarga, escudo,
Gola, jaco, casco rudo,
Guantes, grevas, brazaletes.

Las cárceles de Vulcano,
De donde estrépito ardiendo
Sale al aire, en luz y estruendo,
El estrago más tirano,

Con los gruesos eslabones
De cadenas enroscadas
Y maromas embreadas
Amarran en carretones.

Ponen sobre dromedarios
Las diversas vituallas,
Juntan las otras canallas
De brutos extraordinarios.

Permiso á las aves dan,
Pues no sirven al intento,
Y ellas poblaron el viento
Con su volador afan.

La carroza, que atesora
Más oro que presta Orfir,
Y en perlas puede lucir
Con las que llora la aurora,

Rodean muchos fanales

Para vencer á la noche,
Y se representa al coche
En que el sol rompe cristales.

Ya sosegado el rumor
Que el tropel llegó á causar,
Esperan para marchar
Sólo al eco del tambor.

Su fila el soldado ocupa,
Guarda el sargento su puesto,
Está el capitán dispuesto,
Y el silencio todo ocupa.

Cuando la antorcha del cielo
Los riscos iluminó,
La tropa el río pasó
Sin que se ofrezca recelo.

No paran hasta que el sol
Deja reinar á Lucina,
Y á la marcha los inclina
El flamígero farol.

CANTO III.

Argumento.

OCTAVA.

Celebranse las bodas deseadas,
A ellas concurren perros personajes,
Las perras más ilustres y afamadas
Con telas ricas y vistosos trajes;
Máscaras, toros, fuegos y cantadas,
Invenciones, torneos y plumajes
Lucen allí, mas luego se destierra
El placer con la fuerza de la guerra.

Casquete en aqueste tiempo

Diversiones fomentaba,
Danzas raras ideaba,
Y este y aquel pasatiempo.

En círculo hizo formar
Capaz plaza, sus balcones
De ébano, espejos, florones
Y pintura singular.

El oro, plata y marfil
En un trono competía,
Que en obelisco subía,
Cortando el aire sutil.

Espaciosas, fabricadas
De duro bronce brillante
Son las gradas, de diamante
Las barandas prolongadas.

Uno y otro pedestal
De jaspe la entrada tiene;
A Vénus uno mantiene,
Otro al astro principal.

Lo interior del edificio
Es todo de pedrería
Preciosa, y así lucía
Con exquisito artificio.

El remate lo corona
De Júpiter alta hechura,
Prodigio de la escultura
Que de Lisipo blasona.

Es esta estatua divina,
Fatiga de los buriles,
De miniaturas sutiles
Hecha de metal de China.

No compite la de Faro
Torre, ni la que labró
Nembrot, ni la que formó
Geber, arquitecto raro.

A soplos del viento huelgan
Los gallardetes pintados,
Y los pendones bordados,
Que en cordones de oro cuelgan.

Extranjeros peregrinos,
Que ansiosos vienen á ver
Funcion de tanto poder,
Llenan los anchos caminos.

Llegó el día prevenido
Para la festividad,
Y el sol con más claridad
De rayos salió lucido.

Prontamente se prepara,
Con el desvelo mayor,
La fruta de más sabor
Y la bebida más rara.

Cuanto vuela, corre y nada
Cubrió la mesa abundante,
Anduvo Baco galante,
No fué Ceres limitada.

Al convite no resiste
Príncipe, infante, archiduque,
Marqués, conde, baron, duque,
Cada cual gustoso asiste.

Concluida esta funcion,
Salen las perras airosas
En sus carrozas vistosas,
Que causan admiracion.

Cincuenta mil se contaban,
Que tiran caballos píos,
Y los tudescos con bríos
Ochocientas mil tiraban.

Fuertes, dispuestos, plantados,
Y en aderezo especiales,
Lleva cada una animales

Doce bien enjaezados.
Adornaba pompa bella
Un cristal y otro cristal,
Que fuerte carro triunfal
Hacia lucir como estrella.
De oro y seda los tirantes
Sujetan rinocerontes,
Unidos aquestos montes
Vivientes con elefantes.
Carabagua placentera,
Arrullando hermosos ojos,
Atrayendo por despojos
Almas mil, va en la testera.
De terciopelo morado,
De estrellas de plata y oro
Lleno, y el turbante moro
De garzotas rodeado,
Van gallardos y severos,
Cual Pitias y cual Damon,
Cual el Magno y Efestion,
Los dos finos compañeros.
Con galanos uniformes
Cien bizarros granaderos,
Todos perros caballeros,
Siguen en filas conformes.
Llegan al circo los vanos
Aparatos, y se vió
Más bullicio que asistió
A espectáculos romanos.
Entró en la plaza el triunfante
Carro, la grito empezó
De vitores, y duró
Muchas horas incesante.
Suben al trono, seguidos
De treinta y cuatro lacayos,

Vestidos de azules sayos,
Con carbuncelos guarnecidos.
Cuatro famosos leones,
Que áun de piedra dan horror,
Sustentan con gran primor
Ricos cuatro almohadones.
Allí se sientan y esperan,
Desocupada la arena,
Lo que la trompeta ordena;
Ya de esperar desesperan.
El perrote Veritornio,
De faz formidable, impía,
Se mostró con osadía
Montado en un unicornio.
Es, cen su vasta estatura,
Bajo el Olimpo empinado,
Y su pelo enmarañado
Retrata la Estigia oscura.
Su frente la pez ahuma,
Provocando mil enojos,
Ascuas disparan sus ojos,
Y su negra boca espuma.
Por lanza maneja un pino
Como mimbres ó débil caña,
Y lo dobla ¡cosa extraña!
Su bravo furor ferino.
De árboles porcion copiosa,
Que peso en la tierra fuera,
Cifre su cabeza fiera,
Y mueve fácil y airosa.
Síguele el príncipe Escardo,
Menor en la corpulencia,
Mas de espantosa presencia,
Sujetando un leopardo.
Es su color atezado

Más que el azabache y tinta,
Arruga frente sucinta
Y peina pelo erizado.

La nariz de anchos deslices,
Gruesos labios, breves ojos,
Y el rostro, copia de arrojos,
Todo es labios y narices.

Rejon pesado regía,
A un lado y otro volviendo,
Con él mil cosas haciendo,
Que el más forzado aplaudía.

El infante Canibero,
Siendo tal su pequeñez,
No cabe en estrecha nuez,
Cual la *Iliada* de Homero.

Bizarramente oprimía
De una onza los furores,
Y sus crueles ardores
Al freno los reducía.

Su cortadora cuchilla
Es en la mano juguete,
De la vaina saca y mete,
Y al aire blando acuchilla.

Verde, azul y nacarado
El ropaje es en los tres;
La enigma en cada uno es
De vário significado.

En Veritornio es la cifra
Un monstruo, riscos rompiendo,
Y esta letra: «Lo que emprendo
Poco mi poder descifra.»

En Escardo un corazon,
Que entre llamas se sustenta,
Y esta: «Salamandra intenta
Vivir mi fina afición.»

En Canibero es un niño,
Con otro á sus piés vendado,
Y esta: «Nunca me ha prendado
Tu terneza ni cariño.»

Rematan la comitiva
Perros con pequeñas faldas,
Coronados de guirnaldas
De amaranto y siempreviva.

Ningun asiento se escapa
Sin gente, y la variedad
De tanta diversidad
Franquea á la vista un mapa.

Doce tigres son lunados;
Doce cometas ardientes
Están, fieros é impacientes,
En el toril encerrados.

Gusto y temor, diferente
Afecto al són del clarín,
Al comenzar el festín
Receloso el vulgo siente.

Cuál al toril, espantado,
Atiende sin resollar;
Cuál no sabe á qué mirar,
Y está como atolondrado.

Cuál de lo ménos se admira,
Cuál todo lo está tachando,
Cuál poco á poco empinando
El cuerpo, el pescuezo estira.

Asomó parda cabeza
Un toro, el pueblo ha empezado
A silbar, y él, espantado,
Salió al circo con fiereza.

Al parar se resbalaron
Las manos, mas pronto en ellas
Estriba; las perras bellas

De su altivez se asustaron.
Regocijada la plebe,
Hace cosas exquisitas;
De garrochas infinitas
Nube sobre el toro llueve.
Escarba la tierra dura,
No dejando de bramar;
Nadie lo llega á inquietar
Porque ve su sepultura.
Canijas, chulo de fama,
Delante dél se plantó;
Alentado lo llamó,
Y en sus cuernos halló cama.
Del tonelete lo enlaza,
Ya aquí, ya allí lo aporrea,
Ya lo arrastra, lo voltea,
Y ninguno lo embaraza.
Grita el pueblo, y el feroz
Toro la presa no suelta;
Una le da y otra vuelta,
Y anda sin parar veloz.
Da Veritornio un silbido,
Y al aire el morrion tembló;
Mucho polvo levantó,
Y el toro se ha suspendido.
Le acomete, y elevando
El pino, á su testa apunta;
Clavó en el suelo la punta,
Quedando el tronco cimbrando.
Canibero lo traspasa
Con la cuchilla; atrevido,
Vino Escardo enfurecido,
Y con el rejon lo pasa.
El cruel toro bramaba,
Faltándole ya el aliento;

Pero en tanto desaliento
Ningun chulo se acercaba.
Como suelen martillando
Fatigarse los herreros,
Así aquellos carniceros
Están en el bruto dando.
Veritornio se adelanta,
Echando sus ojos fuego,
Y con la cólera ciega,
El brazo diestro levanta.
Cual el valiente Milon,
Le dió una recia puñada
En la testa, y destrozada,
Vertió de sesos monton.
Cayó, y los cuernos atando
Los chulos con las groseras
Maromas, mulas ligeras
Lo sacaron arrastrando.
Ni porque suena el metal,
Señal que á todos expresa
De que sale el toro, cesa
El bullicio general.
Mil veces repiten lo
Que ha acaecido, y gritando,
Otros lo van ya contando
Distinto que sucedió.
Unos el triste fracaso
Ponderan del desgraciado
Canijas, cual fné llevado
En aquel último paso.
En esto pisó el terreno
De la plaza toro tal,
Que más bravo que animal,
Se acredita rayo y trueno.
A todas partes atiende,

Respirando saña fiera ;
Lo más mínimo le altera,
Pues aún del viento se ofende.

A lo turco disfrazados,
Con vistosos morriones,
Salen á quebrar rejonés
Diez perros sobre venados ;
Otros tantos con capuces
Amarillos, bandas ricas,
Sosteniendo agudas picas,
Dejan verse en avestruces.

Veritornio á unos adiestra,
Escardo á otros acadilla ;
Y así, una y otra cuadrilla
Se presenta ágil y diestra.

El regocijo, el placer
De los perros, al mirar
Esta invencion singular,
No es posible encarecer.

Sosiéganse, porque ya
Alzando el toro la testa,
Iracundo manifiesta
Que hacer mil destrozos va.

Fieramente se dispara,
Este cae, aquel tropieza,
Y á impulsos de su braveza
Rompe rejon, quiebra vara.

Teñidos de sangre roja,
Sin plumas y descornados,
Avestruces y venados,
Intrépido, al suelo arroja.

Ya no hay perro con capuz,
Ni á lo turquesco se ve,
Ni venado que esté en pié,
Ni sin herida avestruz.

Desamparar la barrera
El perro chulo no osa,
Que á su altivez orgullosa,
Aunque enfurece, no espera.

Así que el clarín tocó
A matarlo, Canibero,
Con su muy luciente acero,
El cuello le dividió.

Sácanlo, y el circo libre,
Tras este toro crüel
Prosiguen otros de piel
Tostada y ardor terrible.

¡Cuánta diversion se apresta
De lanzada penetrante,
Y salto siempre pujante
Se registra en esta fiesta!

Demuéstranse tambien el
Carrocín, los juguettos,
Los inquietos domingillos
Y caballos de papel.

Finalizada la tarde,
Por industria prodigiosa,
Toda la plaza anchurosa
Con claras antorchas arde.

En tablados y balcones
Las luminarias lucientes,
Brillantes, resplandecientes,
Pasaban de seis millones.

Del perro vulgo cercadas
Las carrozas, al chasquido
Del látigo sacudido
Caminan apresuradas.

A la quinta se acercaron,
Que de flores enlazadas
Las paredes matizadas,

Verjel deleitoso hallaron.
Tal por la parte exterior
A semeja red fingida,
De verdes ramas tejida
Con exquisito primor.
Esmáltanla la altamisa,
El clavel, el girasol,
Lirio, narciso, anemol,
La azucena y minutisa;
El jazmin, el arrayan,
La violeta, clavellina,
La rosa, la damasquina,
El nardo y el tulipan.
Entre tantas flores bellas
Se mezclan sobresalientes
Estátuas y diferentes
Luces en forma de estrellas.
De topacio figuron
Es Neptuno, en la portada,
En lo alto colocada
Segun arte y perfeccion;
Tétis á la mano diestra
Se ve en delfin de esmeralda,
Y de lo mismo en la espalda
De un caiman Glauco á siniestra.
La diosa y el dios marino,
De finisimo coral,
Están tan al natural,
Que engañan al más ladino.
No distante de la entrada
De esta edificio opulento,
De este sublime portento,
Que á las nubes se traslada,
Dos escaleras habia,
En quienes la arquitectura

Y la apreciable pintura
Expresó su valentía.
Una de otra en competente
Mensurada elevacion,
Con arreglo y proporcion
Existian frente á frente.
Sus barandas y escalones,
Con preciosos embutidos
De alabastro y jaspe unidos,
Robaban las atenciones.
De oro, plata, cobre, estaño,
En las barandas se miran
Bien repartidas, y admiran
Las estaciones del año.
Aquí las perras ligeras
De sus trenes descendieron,
Y velozmente subieron
Por las anchas escaleras.
De terciopelo encarnado
Un salon colgado estaba,
Que Majestad ostentaba
En lo rico y adornado.
Alfombras cubren el suelo,
Que tejíó indiano primor,
Donde campea la flor,
Ave, planta y arroyuelo.
Espejos pasan de mil
Los que de la pared penden,
Y en cada lado suspenden
Cien columnas de marfil;
Columnas que desde el suelo,
Sin pasar la mediacion
De la altura del salon,
Suben con recto modelo.
Cada una de ellas mantiene

Un fénix de oro, que airoso
Floron de cristal pomposo
Sajeto en el pico tiene.

No hay metal, piedra, pintura,
Ni estatua sobresaliente,
Que á este salon excelente
No dé valor y hermosura.

De ébano, cedro, nogal
El taburete agraciado
Presta asiento delicado,
Y el canapé y sitial.

Telas las perras crujendo
De cebolla ó de Milan,
Puestas en orden están
Graciosamente luciendo.

Unas con otras tratando
En tono grueso y suave,
En el jocoso y el grave
Forman gran ruido ladrando.

El perro mozo y el viejo,
Ante su perra postrado,
Muy ufano y muy peinado,
La sirve como cortejo.

Illuminada la sala
Con arañas cristalinas
Y con cornucopias finas,
Todo es lustre, todo es gala.

Cuarenta perros, compuestos
Con plumajes de colores
Y toneletes de flores,
Bizarros, bellos, dispuestos,

Sirven prontos, placenteros,
De cuatro en cuatro y en fila,
Que ninguno se desfila,
El refresco muy ligero.

Unos visten leonado,
Otros rojo, otros turquí,
Otros verde y carmesí,
Otros blanco, otros dorado.

En azafates vistosos
Traen bizcochos y panales,
Y en salvillas especiales
A los helados gustosos.

Aurora, agraz, limonada,
Naranja, guinda, canela,
Bebida imperial, mosela,
Melocoton, leche helada,
Boca de dama y horchata,
Agua de nieve y de fresas,
La de aloja y de sangüesas,
Con que el refresco remata.

Mil abalorios colgando
De colores diferentes,
Con zarcillos transparentes
De granates relumbrando,
La perra negra y mulata
Atentamente llevando
Van el chocolate, dando
En macelinas de plata;

Diez llevan turco ropaje,
Diez á la chinesca idea,
Diez con armenia librea
Y diez con rústico traje.

Luégo que desocuparon
La ancha pieza los sirvientes,
Los músicos diligentes
Los instrumentos tocaron;

Arpa, salterio, violon,
Oboe, sonora, clarin,
Flauta, cítara, violin,

Trompa, timbal y bajon.
La primorosa perrana,
Orfeo en voz, y en belleza
Vénus, cantó con destreza
Una arieta italiana.
Siguióla Algalia, Perresa,
Boquirubia, Pellirana,
Irlandesa, Catalana,
Napolitana y Francesa.
Otras diversas naciones
Cantaron varias letrillas,
Recitados, tonadillas,
Minnés y canciones.
Perrineira, portugués,
Danzó el paspié deleitable,
Y Perrinesca la amable,
Con Pringue Pamplin, frances.
El Canario y Mariola,
La Gallarda y el Villano,
Danzaron Perrilda, Alano,
Patituerta y Peñíscola.
Entre estrépito canoro
Diáfana nube aparece,
Que un perro jóven ofrece,
Esparciendo rayos de oro.
Este descende á un florido
Rosque de ramos frondosos,
Que de arroyos bulliciosos
Es por mil partes ceñido.
Aquí ninfa cazadora,
Con venablo penetrante,
Con arco y flecha volante
Pisa delicias de Flora;
El jóven su amor declara,
Desprécialo fugitiva;

Quiere obligarla, y esquivá,
De correr veloz no pára.
«No me despreciéis, cruel»,
Dice, y presuroso gira;
Ella, que cerca lo mira,
Se trasforma en un laurel.
Excediendo el armonioso
Músico estruendo, en un punto
Desaparece todo junto
Con festejo y alborozo.
Ya la noche dividía
Su curso, y apresurados,
Por los expertos criados
La cena se disponía.
Las mesas artificiosas
Cubren manteles de Flándes,
Cércanlas sillones grandes
Y vajillas ostentosas.
Luégo que se colocaron
Las perras y los perrotes,
Gatos de largos bigotes
Con la cena comenzaron.
En cuadrillas agraciadas,
Que el aplauso merecieron,
Prontamente condujeron
Todas estas ensaladas:
Pimpinela, lechuguino,
Perifollo, toronjil,
Acedera, perejil,
Hierbabuena y cebollino.
Do los rios y los mares
La pesca más sazónada
Permanece preparada
Con sus salsas singulares.
Perros de agua y laneces,

Con cabriolés de grana,
En platos de feligrana
Sirvieron los frescos peces :
Sábalo, merlo, salmon,
Trucha, besugo, dorada,
Pulpo, barbo, pez-espada,
Lenguado, rubio y denton,
Anguila, boga, jurel,
Pámpano, atun, salmonete,
Brea, sapo, borriquete,
Lamprea, lisa, pajel,
Lija, róbaló, corvina,
Tenca, carpa, albur, cazon,
Raya, calamar, ostion,
Anchova, pargo, sardina,
Langosta, almeja, morralla,
Palomera, camaron,
Arenque, jibia, picon,
Centolla, tolo y caballa.
Varios perros perdigueros,
Propicios, afables, suaves,
Suministraron las aves,
Muy atentos y ligeros.
Veíase la perdiz,
Gallina, pavo, capon,
Zorzal, francolin, pichon,
Faisan, ganga, codorniz,
Sison, pato, palomino,
Alondra, tordo, gorrión,
Vencejo, chocho, avion,
Polla, torcaz y estornino.
Perros negros de Guinea,
Como indios bárbaros fieros,
Con pocas plumas y en cueros,
Sola la piel por librea,

Franquean los ricos vinos,
Dulcísimos, vigorosos,
En limpios, finos, lustrosos,
Claros vasos cristalinos.
El de manzanas lucia,
Y el tinto, clarete, y el
Blanco, hipocrás, moscatel,
Con la cidra y malvasia.
En cestillas de labores,
De varias pajas formadas,
Tejidas y matizadas
Con rarísimos colores,
Perras lanudas graciosas,
Coronadas de jazmines,
En enaguas y chapines
Conducen frutas sabrosas:
Granadas, higos, camuesas,
Duraznos, melocotones,
Guindas, peros, orejones,
Naranjas, moras y fresas;
Priscos, endrinas, ciruelas,
Cerezas, limas, piñones,
Sandías, pasas, melones,
Dátiles, servas, majuelas.
De Baco en racimos fieles,
Lo que es licor en las cubas,
Las gruesas mollares uvas,
Blancas, tintas, moscateles.
El mormullo sin cesar,
La risa, la gritería
Que en unos y otros se oia,
Es imposible expresar.
Cuál brinda la copa llena,
Cuál trincha, cuál roe el hueso,
Cuál come el pez, cuál travieso

Poeta, muestra su vena.
Aquél destroza la polla,
Aqueste monda la pera,
Aquél en tragar se esmera,
Aqueste en tener su cholla.
Quitado el último plato
Con que el banquete remata,
Cada perra y perro trata
Despedirse afable y grato.
Comienzan las confusiones
De lacayos y cocheros,
Mayordomos y escuderos,
Coches, carrozas, forlones.
Oyese el «después de usía»,
«Pase su excelencia, pues
Que está esperando el Marqués»,
«Baje usted, señora mía.»
«Enciende el hachón, Perrete»,
«Arrima el coche, Perrón»,
«La manteleta, Espigón»,
«Que llegue el forlón, Mosquete.»
Duraron más de seis meses
Toros, cañas y torneos,
Fuegos, saraos, recreos,
Loas, comedias y entremeses.
Cuando la fama gritona,
Que en uno y otro confín,
Con su trompa ó su clarín
Todos los hechos pregona,
En acento furibundo
Publicó cómo arrogante
Mamarruz bravo y triunfante
Viene avasallando el mundo.
Casquete tropas alista
De amigos y de auxiliares,

Y ejércitos á millares
Con sus promesas conquista.
Botarón, cuya fiera
Corpulenta se elevó
Tanto, que jamás le vió
Ningun perro la cabeza,
Ducientos mil perros fieros
Manda, gruesos y membrudos,
Osados, fuertes, ceñudos,
Grandes, expertos, guerreros.
Pavorante, que á su lado
Lo regula por pigmeo,
Monstruo torpe basto y feo,
Rige escuadrón duplicado.
Escalante, que invencible,
En fuerzas nadie le gana,
Gobierna de Trapobana
Un ejército temible.
Preséntase el bruto Oton,
Envuelto el cuerpo abultado
En pieles que había arrancado
A la onza, tigre y león.
Camina causando asombro
Orlando, que muy severo
De Libano un tronco entero
Lleva puesto sobre el hombro.
Galón, Galvino, Odonel,
Filando con Chicharrón,
Cada cual un escuadrón
Trae á su conducta fiel.
Con tanto número junto
Casquete al contrario espera;
Chasquisquiva desespera,
Que juzga vencerlo al punto.
Todo placer se destierra,

Ya todo perro se arma,
Suena el tambor, y ¡arma, arma!
Se oye con el ¡guerra, guerra!

CANTO IV.

Argumento.

OCTAVA.

Padeciendo quebrantos horrosos
La perra gente sigue su camino,
Ya trepando peñascos montanos,
Ya por bosques oscuros sin destino;
Fieras, esfinges, monstruos espantosos
A cada paso ven; mas pronto y lino
Príncipe mago les tributa gloria,
Y feliz Mamarruz canta victoria.

Rotos, tristes, macilentos,
Sedientos y destrozados,
Caminaban fatigados
Los escuadrones hambrientos.

Habian sitios transitado
Donde el escuerzo, el dragon,
El quelidro y el gorgon
Respiraba envenenado.

Habian visto en mil obscuras
Lóbregas grutas, furiosos,
Iracundos, horrosos
Monstruos de extrañas figuras.

A la sierpe anfisibena,
Enroscada en dura roca,
Con una y con otra boca
De fiera ponzoña llena;
A la arpia, semejante

En el rostro á la mujer;
Al grifo, del propio sér
Del opínaco arrogante;
A la esfinge engañadora,
Que eco finge racional;
Al cocodrilo, animal
Que traidoramente llora;
Al áspid entre la flor,
Al basilisco cruel,
Al cinocéfalo, fiel
De la luna imitador;

A la víbora, que ingrata
Se manifiesta al nacer,
Pues con feroz proceder
A su misma madre mata;

A la onza, que respira
Suave fragante olor
Para ejercitar mejor
Los impulsos de su ira;

Al bruto, que luz brillante
Reparte desde su frente,
Y al que á su vista patente
Registra lo más distante.

Cuanto en Libia inhabitable,
Cuanto en Scitia inapacible,
En Moncayo inaccesible
Y en Vesubio insuperable,

O se ponderan ó inventan,
De hielos, frios, calores,
De quebrantos, de rigores,
Tanto sufren y experimentan.

Ni los miedos los detienen,
Ni los asombros los paran;
Nada temen ni reparan,
Todos á marchar atienden.

Mientras más fatigas, más
Zozobras; ¡valor constante!
El paso dado adelante,
Nunca lo vuelven atrás.

El más lince y el más topo,
En tanta pena insufrible,
Imita al siempre invencible
Fortísimo Politropo.

Cada uno en emprender
Lo más arduo se desvela,
Que alentadamente anhela
Nombre eterno á merecer.

Penetrando la aspereza
De agrestes ramas bosqueja,
Con intrépido coraje
Rompen la inculca maleza.

Como el amigo afligido
Sin tino busca ligero
Por la selva al compañero
Que de repente ha perdido;

O como la flutuante
Nao sin timon navega
Al viento y mar, que la anega,
Aquí y allí vacilante;

Destá manera los perros,
Ya subiendo, ya bajando,
Sin destino van trepando
Por riscos, cumbres y cerros;

Cuando viviente embarazo
Del aire, montaña andante
De hueso, vasto gigante,
Se les presenta un perrazo;

Quien más atento miraba
Su elevacion, no podia
Afirmarse si se unía

A las nubes, ó pasaba.

Delante del Rey llegó,
Y postrándose á sus piés,
Discretamente cortés,

De aqueste modo lo habló:

« Es mi nombre Calamago,
Mi patria Siria, un monton
De peñas mi habitacion,
Y mi profesion ser mago;

» Por ella penetré en breve,
Varios círculos haciendo,
A qué llevais ese estruendo
Belicoso, y lo que os mueve.

» Sé que el amor ha podido
Más que el ejército armado;
Que éste siempre os ha aclamado
Vencedor, jamas vencido.

Vos, que manteneis con susto
Al menor desliz ú enojo,
Desde el flamenco más rojo,
Hasta el etíope adusto;

» Vos, á quien arrulló Pálas,
Y los pueriles primores
Fueron las trompas, tambores,
Las flechas, lanzas y balas;

» ¿ Vos de este modo, señor?
¿ Así á un monarca atropella
Una pasion, que descuella
A ponerlo en tanto horror?

» ¿ Qué hambres no habeis sufrido?
¿ Qué sedes no habeis pasado?
¿ Qué tierras no habeis pisado?
¿ Qué angustias no habeis tenido?

» ¿ Qué lauro vais á vencer?
¿ Qué grande victoria os llama?

¿Qué publicará la fama,
Y qué os daréis á temer?
» Conducís esfuerzo tal
Contra el perro Viriato,
Contra Tamerlan ingrato,
Contra César ó Anibal?
» Que esto ¡oh Rey! ha de pensar
El que vea ese famoso,
Lucidísimo, copioso
Ejército singular.
» Venceros es el mayor
Triunfo, gloriosa proeza,
Blason de vuestra nobleza
Y empresa de vuestro honor.
» Si venceis, ¿qué conseguís,
Si de oprimir la altivez
De Marte, á la pequeñez
De un rapaz luego os rendís?
» A ser entre torpes, feos
Desengaños lamentables,
Lo que aquesos miserables
Que son del amor trofeos.»
Ahora ¡rara admiracion!
Aquel sitio lo ilumina
Más que pudiera la ruina
Del osado Facton.
Cumbre, risco, monte, loma,
De improviso se ve arder,
Y fuego de sí expeler
Cual el Etna, Flegra y Soma.
A esfuerzos de su denuedo
Depriosa se levantó,
Y al Rey así le mostró,
Señalando con el dedo:
«Las estatuas que á una parte

Y á otra las llamas lamen,
De antiguos son, que en certámen
Venció amor, venciendo á Marte.
» Mira allí la gigantea
Diestra de Alcides sin gala,
Que en vez de clava, que tala,
Rueca empuña, vil preseaa.
» Allí al valeroso Aquiles
Ve, conmutada la malla
De labrado acero halla
Por adornos femeniles.
» Ajado el regio decoro,
Mira á Jove, ¡oh necio anhelo!
Hecho cisne, Mongibelo,
Serpiente, sátiro, toro.
» Mira á Belisario, aquel
Héroe invicto, cuyos ojos
Satisfacieron enojos
De una emperatriz cruel.
» A Apama mira, ocupando
El trono majestuoso
De Ciro, y cómo amoroso
Su belleza está adorando.
» El elocuente artificio
De la escultura declara,
De que su hermosura rara
Ha perturbádole el juicio.
» Vuelve allí la vista, atento
Al torreón, que orgulloso
Baña el cerúleo, espumoso,
Frio, salobre elemento.
» A su pié mira difuntos
Dos amantes, cuya suerte
Infeliz hizo que en muerte
Sirvan de lástima juntos:

»Leandro, que, surcando altivo
Las ondas, bajel viviente,
No quiso el hado inclemente
Llegase á su dueño vivo.

»Hero es quien le acompaña
En su desastre fatal,
Muerta á golpes de un puñal,
Si él de Neptuno á la saña.

»Espectáculo sangriento
Yace allí, de sí homicida,
La egipcia más aplaudida,
Del orbe el mayor portento :

»Cleopatra, que encarecerla
No podrá pluma ó pincel,
La que á su Antonio dió en el
Vino desecha una perla ;

»Perla de tan peregrino
Valor y crecido aprecio,
Que aventajaba su precio
Al de la ciudad de Nino.

Allí de verdes en rojas,
Con palpitante coral,
Píramo y Tisbe al moral
Le tñen las frescas hojas.

»A Ifis representa el arte,
Que estrecha al cuello un cordel
Por no experimentar más del
Necio desden de Anaxarte.

»Repara á Troya abrasada
Por Elena, advierte allí
A Enéas, Anquises y
A Creusa desdichada.

»Aquella deidad, aquella,
Que, desgreñado el cabello,
Pálido su rostro bello,

El voraz fuego atropella,
»Es Casandra, y el mancebo
Que asido á su blanca mano,
La libra del mal tirano,
Es su querido Corebo.

» ¡ Qué confusión, qué pavor,
Ansia, disgusto, pesar,
Mirar á Troya abrasar,
Pues todo lo causó amor.

» ¡ Qué imperio, qué monarquía
No ha rendido, avasallado,
Destruído, aniquilado,
Su infamia, su alevosía ?

»Sus embelesos, halagos,
Ternezas, gracias, caricias,
Fingimientos y delicias,
Paran, ya has visto, en estragos.

»Ea, Mamarruz potente,
Pues eres perro atrevido,
En las lides conocido,
Por tu uña y por tu diente ;

«Tú, que has tenido por ruines
Al largo lebrél flamenco.
Al veloz galgo, al podenco,
Y á los groseros mastines,

» ¿ Será justo avasallarte
A un ciego, á un falaz agudo,
A un niño, á un rapaz desnudo,
En competencia de Marte ?

»Ni es posible ni lo creo ;
Que no cabe en tu razón
Tan ridícula intención,
Tan fantástico deseo.

»Estos ejemplos patentes
Me han parecido adecuados ;

Estorben daños pasados
A los que tienes presentes.

»Animales te propongo,
Que gentiles y animales
Los regulo por iguales,
Y como á tales los pongo.

»Ellos te han de refrenar,
Ellos te han de contener,
Ellos te han de detener,
Sábeta pues gobernar.»

Dijo; y la ficción formada
Presto se desapareció,
Y en el aire se esparció
Ceniza, humo, polvo, nada.

Después que de asombro llenos
Los perros soldados deja,
Con cuatro pasos se aleja
Una legua poco ménos.

Aquilon, Bóreas y Noto,
Vientos de esfuerzo tremendo,
No causaron más estruendo
Que el perraneco alboroto.

En su conciso lenguaje,
Aspero, tosco, importuno,
Le llamaban uno á uno,
Pero él marcha á su viaje.

A este bestial Polifemo
Gruta tanta le acogia,
Que su altura competia
Al Olimpo, Atlante y Hemo.

Del centro en los escabrosos
Peñascos, guarda pendientes
Las pieles de diferentes
Panteras, leopardos, osos.

Fuése á su estancia sombría,

Antes quedando esparcido
El disonante ruido
Que la campaña aturdía.

La bulla no se aplacára
Si Galluz, acompañado
De un perro pastor al lado,
Hacia el Rey no se llegára.

Negro tizon en la boca,
Trémula antorcha funesta,
Para su direccion presta
Opaco esplendor, luz poca.

Galgos, mastines, sabuesos,
Alanos, lebreles, chinos,
Podencos y perros finos
Corren á oír sus sucesos.

A cuadrillas y á montones
Laneces y perdigueros,
Dogos, gozques y falderos
Van á escuchar sus razones.

El ágil, el pronto, el terco,
El atento, el pertinaz,
El discreto, el incapaz
Le forman un ancho cerco.

Dentro del Galluz entró,
Y ante Mamarruz postrado,
Serio, suave, pausado,
Estas cláusulas formó:

«Gran Señor, ya se ha alcanzado
Lo que tanto apetece:
Junto al contrario tenemos;
Su tren y gente he mirado.

»Ignoro cómo explicar
Lo que he visto; mas cifiendo
Mucho en poco, id atendiendo;
Que gusto os ha de causar.

»Medí aqueste cáos á tiento
Por entre troncos y breñas,
Por entre punzantes peñas,
Ya á espacio, ya violento.
»A la una parte caía,
Hacia la otra tropezaba;
En una parte bajaba,
Y en otra parte subía.
»Ni viento ni agua escuchaba,
Ni voraz fiera rugía,
Ningun ruido se atendia,
Solo el silencio reinaba.
»Confusamente advertí
Una llama, y aunque léjos,
Llegué á sus claros reflejos,
Y aqueste tronco encendí.
»Angosta concavidad
Tanto fuego despedía,
Que á su region ascendía
En forma piramidal.
»Largo rato anduve, cuando
Me detuvo un risco erguido;
Mas, de mi aliento impelido,
Por sus quiebras fui trepando.
»Pisada su altiva punta,
Tropecé con un soldado,
Que al pié del risco sentado,
Su testa á las nubes junta.
»En el otro lado estaba
En tanta profundidad,
Que visto con realidad,
Aun viéndolo lo dudaba.
»Este bárbaro brutal
Hirió fiero y arrogante
Con un eslabon gigante

Un monte de pedernal.
»Brotó un volcan; aun más fué,
Volvióse un volcan el monte,
Se iluminó el horizonte,
Y es llama cuanto se ve.
»Descendia de la altura
A un bosque que el miedo afea,
Y hallé á este perro, que idea
Refugiarse en la espesura.
»Corrí tras él, no se esconda;
Y mi intento tanto medra,
Que sufrí una y otra piedra
Despedida de su honda.
»Recios golpes descargando
Uno al otro con desvelo,
Fuerte Dares, fuerte Entelo
Parecíamos luchando.
»Cayó sudando á mis piés,
Y até sus manos ligero,
Dándose por prisionero,
Más forzado que cortés.
»El vigor recuperado,
Me contó cómo una cueva
Derechamente nos lleva
Ante el escuadron armado.
»Sabe en aqueste intrincado
Laberinto oculta entrada,
A él tan sólo reservada,
Digna sólo á su cuidado.
»Tal es, que difícil fuera
A Teseo, gobernado
Por aquel hilo dorado
Que se colocó en la esfera.
»Otras cosas revelar
Puede, pues me ha asegurado

Que muchos años ha estado
Habitando este lugar.

»Y desde el hueco escondido,
Hasta el albergue más bronco,
Rama á rama, tronco á tronco,
Paso á paso lo ha medido.

»Aquesto es lo que he sabido
Dél, señor, y perdonad
Mi corta capacidad

En lo que se ha detenido.»
Mamarruz lo recibió

Alegre en sus brazos reales,
Y con muy finas señales
De laurel lo coronó.

Los nobles jefes llegando
(Porque el Rey así lo ordena),
Con faz festiva y serena
Le van todos abrazando.

Hecha aquesta aclamacion,
Al pastor manda descubra
Lo que sabe, sin que encubra
Cosa que deba atencion.

Hincó la rodilla, y luégo
Al Rey la mano besó,
Y de este modo empezó,

Estando todo en sosiego:
«Aunque en aquesta aspereza

Tan rústico traje visto,
En Transilvania me alisto
Entre la mayor nobleza.

»Quedé del cetro heredero,
Y un hermano, mal hermano,
Me obligó, infame y villano,
A buscar reino extranjero.

»El vulgo incapaz le abona,

Y cuando más descuidado
Me hallaba, me vi asaltado
De las armas de Belona.

»No tuve quien se opusiera
Y mi razon ayudára;
Que á ser así, él no triunfára
Y á Jano el templo no abriera.

»El príncipe Clarinombre
Soy; mas en tanta humildad,
Más pena que vanidad
Me tributa el régio nombre.

»A la magia me incliné,
Despues de haber dedicado
Mi afan, mi celo y cuidado
A estas ciencias, que estudié.

»Cuanto docto Victorino
Enseñó elocnente y vano,
Mereciendo en el trajano
Foro simulacro dino;

»Cuanto Porfirio elegante
Dialéctico discurrió,
Cuanto experto investigó
El Galeno penetrante;

»Cuanto registra astrolabio
De los nítidos tachones,
De los fulgentes blandones,
Y Euclides describió sabio,

»Cuanto el mapamundi presta
En terrestre taraceo;
Cuanto en geometral empleo
Geográfico Pafo empresta;

»Cuanto representa Clío
En rasgos á la memoria,
En la universal historia
Que al bronce excede con brío;

»Cuanto el sortilegio, cuanto
El prestigio, el horispicio,
El augurio, el maleficio,
El oráculo, el encanto.
»Tengo á mi disposicion
A Gob, Giver, Hiruel,
Ladrebu, Humbréa, Hubuel,
Gavit, Yagi y Maimon.
»Pasando pues á imponer
Del ejército enemigo,
Reparando al vuestro, digo
Que es mucho empeño vencer.
»Más fácil fuera contar
Las estrellas del zafir,
Y á número reducir
Los peces que oculta el mar.
»Si la multitud hallára
El Océano cercano,
A beber dél, era llano
Que en una hora lo agotára.
»Asistelos el profundo
Carafío, mago potente,
Que á su voz tiembla obediente
Un eje y otro del mundo.
»Pero no es esto importante,
Concurriendo mi persona;
Vuestra será la corona,
Yo os veneraré triunfante.»
Mamarruz dijo: «A fe mia
Que es digno de señalarse
Con piedra blanca, y nombrarse
Por memorable este día.
»Rey eres, y desde hoy
Como á tal ordenaré
Te obedezcan, y seré

Tu soldado, no quien soy.
»Manda cuanto tú quisieres,
No te de detengas en nada;
Tu órden ha de ser guardada
Sin que estorben pareceres.»
Ya el rayo puro y propicio
Que en oriente despuntaba,
A todo animal llamaba
A renovar su ejercicio.
Marchar luégo mandó el Rey,
Y al punto puestas en órden
Las hileras, sin desórden
Cumplen la propuesta ley.
De Clarinombre guiados,
Llegan á la gruta obscura,
Y venciendo la espesura,
Siguen sus pasos pausados.
Amenazando un mordisco
Al Aries, y el cuerno agudo
Irritando al Tauro, rudo
Se empina atlántico risco.
Aquí boca se desgarrá,
Que figura roca y roca,
Y defiende zarza poca
La entrada con garra y garra.
A este abismo introducidos,
Cuatro leguas anduvieron;
Pero por fin consiguieron
Ver los contrarios lucidos.
Crece el són de los tambores,
Que las montañas atruenan,
Y por todas partes suenan
Los belicosos furóres.
Al ala izquierda y derecha
Cabalino fué ordenando

La caballería, dejando
Plaza á la infantería hecha.

Esta en buenas proporciones
De un cuerno al otro llegaba,
De caballos, y guardaba
Las banderas y pendones.

El General se presenta,
A las tropas exhortando,
Y con vigor levantando

El grito, así los alienta:

»Ea, les dice Cagalon,

Aquí el vencer ó morir

Hemos todos de elegir;

Así se gana el blason.

»Quién el cobarde ha de ser

Que su estimacion desprecie,

Y villanamente aprecie

El feo borron del temer?

»Y más mirando el brillante

Invincible claro acero

De aquese asombro guerrero,

De aquese Rey arrogante.»

Cesó, y sorda vocería

Por las filas se escuchó,

Y en unos y otros se vió

El ardor, la valentía.

Un campo y otro afamado,

Como cosa prodigiosa,

Por la magia poderosa

Se mira fortificado.

Se hallan lugares abiertos,

Se hallan lugares cerrados,

Bien dispuestos y arreglados

A militares conciertos.

Los primeros con trincheras

Para centinelas fieles,
Con fosos y con cuarteles

Y prevenciones severas;

Los segundos con los fuertes,

Torres, rocas, bastiones,

Fortalezas, torreones,

Parapetos, contrafuertes.

Casasmatas de mil formas,

Corredores, caballeros

Murallas, respiraderos,

Rebellines, plataformas.

La catapulta con flechas

Luce, y el herrado ariete,

Que cuando fuerte acomete

Deja murallas deshechas.

Seiscientos mil pabellones

En ambos lados relucen,

Que con gallardetes lucen,

Y demas composiciones.

Ya Pirois y Eton fogoso

Guiaban la refulgente

Carroza del sol ardiente

Al Océano espumoso.

Fuegos hacen, que la fria

Noche se explica inclemente,

Y abrigo la perra gente

Para el frio apetecia.

Destrozan con aceradas

Hachas el olmo, el laurel,

El álamo, el ciprés y el

Sauce, y las palmas sagradas.

Con Majestad y decoro

De su confin salia hermosa

La alba, con frente de rosa

Y puros coturnos de oro;

Quando puestos en pelea,
Tropa y tropa combatía,
Rios de sangre vertía,
La tierra manchada y fea.

Motivan lágrimas tiernas
A los pechos delicados,
Allí y aquí destrozados
Cuerpos sin brazos y piernas.

Entre humo la artillería,
Tanta bala disparaba,
Que una con otra encontraba,
Y sin proseguir caía.

Tanta saeta ofrecía
El aire, que la atención
Brujuleó con suspensión
Al cielo por celosía.

Chasquisquiva con Mambrino
Se encuentra, con Cagalon
Casquete con Cagilon
Botarón, fiero malino.

Las lanzas se hacen astillas,
Brotan chispas las espadas,
Agarran porras pesadas
Y hacen crujir las costillas.

Suenan los golpes espesos,
Y sin servir la rodela
Del bravo Mambrino, vuela
Su testa arrojando sesos.

Cazcarrias desatinado
Contra Chasquisquiva viene,
Mas con la lanza que tiene
A él y al caballo ha pasado.

Mordiscon, de heridas lleno,
No deja de batallar;
Su amago llega á matar,

Es luz, es rayo y es trueno.

Entre las balas andando,
Clarinombre las detiene,
Y tira á donde conviene,
Conforme quiere matando.

Nadan en purpúreos mares
De sangre, cajas, plumajes,
Banderas, clarines, trajes,
Y otras muestras militares.

Exageración pequeña
Es (cón Oton comparada)
Sierra que, desencajada,
Estruendosa se despeña.

Lluvia es de rayos sus brazos
(En tanto valor se enciende),
A todas partes ofende,
Hiriendo, haciendo pedazos.

Tiñe el campo tosco y rudo
En espeso y ancho lago
De sangre; no más estrago
Hiciera el duro testudo.

«Para mi sed aún es poca»,
Dice, y á todos combate;
Nadie se opone al embate,
Porque es animada roca.

No el gentilico Tideo,
Del orbe terror pasmoso,
No el torbellino dañoso,
Centimano Briareo,

Pudo causar más destrozos
Como Escalante feroz,
Pues sólo su vista atroz
Hirió, mató y hizo trozos.

Cual un risco derribado
De avenida ó terremoto,

Al villaje no remoto
Deja en polvo sepultado ;
Así con un golpe entierra
Mil , y más que no se vieron,
Que entre sangre y polvo fueron
Sepultados de una sierra.

Un brazo fué, que extendiendo
Le dió la muerte á quinientos ,
El amago á cuatrocientos ,
Y á cien el temor horrendo.

Pavorante, derribando
Dos empinadas montañas ,
Aumentaba las hazañas ,
Pesados cantos tirando.

El menor aun fuera empleo
Para prueba en las faenas
De antagonistas de Atenas,
Más que el globo giganteo.

Con Pontiveros se junta ;
Allí rechinan los cascos ,
Y batallan cual peñascos ,
Que el mar los aparta y junta.

Le disparó temerario
Una saeta, y voló

Tan alta, que las guardó
Con las suyas Sagitario.

Tanto el coraje se emplea,
Que al uno el otro enlazado
Los vió el planeta dorado
Mientras dos veces pasea.

A arroyos corre el sudor,
Tal, que no pueden nadar,
No cesan de pelear,

Aun mantienen más vigor.
Pontiveros más sutil

A sus plantas se enredó ;
Y Pavorante cayó,
Destruyendo á cinco mil.

Con el rey lucha Casquete,
Chasquido con Odonel,
Con Galvino Cascabel,
Con Fierabrás Claribete ;

Correpoco mata á Orlando ;
Llevaespuertas, á Galon ;
Pocaropa, á Chicharron ;
Galluz, al bruto Filando.

Proserpina las cortinas
Oscuras tanto cerró,
Que á los ojos escondió
Aun las cosas más vecinas.

Sigue el combate tambien,
Y entre tristes alaridos,
Sobre montes de caídos,
Matan sin saber á quién.

De las tinieblas valido
El astuto Regañon,
Pasa por la confusion
De cien perros, prevenido ;

Y cuando los escuadrones
Más feroces peleaban,
Con los picos desplomaban
A las fortificaciones.

Ladridos de agonizantes
Se oyen, perrunos chillidos,
Y estruendosos estallidos
De balas, bombas volantes.

En fin, el fuego que crece,
Truenos, golpes, batería,
Forman tan fiera armonía
Juntos, que el mundo ensordece.

A la quinta de una escala
Fiado Cagalon trepó,
Allí el valor se esmeró,
Despedaza, arranca, tala.
Despeña de diez en diez
Los perros por las almenas,
Y sin descansar apénas,
De veinte en veinte tal vez.
No bien rayaba la luz
De Febo, cuando se escucha,
Con fiesta, algazara mucha,
¡Victoria por Mamarruz!
De dos mil perros cercados
Vienen Carafío, Casquete,
Chasquisiva, Matasiete,
Con cadenas amarrados.
Unos huyen por las breñas,
Otros en grutas se acogen,
Entre ramas se recogen
Otros, y otros entre peñas.
Al eco de clarineros
Y al són de ricos timbales,
Traen de perros principales
Setenta mil prisioneros.
Ocho mil carros falcados,
Cien banderas, cien morteros,
Seis mil lanzas, mil pedreros,
Dos mil petos acerados.
Quedaron entre los rojos
Desperdicios, que esparcidos,
En dos leguas oprimidos,
Estaban tantos despojos.
Muertos mil y cuatrocientos
Millones se numeraron,
Y á Mamarruz le faltaron

Treinta veces ochocientos.
Sobre un bruto corpulento,
Fuerte, robusto, lozano,
Bello, dispuesto, galano,
Del Bétis hijo y del viento;
De clin larga, cuello breve,
Ancho pecho y anca hendida,
Corta cabeza, extendida
Cola y la piel toda nieve;
Arco la una y la otra mano
Monte si el freno lo pára,
Y rayo si se dispara,
Trueno si relincha ufano;
Presentóse en hermosura
A Pandora superior
Carabagua, con primor,
Con modestia y compostura.
Con armas al verla y galas
La adoraron con cordura,
Por Vénus por su hermosura,
Y por su valor por Pálas.
Diestramente descendió
Con despejo varonil,
Y muy airosa y gentil,
Las plantas del Rey besó.
Mamarruz con rostro airado
En sus brazos la recibe,
Y á sus grandes apercibe
La atiendan con gran cuidado.
Y volviendo sin mirar
Las lágrimas que vertía,
Se fué con soberanía
A su tienda á descansar.
Ya la aurora comenzaba
A bordar de mil labores

Las nubes, y sus colores
El campo ya restauraba,
Cuando llegó Cagalon,
Conduciendo tantos perros,
Que los llanos y los cerros
Llenaba la confusion.

A este tiempo de una encina
Se vió á Carafío colgado,
Que fiero y desesperado,
Buscó esta maldita ruina.

Hacia un lado entregó al fuego
Chasquisquiva el gran turbante
Y aquel acero cortante
Prendas del mágico ciego.

A marchar se disponia
La tropa, y al punto fué
Clarínombre, y dijo que
El la marcha dispondria.

Con que entretienen gustosos
El día con diversiones,
Ya cantando mil canciones,
Ya haciendo juegos graciosos.
Llegó la noche, y tendidos

Al pié de robustos robles,
De palmas, laureles nobles,
Al sueño quedan rendidos.

Entónces invoca el mago
A los siervos de Pluton,
Que sin menor detencion
Poblaron el aire vago.

«Vosotros, les dice, ahora
Habeis de valerme aquí;
Esta tropa ha de ir así
A la corte sin demora.»

El mandato ejecutando,

De perros se llena el viento,
Y en aquel mismo momento
Se hallan su lecho ocupando.

Aun no bien las avecillas
Trinaban dulces y graves,
No bien despedian suaves
Olores las florecillas,

Cuando Mamarruz despierto
En su lecho se admiraba,
Y temeroso dudaba
Si era falso ó si era cierto.

Voces oye á breve espacio
Como de quien se festeja;
Abre al instante una reja,
Y se encuentra en su palacio.

Lo que ve todo es placer,
Ve abrazar el hijo al padre,
Al hijo abrazar la madre,
El marido á la mujer.

Por calles y por plazuelas
Suena fiesta y algazara;
Es la batahola rara,
Las coplas y cantinelas.

Cuenta el que fué temeroso
Cómo venció á su enemigo,
Y señala por testigo
A otro cobarde famoso.

Allí una perra lamenta
La pérdida de su esposo,
Allí anda sin reposo
Otra que el daño exprimenta.

Allí iguales y conformes
En gozo, van en cuadrillas
Mil perros con cadenillas
De oro, plumas, y uniformes.

Más allá en un circo está
Un perro con un baston,
Pintando ya el escuadron
Cuando el campo roto va.
Y en el suelo señalando,
El foso pinta, la mina,
El fuerte, la contramina;
Y varios lo están mirando.
Espantado estaba el Rey,
Y más al entrar Pearrias,
Maescobas y Cazcarrias,
Pontiveros, Canobrey;
Panza de estopa, Chasquido,
Hueculos, Chupacaldos,
Acosamulos, Facaldos,
Pocaropa, Entretenido,
Cagamorteros, Ganduz,
Mordiscon y Correpoco,
Cascabel, Alon, Vandoco,
Regañon, Quijas, Galluz,
Chasquisquiva, Correpagua,
Casquete, Chica, Morcon,
Llevaespuertas, Cagalon,
Fanfarron y Carabagna.
Despues de éstos, con prisiones
Los esclavos, que pasaban,
Sin los que afuera quedaban,
De setecientos millones;
Todo ocupado el salon,
El Rey puesto en su dosel,
Recibió el pláceme fiel
De tan ostentosa union.
Mandó para cultivar
Sus huertas á los esclavos,
Diciendo á distintos cabos

Cómo los han de tratar.
Reparte con distincion
Los sueldos y los honores,
Medianos y superiores,
Segun mérito y razon.
Por mayordomo mayor,
De sus guardias coronel,
Señaló al valiente y fiel
Galluz, digno de este honor.
Sin que medie intercesion,
Fué Casquete degollado,
Y Chasquisquiva quemado,
Causando gran compasion.
La infanta puesta á caballo,
De sus perros asistida,
A vivir fué remitida
A su vistoso serrallo.
Hácense fiestas, torneos,
Toros y máscaras várias,
Castillos y luminarias,
Músicas, bailes, recreos.
Y cesa mi númen tierno,
Que tanto verso delira,
Colgando la sucia lira
En la extremidad de un cuerno.

LA BATRACOMIOMAQUIA,

ó SEA

BATALLA ENTRE LAS RANAS Y LOS RATONES,

poema traducido del griego.

El coro todo de heliconias musas
A inspirar venga mi hervoroso pecho,
Que á cantar voy la lucha porfiada
Que atizó Marte, autor de lides ciego,
Y sobre mi rodilla en enceradas
Tablas grabé para inmortal recuerdo.
¡Oh, quién me diera que con fama eterna
Resonára por todo el universo
La gallardía con que pelearon
Contra las ranas los ratones fieros,
De los gigantes, de la tierra aborto,
Imitando el insano atrevimiento!
Cual fuese la ocasion de furor tanto,
Oíd, mortales, que á cantar empiezo:
De las uñas de un gato á duras penas
Escapando un raton, llegó sediento

De un charco á orilla, y en el agua dulce
Metía á su placer su hocico tierno.
Gozalagos le atisba, y con voz hueca
Le dice: «¡Hola! ¿quién eres, extranjero?
¿De dónde á estas riberas has venido?
¿A quién debes el sér? De todo quiero
Que sin faltar á la verdad me informes,
Porque si yo por tu relato advierto
Que en nada mientes, mi amistad, mi casa,
Muchos y ricos dones te prometo.
Yo el rey soy Carinflado, á quien las ranas
De este charco tributan fiel respeto.
Hijo soy de Legamio y Aguasmanda,
Que en la márgen de Eridano se unieron
De amor en dulces lazos. Tu hermosura,
Tu bizarría y preeminencia observo,
Tu brío en las batallas, y la insignia
De dignidad real en ese cetro.
Ea; de tu prosapia dame cuenta,
Que ansioso de tu boca oírla espero.»
Contestando el raton: «Es bien extraño,
Dijo, que sólo á tí se haya encubierto
El esplendor de mi linaje claro,
A dioses, hombres y aves manifiesto.
Robamigas me llamo; y es mi padre
Zampatortas, raton de ánimo excelso.
Del gran rey Tragapiernas, hija ilustre,
Dientimonda, mi madre, en agujero

Oculto me parió. Con higos, nueces
Y otros manjares mil de tanto precio
Me crió. Mal podrán hacerse amigos,
Si en nada se parecen dos sujetos.
Tú vives en el agua; yo, al contrario,
De cuanto el hombre come me alimento.
El pan floreado, la anchurosa torta,
Anisada y medida en hondo cesto,
Las piernas, entretelas y asaduras,
De rica leche el bien prensado queso;
Dulce mostillo, que envidiosos miran
Los bienaventurados desde el cielo,
Cuántas viandas con mil artes guisan
En limpias ollas diestros cocineros
Para regalo de glotonos, yacen
De mi diente sutil bajo el imperio.
Nunca me vió la espalda el enemigo,
Espantado al crujir de los aceros.
Pronto, sí, siempre en las primeras filas,
Alarde hice de valor guerrero.
No me infundió pavor hombre ninguno,
Por forzado que fuese y corpulento.
Sobre su lecho alguna vez le asalto,
Y le muerdo la yema de los dedos;
Le tiro de las piernas, y él tranquilo,
Sin curarse de mí, sigue durmiendo.
Dos enemigos, que me son fatales,
Sobre el globo terráqueo sólo temo,

El gabilan y el gato. Una maldita
Trampa hay también donde tal vez tropiezo
Con ventura falaz; pero es el gato
Mi enemigo entre todos más tremendo,
Que astuto con su garra escudriñando,
Me sorprende en secretos agujeros.
Yo jamás como rábanos, acelgas,
Apios ni berzas; calabazas ménos;
Estas verduras aprovechan sólo
A estómagos de jugos como el vuestro.»

A estas razones con falaz sonrisa,
Respondió Carinflado: «Forastero,
Muchas glorias predicas de tu panza,
Pero nosotros mucho más tenemos,
En tierra y agua, que tu vista admire.
A las ranas dió Jove que ambos fueros
Gozasen; por la tierra andar saltando,
Y en las aguas hundir libres sus cuerpos.
Si de todo quisieres enterarte,
Verás cuán fácilmente te lo muestro.
Monta sobre mi espalda, y con tus manos
A mis hombros agárrate sin miedo
De que caerte puedas; y en un soplo
A mi palacio llegarás contento.»

Esto dicho la espalda le presenta,
Y de un brinco sobre él saltó ligero
El raton, que gozoso, siempre asidas
Las manos del Inflado al tierno cuello,

Iba mirando las vecinas playas,
Navegando en un buque tan velero.
Mas ya que sintió al fin que iban las olas
Por instantes su espalda humedeciendo,
Allí fueron los lloros, los pesares,
Y rabioso arrancarse los cabellos.
Las piernas apretaba á la barriga;
Con rapidez no usada dentro el pecho
Le palpitaba, clava sollozando
En la tierra sus ojos turbulentos,
Y un helado terror de él se apodera.
Arrastrando la cola como un remo,
A tenderla empezó sobre las aguas,
Importunando á Júpiter con ruegos
Que llegar le dejase á tierra firme;
Pero las olas más iban creciendo.
Entonces, apretando los pulmones,
Razones tales arrancó del pecho:
«Bien de otro modo el Toro á su querida
Europa, haciendo de su lomo asiento,
La trasportaba á Creta navegando;
Tal como á mí me lleva este perverso
A su palacio, sobre sus costillas,
Del agua alzando el cuerpo amarillento.»
Aparece á deshora una espantosa
Culebra, que empujando el cuello enhiesto
Sobre el agua, á los dos dejó asustados.
Sin mirar Carinflado en más respetos,

Ni atender al peligro en que quedaba
De perecer su triste compañero,
De la laguna al fondo se zambulle,
Y escapa así del inminente riesgo.
El raton desdichado, panza arriba,
Nadando sobre el líquido elemento,
Las piernas apretaba, y despedía,
Dando diente con diente, su resuello.
Ya se hundía en el agua, ya sobre ella
Hincapié con las zancas iba haciendo,
Mas sin poder salvarse. Su zalea,
Cuanto más se empapaba, más el peso
Aumentaba, y le hundía. Convencido
De que se ahogaba ya sin más remedio,
Desesperado dice: «¡No á los dioses
Ocultarás el vil procedimiento
De dejarme caer, cual de una roca,
Desde la altura de tu extenso cuerpo
En el agua, maldito Carinflado.
Si lidiáras conmigo en firme suelo
A correr, á puñadas, brazo á brazo,
O á cualquier ejercicio violento,
No me ganarás tú; y aún en las aguas,
Sólo á traicion me vences, embustero.
Mas Jove que lo ve, me hará vengado;
Y hará en tí todo el bándó ratonesco,
Sin que evitarlo puedas, tal castigo,
Que á los traidores sirva de escarmiento.»

Así dijo, y sin más lanzó el cuitado
Del alma el postrimer vital aliento.
Recostado á la orilla Lameplatos,
En blando césped, vió el cadáver yerto
Sobre el agua. Chillando horriblemente,
Corrió á dar parte del fatal suceso
A los ratones, que al oírlo braman,
Y les hierte la cólera en los pechos.
En córtés generales determinan
Juntarse desde el punto que el lucero
Del alba salga en el siguiente día:
Y el bando hacen saber los pregoneros,
Que ordena á todos concurrir sin falta
De Zampatortas al alcázar régio,
Padre del infelice Robamigas,
Que panza arriba en cristalino lecho
Yace yerto cadáver, no á la orilla,
Sino á la flor del agua, allá en el centro
Del piélago nadando. Ya á la aurora
No faltaba ninguno en el congreso.
Zampatortas, que en ira y rabia ardía,
Tomando la palabra, habló el primero:
« Aunque yo solo, amados compatriotas,
De las ranas sufrí males inmensos,
La infausta suerte á todos amenaza.
¡ Desdichado de mí! Tres hijos cuento
Perdidos por mi mal. Atrapó al uno
Al asomarse incauto á su agujero,

Una gata feroz, que con sus uñas
Menudas trizas hizo hasta los huesos.
Hombres crúeles al segundo cogen
En una trampa, artificioso invento,
Que llaman ratonera, de infortunios
A nuestra raza manantial perpétuo;
Y sin piedad allí lo sacrifican.
Cariñfado ¡ que rabia! al predilecto
De mis entrañas, de su augusta madre
La prenda más querida, el embeloso
De nuestros ojos, pérfido lo ahoga
En un profundo charco. Compañeros,
Al arma, al arma; cada cual apreste
Su más terrible y cómodo armamento.
A batalla campal contra las ranas
Salgamos, de armas guarnecido el cuerpo.»
Con tan vehemente alocucion movidos,
Todos á armarse presurosos fueron
Con las armas que Marte les ofrece,
A quien toca en las guerras el gobierno.
Las piernas cubren con lucientes grevas,
Que de vainillas de habas verdes diestros
Una noche forjaron, á porfía
Las matas con sutil diente royendo.
Fuertes corazas de la piel de un gato,
Que desollaron con osado aliento,
Bien chapadas con cañas fabricaron
Para defonsa de sus firmes pechos.

De cáscaras de nuez morriones hacen,
Y los arneses de candiles viejos.
Las lanzas eran como agujas largas,
Que Marte les labró de fino acero.
Gallardos salen á la guerra armados;
Y las ranas, así que lo supieron,
Saltan del agua y al paraje vienen
Do tener acostumbran sus consejos.
La desastrosa guerra consideran:
Cuál el motivo del hostil proyecto
Pudiera ser, atónitos indagan;
Cuando un trompeta aproximarse vieron
Concetro en mano. Cataorzas era,
Hijo del animoso Oradaquesos,
La guerra les intima en voz sonora:
«¡Oh ranas! de ratones mensajero,
Os anuncio, les dice, que con armas
Salgais á pelear en campo abierto.
Ahogado sobre el agua á Robamigas
Ha visto mi nacion con sentimiento:
Y que de este fracaso, Carinflado,
Vuestro rey, fué el autor, tambien sabemos.
A sostener la hazaña con la espada,
Si á tanto llega vuestra audacia, os reto.»
Dijo, y la espalda vuelve. En los oidos
De las ranas altivas largo tiempo
Resonó el arrogante desafio,
Dejando atolondrados sus cerebros.

111360
A Carinflado reconviene todas,
Y él, puesto en pié, les dijo: «Yo no he muerto
A tal raton, ni perecer le he visto.
El fué, sí, quien se ahogó, porque inexperto
Se arrojó sobre el lago de las ranas,
Remedando el nadar por pasatiempo.
Y ahora á mi los pícaros me culpan,
Cuando inculpable soy. Pero bien presto,
Si seguir os pluguiere mi dictámen,
Sentirán los ratones todo el peso
De su perfidia; porque ya en mi mente
Un plan seguro y fácil me he propuesto.
Encima de las márgenes del charco,
Donde haya más barrancos, nos pondremos
Ceñidos de armas; y cuando ellos lleguen
A arremeter, asiendo de sus yelmos
Cada cual al que tenga más cercano,
En el charco á la par damos con ellos,
Que oprimidos del peso de las armas,
Siendo para nadar unos zopencos,
Se ahogarán sin recurso. Aquí gozosos
Levantamos entónces un trofeo,
Do la fama repita con su trompa
La ratonimatanza en claros ecos.»
Calló, y á buscar armas todos corren.
De hojas de malvas borcoquies tersos
A sus piernas ajustan. Las acelgas
Anchurosas y verdes firmes petos

Les suministran. Con primor no visto,
Las hojas de la berza, honor del huerto,
Para broqueles aderezan. Ponen,
En vez de lanzas en el ristre, sendos
Juncos largos y agudos; y las conchas,
De caracoles suplen el defecto
De cascos bronceados. Guarnecidos
Con estas armas, dándoles aliento
El coraje que hierve en sus entrañas,
Tomando posiciones del estero,
Al borde en los barrancos más tajados,
Blanden sus lanzas, vomitando fieros.

Júpiter, á los dioses convocando,
Subir les manda al estrellado cielo.
De la guerra terrible les da parte,
Del número y valor de los guerreros;
Muchos y excelsos, que con luengas lanzas
No están á pelear ménos resueltos
Que cuando los Centauros y Gigantes
El celestial alcázar combatieron.
Quién á las ranas, quién á los ratones
Su divino favor preste, risueño
Pregunta á todos; y con dulce agrado
La palabra á Minerva dirigiendo,
«Hija, le dice, tú darás tu auxilio
A los ratones, que en tu angusto templo
Andan saltando siempre, y participan
De las ofrendas del devoto pueblo,

Y gozan los perfumes que embalsaman
Tu trono y ara con olor sabeo.»

A Júpiter Minerva así responde :
«Si á los ratones en peligro extremo
Yo viera ¡oh padre! no los auxiliára,
Porque de ellos sufrí males sin cuento.
Arpar mis diademas, los faroles
Apagar por chuparse los mecheros
Con el mayor descaro, son injurias
Que las tengo clavadas en el pecho.
¡Y si en esto parasen!... ¡Insolentes!
Han osado también roer mi peplo,
Que yo misma tejí de sutil trama
Y fino estambre, hilado por mis dedos
Con mil apuros; pues tomé al fiado
La lana, y no he cumplido con el dueño,
Ni he satisfecho al sastre las hechuras,
Que por la dilacion me exige premio.
Por esto los ratones me fastidian,
Pero las ranas no me enfadan ménos.
Entiendo que no tienen sano el juicio,
Porque cuando volví del campamento,
Cansada del trabajo de la guerra
Primera, y por demas falta de sueño;
Mis ojos no pegué en toda la noche;
¡Tanto fué el alboroto que trajeron!
Con dolor de cabeza desvelada,
Así que cantó el gallo dejé el lecho.

Batallen como quieran, á ninguno
Con nuestro auxilio ¡oh dioses! ayudemos,
No sea que algun dardo nos alcance
De los que ellos disparan desde léjos;
Pues cuando se encarniza la reffiega,
No reparan de dioses en respetos,
Y aquí desde el empireo, sosegados,
Del guerrero espectáculo gocemos. »

La persuasiva arenga de Minerva
Convenció á sus divinos compañeros,
Que en lugar oportuno se colocan.
Preséntase á sus ojos el sangriento
Pendon que dos alféreces traian:
El bélico clamor dos trompeteros
Cinifes con espanto al aire esparcen,
Redoblando sus toques á degüello.
Desde el Olimpo Júpiter Saturnio
Tronó en señal de desastroso agüero.

Hasta el hígado el vientre atravesado,
Antes que nadie estrena Vocinglero
Su lanza en Fuertelame, que alto grado
Tenía entre la flor de los guerreros:
Precipitado cae, y con el polvo
Asqueroso quedó su fino pelo.
Su lanza en esto Minacuevas clava
En la tabla del pecho á Cienolento,
Con fuerza tanta, que la negra muerte
Le arrancó el alma al desplomarse el cuerpo.

Acélgamo, despues, á Cataorzas
El corazon traspasa. Violento
Pantraga el vientre rompe á Garlagarla,
Y el alma vuela de sus frios miembros.
Moribundo le mira Gozalagos,
Y el paso á Minacuevas dirigiendo,
Con una enorme piedra de molino
Le dió un golpe mortal en el pescuezo,
Y eterna oscuridad cerró sus ojos.

Va sobre él Fuertelame, y con su acero,
A Gozalagos con certero golpe
Los livianos le saca, y al momento
Zampacoles, tomándole las vueltas,
Se echa del lago en el fondeadero,
Y con denuedo lidia desde el agua;
Herido Fuertelame viene al suelo,
Y no rebulle. Se enrojece el agua
Con la sangre que arroja de su cuerpo
En la playa tendido, y en sus tripas
Y sebosas entrañas todo envuelto.
Charquiano, enfurecido, en las orillas
Del charco mata al bravo Oradaquesos.
Al ver á Roepiernas, temeroso
Huye saltando al lago Carriceño,
Roto el escudo. Vuela disparado
Por Gustagnas un canto, y el cerebro
Hunde al rey Mascapiernas, que despide
Despachurrados sus mezuquinos sesos

Por la nariz, teñidos en la sangre
Que el suelo inunda. El bravo Vuelcacios
Alanceado cae por Lameplatos,
Y queda sepultado en sueño eterno.
A Usmeon acechando Sorbeovas,
Le agarra y trae con tenaces dedos
Por un talon al charco, y con el agua
Añuzcado, cerrósele el garguero.
Robamigas batalla enfurecido,
Al ver los suyos en el campo yertos,
Y la ancha panza rompe de Lodanio,
Metiéndole hasta el hígado el acero:
Cae el cadáver yerto á sus piés mismos
Y descende el espíritu al averno.

Pisacios lo ve; y una pellada
De lodo le arrojó, que el entrecejo
Le aplasta, y por muy poco no le ciega.
Entónces el raton, en ira ardiendo,
Brama de rabia, y con robusta mano
Una peña levanta, que en el suelo
Era carga pesada á nuestro globo,
Y brioso la arroja á Pisacios
De rodillas abajo, y como alheña
La canilla derecha le ha deshecho,
Tendiéndole en el polvo panza-arriba.
Gritanio á defenderle va corriendo
Con lanza en ristre, y pasa á su contrario
Con ella el vientre, y al tirar del hierro,

Arráncale con mano poderosa
El entresijo é intestino recto,
Que por el ancho suelo desparrama.
Pancome, que esto observa desde léjos,
Pues quedó fuera de combate, cojo,
Junto á la charca con dolor intenso,
Se tiró, como pudo, en una zanja,
Por temor de pagar con el pellejo.
Con un pié herido escapa Carinflado,
Y á ocultarse en el charco va ligero,
De Zampatortas acosado. Y éste,
Que le veia casi sin aliento
Caer precipitado, á él se abalanza,
La atroz injuria de vengar sediento.
Mas Verdiovando, que el peligro advierte
En que se ve su triste compañero,
Por entre los más bravos se abre calle,
Y ya que cerca está, con brazo diestro
A Zampatortas una lanza vibra,
Que sin poder atravesar los cueros,
En la adarga quedó firme clavada.

Bizarro si los hay un raton nuevo,
A quien torcer ninguno el brazo pudo
Si á luchar se ponía cuerpo á cuerpo,
Adalid que otro Marte representa,
Del noble Panacecha el hijo tierno,
Robaparte, el gallardo, el valeroso,
El solo en batallar y vencer riesgos,

A la márgen del lago se presenta,
Y ufano, como aquel que estaba cierto
De que todas las ranas no podían
Contrarestar su denodado esfuerzo,
Por más que peleasen, les intima
Que su exterminio tiene ya resuelto.
Y era tan grande su ardoroso brío,
Que uno fuera el decirlo y el hacerlo,
Si el padre de los dioses y los hombres
No hubiera á su bravura puesto freno,
Compadecido de las tristes ranas,
Que no tenían de salvarse medio.
La frente alzando el hijo de Saturno,
Declara así su compasivo afecto:

«¡Qué enorme empresa miro que acomete
Osado Robaparte y altanero!
Sus aterrantés voces de exterminio
Contra las ranas, danme gran tormento,
Pero allá vaya la guerrera Pálas,
Y también Marte, sin perder momento,
Y por más que confíe en su pujanza,
Desistirá del belicoso empeño.»

A esta propuesta así responde Marte:
«¡Oh hijo de Saturno, yo comprendo
Que de Pálas y Marte el poder sólo
A las ranas no sirve de provecho.
Marchemos todos juntos en su ayuda;
O el arma fuerte esgrime, que el portento

Asombroso y fatal á los titanes
Obró, cuando la muerte á los que entre ellos
De más valientes se preciaban, diste,
Ahërrojado á Encélado trayendo,
Y á la indomable raza de gigantes
Duras cadenas anudando al cuello.»

Dijo: y el hijo de Saturno vibra
El rayo fulminante, y con el trueno
Retumbando la bóveda celeste,
Retemblar hizo el vasto firmamento.
Rodeando su brazo poderoso,
Lanza con furia ingente el rey del cielo
El rayo aterrador de los mortales,
Que bajó serpeando en presto vuelo.

Despavoridos ranas y ratones
Quedaron todos con tan recio estruendo.
Mas los ratones, recobrando el brío,
Sin reparar en sustos pasajeros,
En columna cerrada por los grupos
De las ranas con ímpetu rompieron.
Y no hubieran dejado rana á vida
Si Júpiter, propicio, con empeño
No ayudára á las ranas, enviando
De tropas auxiliares un refuerzo.

Grande caterva de repente vino
De campeones, que sin ser herreros,
Tienen lomos á yunques parecidos;
Sus garras corvas, el andar travieso,

De tenazas armados los hocicos,
Bisijos, zambos, de huesudos miembros,
Anchos de espaldas, de hombros relucientes
De manos largas, miran por el pecho,
Teniendo dos cabezas, cuatro patas
Por banda mueven con gentil sosiego.
Pielés de concha llevan, son de trato
Aspero y duro: llámanse Cangrejos.
A los ratones, piés, manos y colas
Atarazan, dejando el tronco escueto,
Y en vano los ratones los arredran,
Que sus lanzas resaltan en los cueros.
Por fin, ya sin aliento los cuitados
Que quedaron con piés, huyen ligeros.
Paró al poner del sol la lucha horrenda,
Siendo su duracion de un dia entero.

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
La Gatomaquia.	5
La Perromaquia.	87
La Batracomiomaquia.	164

JEV

OTEC